
3 1761 08695950 9





El «Quijote» y los Libros de Caballerías

PRINTED IN SPAIN

EUGENIO GUZMÁN

EL «QUIJOTE»

y los

Libros de Caballerías



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

DEDICATORIA

A mi hermano ANTONIO

Nadie puede disputarte la honra de esta dedicatoria, porque has sido siempre padre de mi inteligencia y, muchas veces, consuelo y fortaleza mía. Y cuando no por ésto, la mereces por ser, como eres, discreto como Sancho y caballero andante como Don Quijote.

INTRODUCCION



INTRODUCCION

1. El campo de Agramante. — 2. Los preceptistas neoclásicos fracasan, como era de esperar, al querer catalogar el QUIJOTE. — 3. Cervantistas, esoteristas, quijotistas y demás comentadores e intérpretes de «El Ingenioso Hidalgo». — 4. Nuestro quijotismo y el propósito y objeto que nos han movido a escribir estos Ensayos. — 5. Vale.

«Dícennos que es la Historia del Manchego, sátira contra dederminadas aficiones, y nosotros hallamos que las enaltece; dícennos que enseña a acatar la realidad de la vida, y nosotros la juzgamos obra rebelde que ríe por no llorar; dannos a Don Quijote loco, y lo hallamos supremamente cuerdo, con la suprema cordura de la razón no escrita; nos hablan de aquella filosofía al menudeo, con miras a la aprobación

de Cetina, y pensamos nosotros que hay en el libro otra filosofía, infinitamente más persuasiva y enjundiosa, que no traduce al Concilio de Trento ni a Perogrullo, sino a Cervantes mismo, el de Lepanto y Argel, el que escribió la «Numancia», y, como su Quijano, fué también hacedor de mil discretas locuras.»

Jorge Mañach «Mercurio Peruano», año III, vol. V, número 30.

I

El campo de Agramante

A don Adolfo Bonilla (1) le parecía casi imposible que don Marcelino Menéndez y Pelayo hubiera podido decir algo original en la interpretación del QUIJOTE, después de los infinitos comentarios que esta historia arrancó a las plumas de todos los buenos escritores, posteriores a nuestro Príncipe de los Ingenios.

Hace más de tres centurias que se imprimió el libro del «Ingenioso Hidalgo», y más de tres centurias hace también que entre sus intérpretes se reprodujo a lo vivo el pasaje cervantino en que se parodia el famoso campo de Agramante, sin que nadie haya puesto en él, desde entonces, orden, paz y sosegado concierto. Y es el caso curioso por demás, pues todos los luchadores defienden una misma cosa: que aquella historia es la obra profana más hermosa que se ha escrito en el mundo; que Don Quijote fué el mejor caballero del orbe

(1) Fallecido después de haberse escrito estos Ensayos.

y que Cervantes fué el ingenio más grande que vieron los tiempos.

Así, este torneo o, mejor dicho, campo de Agramante es de amor y no de odio, y más mandobles y reveses da el que más ama, y nadie puede sufrir que otro dé mayores muestras amorosas que las suyas.

¿Que Don Quijote está loco? ¡Ah, blasfemo, y mentecato, y malnacido que de tal modo rebuznas, no que hablas! ¿Que Cervantes era un ignorante? ¡Quítate de mi vista o te confundo, bestia de Satanás!

Y aquí son los golpes, y allí los revolcones; acá las maldiciones, y allá las cuchilladas a granel. Y todo es un puro lío, y todo una tempestad furiosa de mojicones, linternazos, puñadas y estrépito que no deja títere con cabeza.

Han pasado más de tres centurias y, no obstante las palabras del señor Bonilla, cada uno interpreta el QUIJOTE del modo que Dios le da a entender. Así es que hay y habrá tantas historias del famoso Hidalgo como cabezas, y siempre andaremos metidos en porfiada y brava pendencia.

Todo menos callar, pues hablar del QUIJOTE a todos nos gusta, y todos creemos que nadie, sino nosotros, ha dado la gran voz para poner fin a esta viva representación del pasaje cervantino de la venta, en la cual se imaginó Don Quijote que se había reproducido el campo de Agramante. Y sigue la trifulca y pendencia que se armó con la aparición de la gran historia del Caballero Manchego, y que Dios sabe cuándo acabará.

II

Los preceptistas neoclásicos fracasan, como era de esperar, al querer catalogar el QUIJOTE

Luego que apareció «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», los preceptistas y retóricos viéronse en un gran apuro y turbación. Tenían que definir, clasificar y catalogar el QUIJOTE, dentro de la colección entomológica en que se habían separado y diferenciado, desde Horacio, las especies literarias.

El resultado fué que a la obra de Cervantes no le convenían los caracteres que se habían fijado y asignado a las especies estudiadas y observadas, hasta entonces, en la flora literaria.

Su asunto épico e idealista era familiar y realista, al mismo tiempo, y el matiz heroico no se mantenía en su tiesura y altivez clásica. Don Quijote era un gran héroe, y aunque lo parecía de burlas, a su lado se sonrojaban los héroes cantados por la epopeya antigua. La sonrisa socarrona y las palabras apacibles, risueñas, pero irónicas del bachiller Carrasco, por otra parte, mataban al personaje épico. Don Quijote, mirado objetivamente, parecía un loco gracioso,

mas, si se le miraba por dentro, no hacía reir, porque era la humanidad con toda la riqueza de sus ilusiones y de sus anhelos, arrastrando por la tierra el manto de sus dolores. El QUIJOTE, libro optimista y alegre, escrito, según se pensaba, para hacer reir, era demasiado serio. El refraneo y la simpática simpleza de Sancho, estaban aforrados de gramática parda, de sentido común, de una gran discreción y profundidad de pensamiento, esparcido todo esto con una habilidad y una gracia tan sutil, que no se sabía dónde empezaba el filósofo y acababa el bufón, acaso por aquello de que todo bufón tuvo siempre algo de filósofo.

Estos eran, pues, los elementos populares e individuales, artificiosos y naturales a la vez del QUIJOTE, los cuales, no tenían par ni semejanza en ningún modelo épico de la antigüedad.

El QUIJOTE creaba un nuevo género literario, como lo crearon todas las grandes obras del pasado y lo crearán las del porvenir, que no se sujetaron ni se sujetarán nunca a ninguna norma, medida ni precepto, sino a la inspiración humana que se desposa con la belleza.

Gran trabajo pudieron ahorrarse aquellos honrados preceptistas.

Ha dicho el gran naturalista Buffon que, entre las especies animales, no existen esenciales diferencias, sino aparentes y formales, establecidas por el hombre para estudiar más fácilmente la naturaleza.

Los preceptistas, como los naturalistas, se han empeñado siempre en formar una escala, como la zoológica, olvidando que hay un solo tipo de estructura orgánica en la naturaleza, el cual se regenera o degenera hacia arriba o hacia abajo, y que la energía o inspiración creado-

ra en el hombre tiende hacia un único tipo de belleza, cuyo resplandor percibimos claro o apagado, según sea la transparencia u opacidad del cristal de la obra artística, por donde pasan los rayos del luminar de la belleza. Obras cumbres y obras perfectas son las que nos muestran la belleza con toda claridad.

Los demás caracteres específicos de una obra son imaginarios y aparentes, y no separan lo bello de lo bello.

Los hombres han disputado siempre el género, quizá más que la perfección de lo bello en el arte. Y los géneros de belleza no existen, sino en la mente del hombre que la concibe y la ve de distintas maneras y con diversos aspectos, y, por lo tanto, no se puede cambiar la belleza, ni partirla, ni diferenciarla, porque son los hombres quienes se diferencian entre sí, y no ella.

Si en cien obras de arte hay cien modos de belleza, y ésta es perfecta en todos ellos, verdaderamente no hay cien bellezas, sino cien actitudes distintas y perfectas de lo bello infinito.

Esta perfección es la que hay que buscar en una obra de arte, y ésta es la medida y término verdadero de comparación para todas las obras artísticas, y no el género ni la especie a que pertenecen.

No sin causa, los preceptistas y retóricos neoclásicos, en su afán de buscar los ejemplares ascendentes del QUIJOTE, se desesperaron inútilmente y fracasaron de plano.

III

Cervantistas, esoteristas, quijotistas y demás comentadores e intérpretes de «El Ingenioso Hidalgo»

Ya no se buscaron analogías ni se utilizaron anaqueles.

Fracasados los preceptistas y retóricos, y admiradas las gentes por el buen suceso que había tenido en el mundo la singular historia del Hidalgo Manchego, vinieron los intérpretes, y salió el chorro de los comentarios y alabanzas, y de las agriadas apostillas que sigue manando sin cesar.

Conviene, ante todo, que declaremos y aclaremos nosotros lo que entendemos por cervantistas, esoteristas, quijotistas y demás comentadores del Quijote, de quienes nos vamos a ocupar en estos Ensayos.

Llamamos nosotros cervantistas a los intérpretes del Gran Libro que, concediendo una exagerada fe a las palabras de Cervantes, sostienen que el Quijote es un libro agradable, compuesto con el sólo fin de entretener y alegrar al lector, y con la mira puesta a deshacer «la autori-

dad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías».

Entendemos por esoteristas los que, contra las declaraciones de Cervantes, ven en el Libro una intención oculta del autor, diciendo, por ejemplo, que el QUIJOTE era una sátira contra determinadas instituciones de su época.

Los quijotistas, encarnando el espíritu de Don Quijote, defienden, contra las palabras de Cervantes, que él no derribó ni deshizo el ideal de los libros de caballerías, ni el prestigio de los caballeros andantes; que el Manchego Hidalgo no estaba loco; que el libro del Príncipe de nuestros Ingenios instituyó una nueva orden de caballeros andantes, y también que ese Gran Libro es una obra esencialmente filosófica, idealista, revolucionaria y rebelde.

El programa de los quijotistas está constreñido en el lema que encabeza estos Ensayos: «Dícennos que es la Historia del Manchego, sátira contra determinadas aficiones, y nosotros hallamos que las enaltece; dícennos que enseña a acatar la realidad de la vida, y nosotros la juzgamos obra rebelde que ríe por no llorar; dannos a Don Quijote loco, y lo hallamos supremamente cuerdo, con la suprema cordura de la razón no escrita; nos hablan de aquella filosofía al menudeo, con miras a la aprobación de Cetina, y pensamos nosotros que hay en el libro otra filosofía infinitamente más persuasiva y enjundiosa, que no traduce al Concilio de Trento ni a Perogrullo, sino a Cervantes mismo, el de Lepanto y Argel, el que escribió la «Numancia» y, como su Quijano, fué también hacedor de mil discretas locuras.» (1).

(1) Jorge Mañach, texto citado.

Los impresionistas, según este mismo autor, se basan, al interpretar el QUIJOTE, en hechos, al contrario de los cervantistas que se basan en principios. Son sintéticos y ven la obra a través de las impresiones que ella les sugiere, afirmando que lo que Cervantes suscita en ellos, seguramente lo hallarían en él.

Fácilmente se advierte que impresionistas y quijotistas son una misma clase de pensadores. Los unos y los otros creen en la profunda y humana filosofía de Cervantes, en la cordura de su héroe, en el valor del ideal que expresan los libros de caballerías y en la rebeldía santa del QUIJOTE.

Digamos ahora cuál es nuestro criterio ante estas diversas clases de intérpretes de «El Ingenioso Hidalgo», y cuál es nuestro puesto en esta inacabable contienda y eterno campo de Agramante.

A pesar de creer ciegamente los cervantistas que Cervantes atacaba a los libros de caballerías y que su obra era un libro de entretenimiento, como quiera que no se les pasó por alto el realismo asombroso y el idealismo sublime de las inmortales páginas, se vieron en la disyuntiva de confesar que el QUIJOTE (que, como dijo Bartolomé Gallardo, no es un libro de mero entretenimiento, sino de «profunda filosofía») no podía haberse escrito para entretener a los necios, o declarar que su autor no había dicho la verdad al decir el propósito que le movió a escribirlo.

Puestos, por lo tanto, los cervantistas entre la espada y la pared; sin ocultárseles la trascendencia filosófica del Libro, y sin perder de vista las expresas declaraciones que hace su autor en el prólogo de la Primera Parte, que ellos

creían a pies juntillas, resolvieron, como dice un escritor moderno «que si bien aquél (Cervantes) no se propone representar a la naturaleza humana en sentido simbólico, refleja incidentalmente el conocimiento que de ella tenía Cervantes, y los principios éticos que ese conocimiento le inspiró».

De todo esto resulta que, según los cervantistas, cuando Cervantes escribió el prólogo de la Primera Parte, que fué después de escribir esta parte de la obra, a pesar de haber reflejado *incidentalmente* la naturaleza humana de un modo simbólico y como nadie supo hacerlo, no se le ocurrió pensar que el QUIJOTE serviría para otra cosa, sino para lo que puede servir un vano libro de entretenimiento, dedicado además a destruir otros libros llamados de caballerías.

El excesivo amor de los cervantistas perjudicó al genio de Cervantes.

Los catecúmenos no supieron apreciar la ironía del apóstol ni el margen sabroso que deja a la credulidad de los discretos.

Y es que muchos cervantistas se metieron de rondón en libros de caballerías, con una Gramática en la diestra y un Diccionario en la siniestra.

Entre los más conspicuos cervantistas, hállanse Ticknor, Fitzmaurice-Kelly, Menéndez y Pelayo (ecléctico), Valera, Cejador, Pidal y Mon, Bonilla San Martín, Rodríguez Marín, Asensio, Pellicer y Vicente de los Ríos.

Ticknor, a pesar de su atinada idea de que la fe del corazón y no el raciocinio de la mente explica lo suprasensible, así en los milagros como en las llamadas quimeras e irrealidades de los libros de caballerías, mereció por esta idea

y por otras las censuras de Fitzmaurice y de Menéndez y Pelayo. Fitzmaurice, atento al modelo literario, desconoce el valor de las ideas; y como de éstas son imágenes las palabras, que en cada ocasión dicen una cosa distinta, no es extraño que, por dedicarse a cazar modismos italianos en el QUIJOTE, se le pase por las narices la mejor pieza de la enjundiosa y sencilla grandeza del pensamiento cervantino, que él tasa y mide, ¡risible erudición!, con vocabularios inertes, y áridos tratados filosóficos, olvidando que nuestro glorioso manco no fué un escolástico, sino el cendal transparente que nos hizo ver algo más que la verdad abstracta y escueta: la verdad que la verdad encierra en la vida, y la verdad del alma.

Para don Alejandro Pidal nadie como Valera supo interpretar el QUIJOTE. Lo mismo dijo don Adolfo Bonilla, refiriéndose a Menéndez y Pelayo.

Ciertamente que Menéndez y Pelayo, lo mismo que don Juan Valera, nos hubieran dado la verdadera interpretación de nuestro Libro, pues tenían talento para eso y mucho más, si hubieran prescindido de ciertas parcialidades y de ciertos rancios prejuicios.

A estos dos cervantistas eminentes les acobardó la verdad. Y el caso es que la verdad no arguye nada contra nuestras creencias ortodoxas, ni rebaja un punto el merecimiento del Príncipe de los Ingenios Españoles. Ellos no quisieron confesar las rebeldías del QUIJOTE, ni su espíritu revolucionario, temiendo que los hombres de ideas *avanzadas* tomaran esta confesión por ariete de sus luchas, como si se necesitaran lentes de aumento para ver que Cer-

vantes, por encima de todas las malquerencias personales que, con motivo o sin él, tuviera a algún sacerdote o ministro de los poderes temporales de su época, era católico apostólico romano de pura cepa y amaba la justicia.

El miedo de los cervantistas les hizo presentarnos la gran cristiandad de Cervantes trocada en intransigencia y gazmoñería. Y llegaron a negar el ideal caballeresco de Don Quijote, llevados de ese mismo miedo, de esa estrechez e intransigencia, apenas concebible en hombres, cuyas inteligencias honran a nuestra patria.»

Este miedo dió pie a los llamados esoteristas para sacar consecuencias revolucionarias a la orden del día, de donde no pudo soñarlo ni el mismo autor del QUIJOTE.

Los esoteristas vieron que los cervantistas querían ocultar algo, aunque no había nada que ocultar. Ese algo, en todo caso, estaba más claro que la luz del día, si lo vieran otros ojos que no fueran los del cervantismo, más defensor de sus propias ideas que de las de Cervantes; pero los esoteristas vieron el movimiento de ocultación y se dijeron para su capote: «Aquí hay gato encerrado». Y aquéllos que no hay, y éstos que sí, al fin, los esoteristas salieron con lo de *Blanco de Paz,* lo del escudo del QUIJOTE, y un sin fin de quisicosas, que tendrían muchísimo más chiste si tuvieran menos mala fe.

Así vemos a don Juan Valera decir seriamente: «Yo tengo por cierto que la censura o burla de Cervantes no iba ni podía ir sino contra la malicia, contra la flaqueza, contra la viciosa condición de los hombres que torcían la rectitud o maleaban y viciaban la dignidad y la conveniencia de las instituciones, base y sostén entonces

del orden establecido. Para suponer, además, no pocas de esas censuras o burlas, apenas hay otro fundamento que el capricho de quien las supone.» (Discurso de don Juan Valera, leído en mayo de 1905 en la Real Academia Española.)

Y a pesar de que confiesa el insigne escritor que Cervantes censuraba las flaquezas y vicios de los hombres, no duda en afirmar que el QUIJOTE es una historia risueña, mesurada y pacífica, confundiendo el estilo literario con el alcance de las ideas, y suponiendo arbitrariamente que el optimismo sano y espontáneo de su autor implica su conformidad con todas las cosas de su época.

Mas no es de extrañar, teniendo en cuenta que Valera escribía esto pensando, a lo mejor, en el liberalote de Quintana, de quien se le antojaba que blasfemaba del autor del QUIJOTE, suponiéndole ideas rebeldes y revolucionarias, ya que no ideas liberales a la francesa.

Por defender a Cervantes contra los esoteristas y anticléricales, Valera desconoció las sublimes rebeldías del libro inmortal.

El insigne autor de «Pepita Giménez», aunque liberal también, creía hacer un gran favor a Cervantes interpretándolo de la siguiente manera: «Por la libertad debemos exponernos a los mayores peligros y aventurar la vida; pero si la libertad no se logra, no debemos caer en la inactiva postración y en melancolía inútil, sino sacar ventaja hasta del cautiverio y de la mala suerte.» Pero ¿quién aventuró la vida por la libertad, sin ganar la libertad o perder la vida?

Para hablar así no hacía falta que el señor Valera enmendara la plana a Cervantes.

Si la pérdida de la libertad para el señor Valera era un grano de anís, las injusticias, las mi-

serias y flaquezas que combatió Cervantes no serían para él tampoco cosa mayor.

«No veo (en el QUIJOTE) el triste reconocimiento de los males, y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar», decía el mismo Valera. Mas, ¿quién habló de violentos remedios ni de revoluciones sangrientas?

Y si no era revolucionario ¿por qué combatía Cervantes a los poderosos y ministros de las instituciones de su época, cuyos vicios y flaquezas «torcían la rectitud y viciaban la dignidad y la conveniencia» de ellas?

Resumir aquí las interpretaciones de los esoteristas, enemigos de los cervantistas, que tanto creen en la palabra de Cervantes, sería el cuento de nunca acabar. Puede decirse de ellas, al revés de lo que se dice en los prólogos de algunos libros modernos, que ellos mismos se acreditan, pues también las esotéricas razones se desacreditan sin ayuda de vecino, y desacreditan a sus autores, Navarrete, Benjumea, Pallol, Saldías, Villegas y Castro y otros.

Fitzmaurice escribió en su «Historia de la Literatura Española»: Defoe afirma que *Don Quijote* es una sátira de Medina Sidonia, Landor aplaudió el libro como «el más hábil ataque que se hizo contra la Virgen», y descubridores de última hora, como Rawdon Brown, han probado trabajosamente que Sancho Panza era Pedro Franqueza y toda la novela una sátira de la política contemporánea.»

De última hora es también Luis R. Fors, el cual, después de reproducir todas las herejías esotéricas, especialmente las de Benjumea, hace un paralelo entre Shakespeare y Cervantes, queriendo en balde demostrar que el «Hamlet» y el «Quijote» se escribieron: el primero para

condenar los vicios de la reina María y el segundo para anatematizar la Inquisición y la pérdida de las Comunidades de Castilla.

Hay otra clase de esoteristas que son más inofensivos, porque no interpretan el pensamiento de Cervantes, sino que toman el QUIJOTE por una panacea universal y por cantina de cuartel, queriendo explicárselo todo por el famoso libro.

A estos se refería Menéndez y Pelayo en su «Historia de las ideas estéticas», en donde escribió: «En vano se les pone delante de los ojos que Cervantes es grande por ser un gran novelista o poeta... Ellos erre que erre en sostener que Cervantes es grande no por artista (cualidad que, sin duda, les parece de poca monta), sino por teólogo, jurisperito, médico, geógrafo y no sé cuántas cosas más.»

En efecto: José María Ibarbi escribió su «Cervantes teólogo»; Antonio Martín Gamero, su «Jurisprudencia de Cervantes»; Hernández Morejón, «Bellezas de Medicina práctica, descubiertas en el «Ingenioso Hidalgo»; Fermín Caballero, «Pericia geográfica de Cervantes»; y así otras mil producciones muy humorísticas.

Después de los esoteristas vienen los impresionistas como Sismondi, Heine, Mulock Kraig y Jorge Mañach; los quijotistas al modo de Unamuno y, según éste, Ganivet; los filólogos y los anotadores cervantistas como Hartzembusch, Cortejón, Clemencín, Cejador y Rodríguez Marín; los buceadores de la vida de Cervantes, cronistas y periodistas.

Ya hemos dicho que los impresionistas tienen el mismo credo de los quijotistas, estableciendo como escuela la observación de los hechos y no de los principios, en la interpretación

del QUIJOTE, guiándose siempre por las impresiones que les sugiere Cervantes y haciendo la síntesis filosófica del Libro.

A nosotros se nos antoja (aunque estemos de acuerdo con ellos en sus síntesis y observaciones) que no puede haber síntesis sin análisis previo, y que no han sido inútiles los comentarios de cervantistas y esoteristas, y que las observaciones atinadas de los unos y los otros, así como sus juicios imparciales, nos han desbrozado el camino para llegar a la recta comprensión del gran libro.

Ya hemos dicho que algunos cervantistas erraron la verdadera senda hacia la cual se encaminaban con certero instinto, y la hubieran topado si no llevaran en los ojos las cataratas de sus prejuicios.

Los impresionistas suelen adolecer del defecto de renegar de todo lo que huele a cervantismo, anegando en un diluvio universal toda la labor crítica, sincera y útil, de hombres de gran entendimiento, que aunque muchas veces, perdida la brújula, daban en la herradura y no en el clavo, otras muchas dieron en el clavo y no en la herradura.

Nosotros creemos que hay que ser en la observación algo esoteristas, bastante cervantistas en el análisis crítico, muy impresionistas en la síntesis enjundiosa, y totalmente quijotistas, o discípulos de Don Quijote, para creerle y amarle. Y para mayor claridad: apreciar lo verdadero, sentir lo bello y amar lo grande del QUIJOTE.

Los filólogos y anotadores cervantistas, como quiera que su objeto no es interpretar el fondo sino esclarecer la forma, merecen simpatía por la luz que dan para la completa apre-

ciación literaria de la obra; pero no pueden considerarse como intérpretes de ella.

No obstante, parece que se escribieron para estos tales aquellos graciosos razonamientos que tuvieron Don Quijote, Sancho Panza y el Primo del diestro Licenciado, cuando iban caminando hacia la cueva de Montesinos.

Habiendo preguntado Don Quijote al Primo qué oficio era el suyo o a qué género de ejercicio se dedicaba, él le respondió que era humanista, y muy habilidoso y mañoso para componer libros que se daban a la estampa, en los cuales no había cosa curiosa y rara que no se explicase para provecho y entretenimiento de las gentes. Dijo también a nuestro Hidalgo que tenía impreso un libro de esta clase, que se intitulaba *el de las Libreas* «donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando como dicen el cerbelo por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones; porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras». No menos destreza y habilidad había empleado el Primo para componer otro libro que tenía llamado «Metamorfóseos o Ovidio español», donde, en estilo ameno y burlesco, imitaba traviesamente a Ovidio, pintando entre otras cosas peregrinas «quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés de Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Prio-

ra; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto». Pero el genio verdadero del Primo, su pasmosa habilidad, su copia de estudios profundísimos, sus dotes singulares de erudito, de investigador incansable, su sabiduría, en suma, mostrábanse con una gallardía y empuje sin ejemplo en aquél tesoro de conocimientos, jamás alcanzado ni imaginado por otra cabeza que la suya, cuyo tesoro tenía un nombre entre los libros, y este libro era nada menos que el asombroso «Suplemento a Virgilio Polidoro». Para los que no hayan tenido la dicha de recrear su corazón y abandonar plácidamente su espíritu en el piélago de este libro sabio y maravilloso, el Primo, sin más interés que el de hacer bien a todos y abrir el ojo a los soñolientos, podrá decirles lo que dijo a Don Quijote: «Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo le declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.»

Al oir esto, Sancho dijo al autor del «Suplemento a Virgilio Polidoro»: «Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?»

El Primo respondió que no lo dudaba, puesto que Adán tenía cabeza y fué el primer habitante de la tierra, y «alguna vez se rascaría».

Volvió a preguntarle Sancho si sabía quién fué el primer volteador del mundo.

A esto el Primo no supo responder de momento, pero prometió al gran Panza estudiar y consultar sus libros para sacarle de aquella curiosidad.

Díjole entonces Sancho que no tenía para qué derretirse los sesos, pues él tenía por cierto que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando lo arrojaron del cielo y bajó volteando hasta el infierno; y añadió: «Para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecino. —Más has dicho de lo que sabes —dijo Don Quijote—; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.»

* * *

Aunque estamos de acuerdo con los impresionistas en general, en sus métodos particulares y en su rígida oposición al cervantismo no lo estamos, por las razones apuntadas, y queremos llamarnos quijotistas, esto es: defensores de la fe de Don Quijote y creyentes y amantes de su vida y de sus obras.

La figura central del Libro es Don Quijote, y para comulgar con el espíritu del buen Hidalgo hay que llevar dentro un Quijote, con algo de sus chifladuras, y con algo también de sus excelsas cualidades.

Quien quiera comprender bien a este sublime

loco, ha de ser también loco, o renunciar a comprenderlo.

Mas no todos llevan en la sangre el ardor aventurero que impulsó al buen Alonso Quijano a montar en Rocinante, para admiración y pasmo del orbe.

La pluma, hermanos Quijotes, puede sustituir a la espada del valeroso Hidalgo; pero dejémosla en reposo si no nos mueven sus gloriosos ideales.

IV

Nuestro quijotismo y el propósito y objeto que nos han movido a escribir estos Ensayos

Puestas ya las cosas en tal punto, conviene ahora declarar el propósito y objeto que nos han movido a escribir estos Ensayos; el mirador en que nos hemos colocado para hacer nuestras observaciones, y la utilidad y necesidad que nosotros creemos, como el Ingenioso Hidalgo, que tiene el mundo de nuestra obra.

Si dijéramos que nadie ha interpretado a derechas el QUIJOTE, faltaríamos a la verdad y ofreceríamos una ocasión de perlas a los sabios y eternos enemigos nuestros, Frestones y Alquifes, para que nos encantasen y moliesen a palos.

Tú, lector, dirás que, puesto que hay hombres (y a lo mejor los conoces tú mismo) que ya han dado en la tecla, en esto de entender el Gran Libro, no hacía falta que viniéramos nosotros con estas resfriadas razones, tres días después de pascua.

A esto te sabremos decir: que, en síntesis, en dos palotadas, han dicho muchos hombres co-

sas muy buenas del QUIJOTE, pero dejaron de tratar como debían los aspectos y puntos principales de la cuestión; que mientras unos acertaron en una cosa y desbarraron en las demás, otros se entretenían en estas demás cosas y dejaban volar libre aquélla, sin decir, en montón, nada de provecho.

Por otra parte, el estudio del pensamiento revolucionario de Cervantes en su «Ingenioso Hidalgo», y el verdadero sentido y alcance de su realismo e idealismo, con ser asuntos principalísimos, esencialísimos e inaplazables, ha sido lo que menos ha interesado a los comentadores del QUIJOTE, haciendo, los que se han ocupado de esto, motivo y ocasión de banderías, motes, dilucidaciones retóricas y tiquismiquis de ninguna necesidad.

Al cabo de tres centurias de zarabandas, estrépito, porfías y escudriñamientos ratonescos, Rodríguez Marín se burla de los que intentamos probar el sentido filosófico del Gran Libro.

Así resulta que, a pesar del cúmulo de intérpretes, «Don Quijote de la Mancha» sigue tan mal interpretado y tan desconocido para el público como lo fué siempre, y, no obstante haberse admitido como un dogma la afirmación de que Cervantes fué un genio, se sigue ignorando en qué consiste su genialidad.

Y

«si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-»,

lo único que los intérpretes han demostrado es lo que sabía Vicente de los Ríos: que el QUIJOTE era un libro de pasatiempo y diversión.

¡Ah, no seamos injustos!; gramaticalmente el Gran Libro ocupa el lugar que merece.

El estilo personal de Cervantes ha sido también tamizado por la crítica, más por la crítica de los gramáticos y retóricos que por la de los verdaderos artistas, y más por fuera que por dentro. Y en esto hay otro error que algunos llamarían *de principio*, pues el estilo refleja el carácter del autor y la Psicología puede ayudar mucho a la Retórica en este caso.

Hemos dicho que el pensamiento de Cervantes no se ha estudiado, o no se ha comprendido, o no se ha interpretado acertadamente, y añadimos que la causa ha sido que los comentadores del QUIJOTE han desviado el río de su natural cauce, llevándolo por los flamantes álveos que ellos han ingeniado, queriendo que la obra se encaje en el hombre y no el hombre en la obra, como debe ser.

Los que verdaderamente se encajaron en el QUIJOTE, se quijotizaron ellos solos, sin cuidarse de los demás, acaso por creer que su sincero parecer, tocado de quijotismo, no había de ser en serio tomado, donde sólo se toma en serio la gárrula erudición, la gazmoñería avejentada y el supersticioso temor a las ideas sinceras, generosas y hondas.

Nosotros queremos sacar al quijotismo de su torre de marfil.

Para esto intentaremos, ante todo, demostrar el error fundamental de los más ilustres cervantistas modernos, ya que en ellos se puede combatir también el de los antiguos, señalando paralelamente el sentido del QUIJOTE que tenemos nosotros por verdadero, contra la opinión de aquéllos.

Mas como no nos mueve otro interés que el de hacer llegar al corazón y a la inteligencia de las gentes la grandeza de nuestro Héroe, todo lo que a esto contribuya lo aceptaremos con mil amores, no combatiendo a los hombres sino en sus errores, y recogiendo, a veces, algunos juicios críticos de los mismos que combatiremos, siempre que nos sirvan (por creerlos acertados, que no todas las veces yerra el hombre) para compenetrarnos más y más con Don Quijote de la Mancha.

Conviene que declaremos que no queremos desmentir la fama de gracioso que tiene el Libro, y puede creer el lector que, al menos nosotros, no podemos leerlo en presencia de nadie, porque su lectura nos hace perecer de risa, y corremos el peligro de que nos tomen por bobos.

Mas no reímos sino la chistosa, humorística y donairosa manera con que Cervantes habla en serio por boca de sus personajes; pues el QUIJOTE es una píldora dorada, dulce por fuera y amarga por dentro, con la amargura de la triste realidad de la vida humana, *valle de lágrimas* y eterno erial regado por la sangre y el sudor de los hijos de Adán.

«Sismondi dice que en ninguna obra de cuantas se han escrito en todas las lenguas ha sido la sátira más fina y agradable. Godwin asegura que a los veinte años el QUIJOTE le hacía reir y que a los sesenta le hacía meditar y entristecerse» (1).

Menéndez y Pelayo dejó escrito: «El héroe, que en los primeros momentos es un monomaníaco, va desplegando poco a poco su riquísimo con-

(1) Luis R. Fors, «Espíritu del Quijote». B. Aires.

tenido moral... Entonces (en la Segunda Parte) no causa lástima, sino veneración: la sabiduría fluye en sus palabras de oro; se le contempla a un mismo tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroismo, y según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, «la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura...» En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas ideas de que hablaba Platón».

Lástima que Menéndez y Pelayo tuviera una fe tan ciega en Cervantes que le faltara el valor para confesar que Don Quijote no era loco ni monomaníaco, y que no puede causarnos risa en ningún momento, sino veneración siempre, como la candidez de la Mística Doctora y de San Juan de la Cruz.

Hay que reirse y alborozarse con el donaire sin ejemplo de Cervantes, de quien ha dicho en frase de oro don Alejandro Pidal, que «las gracias de la antigüedad, evocadas por el Genio del Renacimiento, descendieron risueñas sobre la Mancha».

Pero el reirse de la locura santa y de la santa candidez de Don Quijote sólo puede disculparse a la Tolosa y la Molinera, a quienes dijo con acerba ironía nuestro Hidalgo en la puerta de la venta, que «es mucha sandez la risa que de leve causa procede».

Además Don Quijote no fué una parodia del heroísmo, sino el mismísimo heroísmo en carne y hueso. Con razón dijo Unamuno que los locos no van de burlas, sino de veras, y que son los cuerdos los que van de burlas.

Entre la ficción y la verdad, por huir de la

ficción, huyó de la verdad Menéndez y Pelayo, y con él el cervantismo en pleno.

Hemos dicho que profesamos el quijotismo al modo de Unamuno, porque este gran español, aún no bien conocido, parécenos que ha entendido la verdad del QUIJOTE.

Mas Unamuno como quijotista es contemplativo y nosotros somos militantes del quijotismo.

Lo que él ha dicho es mucho, pero no es bastante.

Siendo, pues, nuestro punto de vista el quijotismo militante, conviene que digamos los aspectos que en el QUIJOTE vamos a estudiar y defender, contra el criterio de los demás.

Primero trataremos del catolicismo del Libro, combatiendo la interpretación perversa y arbitraria de los ilusos esoteristas.

Mas como la obra cumbre del glorioso allaíno, dentro de su sincera ortodoxia es hondamente revolucionaria, en la más noble y amplia acepción de la palabra, la defenderemos también contra los que, por encima de todo, quieren que se vea en ella una caduca intransigencia y gazmoñería y una filosofía sin más transcendencia que un cuento infantil.

Don Quijote, más fuerte que el acero, salió a pelear, a desagraviar, a imponer el reinado de la verdad y la justicia. Don Quijote fué un gran caballero y un gran cristiano; mas también fué un gran luchador, un gran rebelde, con la santa rebeldía del que se alza contra la maldad humana y ama el bien hasta imponerlo a bote de lanza, muriendo como bueno en el campo glorioso del ideal.

Así fué Don Quijote y así hemos de estudiarlo, mal que le pese a quien no sabe, ni puede, ni quiere, desgraciadamente, comprenderlo así.

Luego trataremos del realismo y del idealismo de Cervantes, así como del ideal, injustamente agraviado, de los libros de caballerías.

Hablaremos, como no puede ser por menos, de la sinrazón que se le hace a nuestro Caballero, inmortalizando su mal supuesta locura y no su cordura sazonada. Y diremos si fueron fantasmas o no los que derribó su lanza y descalabró su espada; que las injusticias fueron siempre fantasmas para aquellos que no hubieron hambre y sed de justicia.

También fueron fantasmas las Dulcineas, para aquellos que no conservaron en el arca de su corazón las áureas pomas del amor y del ideal que nos regaló la juventud.

Queremos, finalmente, defender a Sancho Panza y desagraviarle, combatiendo la leyenda injusta que se ha propalado a su costa, presentándolo a los incautos como un egoísta, glotón y codicioso por añadidura.

En esto no podemos poner tanta originalidad, aunque pongamos más fe, pues los mismos cervantistas han visto el verdadero semblante moral de Sancho.

Pero no se le ha defendido como tan buen cristiano merece, aunque no sea más que por ser, como él dijo, *enemigo mortal de los judíos*.

Hay, en defender a Sancho, más justicia y más necesidad que en criticar a Don Quijote, porque a éste se le desconoció pero a Sancho se le agravió inconsideradamente.

¡Sancho, amigo: tú que supiste amar, seguir y comprender a tu señor, con tu ignorancia sapientísima, pide a la «alta y soberana princesa» Dulcinea del Toboso, por los tres mil y trescientos azotes que prometiste darte por ella, y sin

duda te hubieras dado a no haber tenido blandas carnes, pídele, te suplicamos, que nos dé fuerzas para que sepamos desagraviarte justamente ante los hombres! (1).

---

(1) Por haber caído en nuestras manos el «Don Quijote, Don Juan y la Celestina», de Maeztú, impreso en enero de este año, después de escribir la mayor parte de estos Ensayos, hemos querido dedicarle unos comentarios, refutando su interpretación de la obra cervantina.

V

Vale

Entre lo que nosotros digamos, y lo que han dicho los demás, puedes, lector, escoger lo que más te agrade, si, por desgracia nuestra, no sabemos inculcarte el santo amor al verdadero Don Quijote (que es lo único santo que tenemos) y el no menos santo aborrecimiento al falso QUIJOTE de los malos intérpretes que han trocado en un hazmerreir ignominioso al más gallardo, excelso y valiente caballero que vieron los siglos.

Con esto y con desearte que no escribas libros que maltraten los comentadores, a Dios pedimos se apiade de todos en la hora de la justicia. Vale.

EL CATOLICISMO DEL «QUIJOTE»



EL CATOLICISMO DEL «QUIJOTE»

Estamos conformes con los cervantistas en creer que Cervantes no fué un anticlerical. La obra cumbre de Cervantes es un libro de sincera inspiración cristiana, la cual rebosa y se trasluce claramente en sus páginas, y de una manera que salta a la vista en el primer consejo que Don Quijote da a su escudero, preparando el ánimo del buen Sancho para que pueda llevar con soltura la pesada carga que es el gobierno de una ínsula. «Primeramente (le dice), ¡oh, hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.» ¿No es esto acaso el «Initium sapienciæ, timor Domine» de Salomón?

Y no fué sólo el QUIJOTE un libro lleno de hermosos conceptos cristianos, sino que además ha de reputársele como obra ortodoxa y respetuosa con la Iglesia.

Sancho, en el capítulo que el traductor de aquella historia tuvo por apócrifo, «porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles que no tiene por posible que él las

supiese», le dice a su mujer: «Mira Teresa y escucha lo que agora quiero decirte; quizás no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo agora no hablo de mío, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.»

Es decir: que la vez que Sancho habló con rara sutileza y profundidad de concepto, y cuando con las mejores razones que él sabía *de suyo* no podía meter en la cabeza de su oíslo las ínfulas e ínsulas que se cocían en el hirviente puchero de su magín, recurrió entonces a autoridades incontrovertibles, y le dijo a Teresa que escuchase *agora* las sentencias del padre predicador, que para el marido y la mujer encerraban toda la sabiduría y toda la veracidad del mundo.

Bien sabe Sancho apuntar su ballesta; porque Teresa es devota simplicísima y se haría mil reverentes cruces si delante de ella desmintiera alguno las palabras santas del padre predicador.

Y ¿habrá quién sostenga que Sancho hablaba de burlas en este pasaje y que no se santiguaba mentalmente, reconociendo en las sentencias del padre, no ya sólo la gran filosofía que encerraban, sino la eclesiástica infalibilidad que las sellaba y las hacía resplandecer con luz divina?

En el instante «último de Don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos... Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que

algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote...»

Y, ¿quién ignora que morir cristianamente en España no es otra cosa que morir piadosamente en el seno de la Iglesia Católica?

A cada paso se encuentran en el QUIJOTE protestas sinceras de sincera cristiandad y fidedad a la Iglesia.

En el capítulo tercero de la Segunda Parte, entre los encomios y alabanzas que prodiga el bachiller socarrón a Don Quijote, persuadiéndole de los méritos que tenía la historia de nuestro Hidalgo, que ya se había impreso, y estaba escrita por el sabio moro Cide Hamete Benengeli, dice Sansón Carrasco: «Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.

»—A escribir de otra manera —dijo Don Quijote—, no fuera escribir verdades, sino mentiras...»

Cuando Don Quijote se acercó a la boca de la cueva de Montesinos, en la cual, por estar cubierta de malezas, tuvo que abrirse paso cortándolas a cuchilladas, léese en el Libro que con el «ruido y estruendo (que hacían los tajos de la espada), salieron por ella (por la sima) infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como (era) católico cristiano, lo tuviera a mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante».

Hasta en la réplica furibunda de nuestro Hi-

dalgo al grave eclesiástico, cuando estaban comiendo a la mesa de los Duques, dícele Don Quijote que le tiene y ata las manos «el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa».

Sancho, por su parte, en el capítulo octavo de la Segunda Parte dice: «y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos.»

Pero aún en el capítulo XIX de la Primera Parte en el que los esoteristas creen hallar un furibundo ataque a la Iglesia, en la persona del Bachiller o Licenciado Alonso López, natural de Alcobendas, que en la aventura de los encamisados fué perniquebrado por Don Quijote, nuestro Caballero no ofendió ni arremetió, a sabiendas, contra los religiosos, y claramente lo dice: «Yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos.»

Y aunque añade luego que no le importaría ser excomulgado como lo había sido el «Cid Rui Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgó y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero», cualquiera que haya estudiado un poco la psicología de Don Quijote, advierte que esta grandísima contradicción entre la protesta de su fe católica y su conformidad con la excomunión, no ha nacido en el corazón de nuestro Hidalgo, sino que es una asociación

de ideas que le lleva a veces a creerse encarnado en otro caballero, por la influencia que ejercen sobre él los libros de caballerías.

Así que, cuando Don Quijote se representa en la imaginación la idea de que será excomulgado, a esta idea se asocia por proceso mnemotécnico subconsciente, la de la excomunión romancesca del Cid y asóciase y se reproduce también en su mente, de un modo instantáneo, el romance del «Romancero del Cid» que empieza:

«A concilio dentro en Roma — el Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa — este noble rey Fernando,
para Roma fué derecho, — con el Cid acompañado.»

El mismo caso ocurre en el capítulo V de la Primera Parte, en que «viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio que era pensar en algún paso de sus libros, y trújole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña...», por lo que «se comenzó a volcar por la tierra, y a decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decía el herido caballero del bosque:

»—¿Dónde estás señora mía
que no te duele mi mal?
O no lo sabes señora,
o eres falsa y desleal»,

añadiendo al mismo romance, equivocadamente, como dice Rodríguez Marín, los versos de otro de Jerónimo Treviño.

Y esto sucede repetidamente en el mismo ca-

pítulo; pues luego, «olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, lo prendió y llevó cautivo a su alcaidía».

Dedúcese de esto que, cuando Don Quijote en el citado capítulo XIX está haciendo una protesta de su fe católica, por una asociación de ideas se cree encarnado en el Cid, rompe el hilo de su pensamiento, se olvida de lo que está hablando y dice lo que dice, no ya como Don Quijote, sino como el Cid, cuyo romance está recitando *in mente*, sin acordarse de otra cosa. Es un salto de la realidad a la quimera, en el cual el mundo se nos transforma en sueño.

Decir, pues, que Cervantes tenía asomos y semejas de anticlerical y librepensador es una falsa e irreverente imputación.

Pueden sosegarse los cervantistas, y secarse el sudor que sudaron en defender en este sentido al Príncipe de los Ingenios Españoles.

Mas, ¿qué falta hacía demostrar que no era un librepensador ni un anticlerical el autor de «El Ingenioso Hidalgo», ni cómo podía jactarse de tal cosa, si nadie, en aquel tiempo, podía escribir contra la Iglesia, ni lo fueron los ingenios de aquella centuria, porque estaban todavía muy lejanos los tiempos del librepensamiento y del anticlericalismo?

Cervantes, noble es confesarlo, respetaba las instituciones de su época. Sus rebeldías estaban por encima de las instituciones, que caducan a compás que los ideales colectivos se truecan en otros ideales, al paso del tiempo. La verdad es la que nunca perece ni muda de hábitos, y por esta verdad combatió él.

Mas no faltan hombres de gran inocencia que

se emberrenchinan y patalean como chiquillos porque los necios digan tales naderías.

¡Librepensador, anticlerical Cervantes! ¡Por Dios, que me dejen en paz los huesos del glorioso alcalaíno!

¿Quién ha olvidado que él escribió los consejos espirituales de Don Quijote a Sancho Panza, con cuya lectura se eleva serenamente el espíritu humano al sublime pináculo de las verdades eternas, en un filosófico y gigante vuelo cristiano, arrojando vencidos a sus pies todos los apetitos carnales y todas las ambiciones y pompas vanas de este mundo?

En esas altísimas regiones, última y excelsa morada del pensamiento del hombre, el espectáculo de la vida y de las cosas ya no es este otro cuotidiano que ven nuestros ojos mortales, abrillantados por el fuego impuro de todas las codicias, de todas las abyectas carnalidades, y de todas las ruines ambiciones.

Allí sólo se respiran las auras eternales que orearon la montaña de Galilea, aquella bíblica tarde en que descendieron sobre la tierra las celestiales bienaventuranzas.

Jesús fué un Dios y Cervantes fué un genio, en cuya frente brillaron los áureos destellos que confunden en un mismo haz de luz divina al Creador y a la criatura.

¿Cómo confundir, por tanto, el vuelo del águila soberana con el torpe aleteo de los vencejos? Así sólo era Cervantes librepensador y anticlerical.

EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO DEL «QUIJOTE»



EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO DEL «QUIJOTE»

Mas, con todo esto, Cervantes fué un gran revolucionario.

Un entendimiento como el suyo, enriquecido con todos los dones de la naturaleza, y levantado así en caudal y generoso vuelo por encima de todas las miserias humanas que le rodeaban y que habían flagelado tan sin tregua ni misericordia su preciosa existencia; un ánima como la suya, que alentaba con tanto vigor, despreciando los bárbaros hachazos que en ella descargó la contraria suerte, ¿no había de sentir por la humanidad doliente una generosa ternura paternal, hecha de amor piadoso y de ansias redentoras?

¿No se avenía mejor con su condición hidalga el perdón de las ofensas y el amor al prójimo que cualquiera otra particular consideración de sus propias desdichas?

Dígalo por él, si no, el gran Caballero Don Quijote de la Mancha, el cual hubiera recibido con grandísima resignación todos los palos de toda la morisma encantada de la venta, y todas las coces de todos los aviesos y malsines

yangüeses, aunque sólo fuera a trueque de haber librado al desvalido Andresillo de la dura pretina de Juan Haldudo el rico, renunciando a las demás famosas y *hasta entonces nunca vistas* aventuras, que con tan temerario valor y arrojo acometió y acabó en el curso de sus caballerescas andanzas.

Digamos, antes de pasar adelante que, si hay alguien que no pueda aguantar el deseo de reirse de nuestro Hidalgo, al imaginárselo metido en aquella aventura, éste que tal haga tendrá bien poco de criatura humana y mucho de cuadrillero estúpido e indigno «por su bajo y vil entendimiento de que el cielo le comunique» el deleite de vislumbrar la grandeza de alma de Don Quijote, cuya figura dolorosa es sagrada como la de un mártir. Y a este risueño no le estaría mal verse en el apurado trance de Andresillo, sufriendo el inhumano y criminal vapuleo de algún vecino del Quintanar, Haldudo y y rico en una pieza.

Por cierto que, generalmente, se le ha dado la razón a Andresillo, cuando en el capítulo XXXI de la Primera Parte le dice a Don Quijote: «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra y ayude, sino déjeme con mi desgracia; que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.»

Mas esto no prueba otra cosa que la ingratitud del muchacho, a quien le constaba la buena voluntad y nobleza de intención con que Don Quijote acudió a socorrerle, el día que le vapulearon.

Por esto dice acertadamente Unamuno:

«Aparte de lo cual, tienen las aventuras todas de nuestro hidalgo su flor en el tiempo y en la tierra, pero sus raíces en la eternidad; y en la eternidad y en los profundos, el entuerto del criado de Juan Haldudo el rico, quedó muy bien y para siempre enderezado.» (1).

Y por esto, en el martirio del Héroe Manchego, y en la mansedumbre con que lo padeció, y en la caballeresca, y loca, y redentora fe que dió brío y esfuerzo a su brazo para empeñarse en la más noble, en la más desigual, en la más temeraria y estupenda lucha contra todos los vestigios de la ignorancia, las sinrazones de la injusticia, las bajezas de la hipocresía y el miedo cobarde de los esclavos que antes y ahora han hecho abdicación de su libertad, aquel don del cielo por el cual «puede y debe arriesgarse la vida»; en todo esto que basta para despertar en el hombre la cólera santa contra todas las leyes que le engurruñen el estómago, el corazón y la conciencia; y ponen en peligro y acaban la dignidad con que vino al mundo; y le desesperan y matan hasta la consoladora creencia de una vida mejor; en todo este ideal, forjado con encendimientos caballerescos y amarguras de hiel de ilusiones gigantes tronchadas por la misma humanidad a quien quiere redimir; en toda esta desoladora filosofía aprendida a mandobles y lanzadas contra la bajuna realidad, hinchada como los molinos de viento, medrosa como los golpes nocturnos de los batanes de Ruidera, y aparencial como los encamisados que iban a Segovia; en esto y en todo esto está el espíritu revolucionario,

(1) Unamuno, «Vida de Don Quijote y Sancho», cap. IV, pág. 56.

la sed revolucionaria de Cervantes, tras la sombra austera del Caballero de la Triste Figura.

Glosado o no el discurso de la edad dorada, y apartándonos del parecer de don Miguel de Unamuno, que en él no quiere ver más que un impertinente ejercicio retórico, para nosotros, aquella «santa edad» en la cual eran «todas las cosas comunes», y «todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia»; en la cual «andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello», «solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen»; aquella «santa edad» en la cual «No había el fraude, el engaño, ni la malicia mescládose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado...» aquella «santa edad», era la nueva vida, la utopía revolucionaria y el cielo que prometía Don Quijote a sus creyentes.

Porque, ¿qué lascivias eran las que no se sentían en aquella «Dichosa edad y siglos dichosos»; qué injusticias las que no se cometían; qué «tuyo y mío» que allí se ignoraban; qué discordias y enemistades y guerras las que allí no se encendían y declaraban, sino las mismas lascivias que Alonso Quijano cubrió de sonrojo con el ejemplo de su honestidad; las mismas injusticias que él deshizo y reparó con su lanza y con su espada; las mismas discordias y enemistades y guerras que él declaró a todos los cobardes de espíritu, a todos los «hi de puta», ingratos

y malnacidos; la misma codicia que él anatematizó en Sancho y despreció en el ventero?

Luchando, luchando siempre contra todo lo malo, caído pero no derrotado, escarnecido pero no deshonrado, soñador siempre, bravo sin segundo, fué Don Quijote el caballero más valiente, idealista y revolucionario del mundo entero.

¡Siga burlándose el señor don Francisco Rodríguez Marín, de los que tenemos la audacia de querer interpretar el pensamiento de Cervantes, y levantar al manco divino la abominable calumnia de decir que fué un revolucionario!

Revolucionario, sí, porque el genio fué siempre revolucionario, consciente o inconscientemente, sin tener temores torpes y supersticiosos a las ideas, que encienden de gloria la mente y abrasan y desasosiegan la carne, que busca al espíritu para espiritualizarse toda.

¡Búrlese ese señor de los que vemos y amamos las santas rebeldías que escribió la única mano del Manco de Lepanto, pero la más justiciera que movió pluma en el mundo!

«Otros fantasean de lo lindo —dice el señor Rodríguez Marín en su edición del QUIJOTE con anotaciones críticas—, pintándonos a Cervantes como un librepensador y anticlerical de tomo y lomo, y amén de esto, como un solapado enemigo de todos los poderes públicos de su época, y otros, mientras tanto, se dedican a destilar por la fina alquitara filosófica la quintaesencia de la significación del QUIJOTE. Mi labor es bastante más humilde.»

Y por si esto fuera poco, echa mano y busca el arrimo de su maestro Menéndez y Pelayo, y trae a cuento aquello de «turba gárrula que

infecta las márgenes del sagrado manantial cervántico en son de venerarlas»; mas, aunque estas palabras fueran un axioma, nunca serán donairosas, como se piensa el señor Rodríguez Marín.

Pero, en fin, los unos a los otros no hemos de juzgarnos, porque no faltará quién nos juzgue a todos.

Sólo queremos recordar al señor Rodríguez Marín, que hasta don Angel Salcedo, en «La literatura española», tomo segundo, se muestra más comprensivo y benévolo que él con los de la «alquitara filosófica», pues dice en la citada obra que, entre el cúmulo de intérpretes y comentadores del QUIJOTE, existen «finalmente, los que han escudriñado el sentido trascendental o filosófico, que ya consciente, ya inconscientemente puso Cervantes en esta mágica creación de su fantasía. No van los últimos, por cierto, tan descaminados, porque habiendo creado el autor del QUIJOTE, no seres ficticios o arbitrarios, sino con toda la verdad de la naturaleza humana, es evidente que en ellos y en sus acciones ha de reflejarse cuanta metafísica y psicología cabe en la humana mente, que es toda la que conocemos.»

*
* *

Decir que Cervantes no fué revolucionario porque no predicó ninguna revolución, es una solemne mentecatería, pues los más grandes revolucionarios, como los más grandes patriotas,

no fueron nunca los que tomaron la patria o la revolución por oficio y bandería, como todo el mundo sabe, y como también sabe todo el mundo que antes de haber un Mirabeau y un Robespierre, hubo un Voltaire y un Rousseau.

Los revolucionarios de todos los tiempos pelearon siempre por la libertad del hombre, aherrojada, más por la ignorante soberbia, que por la tiranía de los de arriba, y confirmada, más por la ignorante humildad, que por la cobardía de los de abajo.

Pelear contra tanta ignorancia, dar luz a tanta obscuridad, y derribar tantos absurdos y entuertos, es hacer revolución; es proclamar el imperio de la verdad. Y así fué Cervantes revolucionario, y lo fueron todos los grandes hombres, aunque todos los grandes ricos no hayan seguido el ejemplo de Tolstoy, y siga pesando sobre la humanidad el baldón y el anatema de dejar que mueran de frío y de hambre a muchísimos necesitados que, hoy como ayer, llegan a formar piras y montones hasta en las plazas de las grandes ciudades, sin otro escudo para defenderse de las inclemencias del cielo, que el desconsuelo y el olvido con que la raza humana los escupió y echó de su seno de víbora; aunque sigan los puños embelesando más que los libros; y los hueros y vanidosos triunfantes, y caídos los sencillos y prudentes; y los que trabajan, careciendo de todo, y sobrados de todo sus explotadores, y, finalmente, lo de arriba, abajo, y lo de abajo, arriba, como fué siempre, y lo es cada día menos, a medida que la humanidad va viendo y guiándose de la verdadera luz, a su paso por este mísero planeta.

*
* *

Hay un pasaje en el capítulo XII de la Segunda Parte del QUIJOTE, en el cual Cervantes se burla del falso poder de los poderosos de la tierra, haciéndoles ver la comedia que representan en la vida (comedia tomada tan a pechos y con tantas veras por ellos), y recordándoles con celo cristiano que ese poder, por mucho que dure, no durará más de lo que ellos tarden en morir.

No quisiéramos copiar tantos pasajes de un libro tan manoseado por todos, pero nos es forzoso hacerlo, porque queremos demostrar, hasta la hartura y mayor satisfacción, el grandísimo error en que ha vivido siempre el cervantismo, y porque desearíamos que, leyendo estos pasajes, junto a nuestros obscuros comentarios, pudiera guiarse el lector hacia la interpretación del QUIJOTE que nosotros creemos más recta y verdadera.

«Si no dime (decía Don Quijote en el citado capítulo XII a Sancho Panza): ¿no has visto tú representar alguna comedia adónde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

»—Sí he visto — respondió Sancho.

»—Pues lo mismo —dijo Don Quijote— acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.»

Entre este pasaje y las coplas elegíacas de Jorge Manrique, hay la diferencia de que aquellas se lamentan y se duelen del paso presuroso con que la muerte nos conduce al filo del abismo en que para «nunca, jamás» hemos de precipitarnos y hundirnos; y en el bello pasaje cervantino se recuerda a los poderosos que su soberbia mundana tendrá fin, y que la muerte, a la cual no pueden enfrenar con la fusta y el tiro de su poder ilusorio, juntará en la tierra, mal que les pese, sus huesos con los de los humildes, a quienes hasta rehusaron estrechar la mano en esta vida.

Y esto lo dice Cervantes sin hiel, con la serenidad de los justos, pero con la pesadumbre de sus padecimientos.

Y he aquí que estas evangélicas palabras son tempestades de ira santa, que apenas adivinan los que se emboban plácidamente escuchando el concierto dulce, limpio, risueño y alborozado del estilo del manco glorioso.

Pero ¿es que ante la plebeyez de los de abajo y el orgullo de los de arriba, ante el espectáculo de la ajena y de la propia miseria, y, finalmente, ante todas las sinrazones y maldades no había de alzarse Cervantes?

Y ¿acaso la fe de Sancho, indecisa a veces, las burlas de los Duques y todas las embestidas de inmundas piaras, y cantazos de ingratos y co-

bardes que recibió Don Quijote no son las fatídicas profecías de todos los que alguna vez hemos pensado en meternos a deshacer agravios?

Los cervantistas, sin querer *hacerse cargo*, sin querer ver el margen que el Libro deja a la obligada credulidad del lector, se entretuvieron en reírse de los imposibles, de los disparates de Don Quijote, y no llegaron a conocerlo profundamente, ni entendieron lo simbólico de cada uno de aquellos disparates, significación que a poco se descubre, aun sin ningunas dotes especiales de discreción, si el que lee el QUIJOTE no es tan romo de inteligencia que no entiende, ni ve, ni sabe lo que lee; pues claramente dijo el Gran Hidalgo al bondadoso Sancho, en el capítulo octavo de la Segunda Parte, que para alcanzar la verdadera y eterna fama que promete nuestra religión cristiana, había que matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad; a la gula y al sueño, en la templanza y vigilia; a la lujuria, en la lealtad a la dama de nuestros pensamientos, y, en resumen, a todas las flaquezas y vicios, en todas las virtudes y nobles prendas. A lo que hay que añadir el vencimiento y muerte de la duda, en la victoria y resurrección de la fe, que es la virtud que más resplandeció en el Bienaventurado Manchego.

Y siendo esto así, como lo es, y siendo estas las palabras de Cervantes, que no osará poner en duda el cervantismo, ¿por qué se han llamado absurdos y locuras a los hechos que se concibieron para enseñar cordura a los cuerdos? Si como individuo Don Quijote atropellaba la realidad distinta a «su realidad», como símbolo estaba aún más cuerdo y proclamó las realidades más altas del pensamiento y del corazón.

Y si como símbolo era la misma verdad y como individuo la bondad extrema, ¿por qué ha de querer amarrarse toda la figura de Don Quijote a una realidad inferior a su fe y a sus ideales?

Si Don Quijote acometía y vencía a un gigante, pensando en acometer y vencer a la soberbia, verdaderamente ésta fué la acometida y vencida, y no aquel gigante, real o fantástico.

El loco y acometedor de gigantes, fantasmas y vestiglos es el que dijo o dirá otra cosa; que a éste sólo puede decirse lo que Jesús a los incrédulos: «Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen.»

Los vicios fueron los que acometió y venció Cervantes con la lanza de Don Quijote, que era cuerdo, de cordura santa.

Y a fe que los vicios humanos no han sido ni fueron nunca fantasmas ni gigantones Caraculiambros, ni Belermas encantadas de la invención del autor de tan famosa historia; los gigantones y fantasmas y encantados sí, pero éstos estaban en la imaginación de Don Quijote, porque eran el mundo ficticio que Cervantes inventó para combatir al mundo real y verdadero, y para que el «stultorum infinitus est numerus», llegara al final del Libro con la carcajada en la boca, sin aburrirse y sin enterarse de que jamás se escribió filípica, ni sátira, ni sermón semejante en valentía y elocuencia contra los vicios de los hombres.

Cuéntase que una vez rogaron a San Francisco de Asís que predicase un sermón, y el obediente siervo de Dios salió de su convento y dió un paseo por la ciudad; y que al volver a su celda dijéronle que le estaban aguardando para oir su sermón, a lo que el Santo de Asís

respondió que lo acababa de predicar, con el ejemplo y enseñanza que tomaban las gentes a su paso.

La vida de Don Quijote fué también un sermón y un ejemplo de virtudes cristianas, de alteza en el pensamiento, de nobleza en el sentir y de rebeldías santas.

Y quisiéramos que se nos dijera qué quedaba de Don Quijote dándole por loco y monomaníaco, como nos lo dan los cervantistas.

Porque ¿quién tomará lección de un loco ni quién lo tomará en serio, y cómo puede ser el Gran Hidalgo descabalado y de cabal juicio al mismo tiempo?

No hay para los cervantistas otro camino que emprender ni otro remedio que tomar, sino declarar ya, de una vez para siempre, que Cervantes fué un escritor mediocre, y Don Quijote un loco, y el Libro un parto huero, o darnos la razón a nosotros los quijotistas verdaderos, los verdaderos intérpretes del espíritu del QUIJOTE. Y puesto que estamos en los tiempos de la razón y de la reflexión, puesto que no nos entumecen ni paralizan los encantadores, ni nos conturban el ánimo las visiones y fantasmas, dejémonos de componendas y de distingos. Cervantes fué un luchador, en su vida y en su obra, digámoslo muy alto; Cervantes fué un gran luchador; un gran rebelde a las tiranías sociales de entonces y de ahora, y mojó su pluma en las fuentes de la fe viva, y luchó por la libertad, por la verdad y por el arte; y Don Quijote fué el cuerdo más cuerdo que nació de vientre de mujer.

Y el que otra cosa piense y diga, merece tener aherrojado el cuerpo, pues que el espíritu lo tiene aherrojado ya.

Cervantes fué revolucionario en su espíritu; en el espíritu de Don Quijote que era el suyo.

Y él supo de las locuras de su héroe, de las *discretas locuras* del que quiere ser sembrador del bien y *desfacedor de agravios*, que en este mundo es ser loco.

Nosotros no queremos decir que de intento él fuese el Quijote de su Libro y el caballero andante: eso no. La palabra de Cervantes es palabra de hidalgo, y nosotros hacemos una síntesis del Libro y no la indagatoria judicial del autor, como algunos majaderos han hecho, contra todos los fueros de la razón y del tiempo.

Pero, de todos modos, no puede negarse que sus ideales tomaron carne y figura de hombre en el seco y antojadizo Alonso Quijano, y he aquí que no todo fueron burlas, como él creyó acaso, perdiéndose y esfumándose, mientras se agrandaba el hijo de su fantasía hasta llegar a ser para los hombres más discretos, el símbolo y el resumen de la locura más cuerda que jamás se haya imaginado.

Y es que las ideas sólo fructifican con la sangre.

La humanidad sólo se convence de la sinceridad de un mártir —dijo Pascal—, cuando ve y palpa su cuerpo, y se convence de su muerte.

Y entonces el mártir o el héroe resucita a la inmortalidad, como Don Quijote.

Cervantes debe su fama a la fama que conquistó el Hidalgo Fuerte con su lanza.

El autor se escondió medroso, como Sancho, detrás del Caballero, fiándose de su brava heroicidad. Justo es que el Caballero que dió, sin ayuda de nadie, el pecho a las pedradas de los galeo-

tes, se lleve también para él solo la gloria de sus hazañas.

Las gentes que han tomado por loco a tu inmortal Hidalgo, mi señor Cervantes, son ciegas del entendimiento, y tú canonizaste su ceguera, y echaste en cara a Don Quijote el valor que mostraba en su locura, que era tu misma locura apoyada por aquel valor.

Mas... tú y Don Quijote seréis eternamente apaleados por cobardes criados de groseros mercaderes; tú y Don Quijote seréis eternamente desconocidos y burlados.

La humana ingratitud y la humana ignorancia fueron deicidas una vez, y lo serían mil veces, si mil veces quisiera el buen Jesús bajar a redimir el mundo.

*

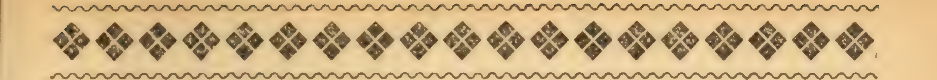
*   *

Nosotros vemos en el QUIJOTE un patético y paradógico espectáculo: el histrionesco y terrible espectáculo del redentor que ha tenido la visión de que su amor de redención será pagado a mordiscos y coces, y cree en sí mismo y en su obra, y sabe que nadie creerá en él ni en ella, y tiene que burlarse de ella, y del fracaso final de su obra, que no durará más de lo que dure el mundo «que tiene su fin señalado»; y tiene que reirse de su propia impotencia y limitación terrenal, con risa que tiene, como en «I Pagliacci», humedad y amargor de llanto.

Mas también se advierte en la obra cómo se purifican en el autor las ansias de gloria, y cómo su ardor de redención se despoja de toda con-

sideración de lauros mortales, cómo se refrescan los fuegos del corazón con las aguas vivas de los consuelos celestiales, y cómo la amargura y la desilusión se van perdiendo de vista, se van empequeñeciendo, a medida que el águila del pensamiento humano escala las últimas cumbres... y la risa se dulcifica, se hace melíflua, y ya no es el hombre que sufre, sino el justo que ama, que reza, que se resigna y espera...

EL PENSAMIENTO DEL «QUIJOTE»



EL PENSAMIENTO DEL «QUIJOTE»

El capítulo octavo de la segunda parte del QUIJOTE es acaso en el que más explícitamente descubre Cervantes estas terribles turbaciones de su alma, y sus candores de hombre de genio; tan sencillamente narrado todo, que no nos es posible dejar de enternecernos y echar de menos aquella santa edad, capullo de nuestra vida que se llamó inocencia, y que no ha de volver.

«Quiero decir, Sancho (dice Don Quijote), que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valientes españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?

»Todas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros, más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo que tiene su fin señalado: así, ¡oh, Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos.»

Sancho, siempre tan sencillote y llano, y a veces tan discreto como su señor, le pide que le absuelva una duda que tiene, y Don Quijote le da licencia para que la diga, y le promete contestarle y sacarle de ella.

He aquí lo que dice Sancho, después de hacer confesar a su señor que gozan mejor fama los santos que los caballeros andantes:

«—Quiero decir —dijo Sancho— que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer (que según ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos (Sancho se refería a «San Diego de Alcalá y San Pedro de Alcántara, canonizados por aquellos días», como ha dicho Unamuno), cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde.

»Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos, o a endriagos.»

Esta simple candidez de Sancho es la que nos hizo recordar los tiernos años de la niñez, en la cual todos hemos amado la santidad, y nos hemos dado a ser, ora santos, ora caballeros andantes, porque teníamos entonces limpio el corazón, como este buen escudero.

Mas Don Quijote sabía que en todos los estados y oficios se puede alcanzar la santidad, y que él podía llegar a ella, aunque, inclinado de su estrella, fuese caballero andante.

Y ved aquí lo que le dijo a Sancho, cuando éste insistió en que había en el cielo más frailes que caballeros andantes:

«—Eso es —respondió Don Quijote— porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

»—Muchos son los andantes — dijo Sancho.

»—Muchos —respondió Don Quijote—, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.»

Mas Don Quijote va hundiéndose en la sima de la cordura hasta su muerte, como ha dicho Unamuno, y en el capítulo LVIII de la misma Segunda Parte hay otro destello de cordura, tan santa y tan excelsa, que reirse del noble Manchego sería reirse de la misma santidad.

Después de haber visto las imágenes que llevaban aquellos labradores, cubiertas y envueltas con sábanas blancas, para ponerlas en un retablo de su aldea, y después de haber dicho a Sancho la celebérrima frase de oro: «Por la libertad, así como por la honra, se puede y

debe aventurar la vida», dijo Don Quijote à los llevadores de las imágenes: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

»—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo — dijo Sancho a esta ocasión.»

¿Habrá necesidad de demostrar ahora qué fama era la que procuraba nuestro Hidalgo? ¿Habrá que ponderar acaso la cordura de estos razonamientos de Don Quijote?

¿Quién tendrá ahora por libro de entretenimiento y risa «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»? ¿En dónde vió Fitzmaurice la filosofía barata y los conocimientos superficiales de su autor?

Las palabras de Don Quijote, tan llenas de fe, tan llenas de juicio, tan llenas de amor, son, sin embargo, las palabras de un hombre escarnecido y vilipendiado, que goza en sufrir por hacer bien a los ingratos, que le hieren en pago.

Por esta bondad natural y por esta natural sencillez lo quería Sancho como a las telas de su corazón.

¡Hiciste bien, Sancho hijo! Esa fe y ese

amor te salvó y te puso en el más brillante asiento de la inmortalidad.

¿Qué hubiérais sido tú y tu señor, si en vez de andar siguiendo a la estrella del ideal por los sagrados campos de nuestra España, y buscando tuertos que enderezar e injusticias que reparar y ofender, qué hubiérais sido, ni en este mundo acabable y mezquino, ni en el otro, eterno y bienaventurado, si os hubiérais quedado pacíficamente en vuestras casas, encerrando en vuestro pecho tan grandes propósitos?

¡Oh fe de Don Quijote, que se alzó viva y triunfante, buscando enamorada el bien por el bien mismo, sin curarse de la ingratitud de los hombres ni de la fama, que ha de acabarse y finirse con el acabamiento y fin de este mundo terrenal!

Muchos que se han creído compenetrados con el espíritu del QUIJOTE, muchos de esos, aunque no lo confiesen ni lo declaren, juzgarán en su fuero interno que estos héroes, Don Quijote y Sancho Panza, hubieran sido más cuerdos estándose en sus casas quietecitos y sosegados, sin meterse en aventuras.

Ya se ve que con tal estrechez de pecho no puede leerse este Libro, ni se podrán comprender nunca las excelsas locuras de Quijano el Bueno.

Bien es cierto que, de no ser verdades corrien- y molientes y casi artículo de fe, tampoco creerían esos sabihondos en las sobrehumanas locuras de San Juan de Dios, ni en los deliquios del Santo de Asís, ni en los arrobos de Teresa de Jesús, ni en las aventuras de aquel capitán Loyola, de cuya vida ha hecho Unamuno el paralelo con la de Don Quijote, ni, en fin, de ningún santo ni héroe alguno.

¿Cuando se convencerán más de cuatro, que la historia del Ingenioso Hidalgo no puede comentarse sólo con el razonamiento lógico de la crítica?

Por algo el corazón ha valido siempre tanto como la cabeza, y por eso han errado tantos sabios que estudiaron este libro como un árido tratado científico.

¡Más tranquilo, más sosegado hubiera vivido Don Quijote en su aldea, que *papando viento* y tomando a su cargo la defensa y valimiento de los desvalidos e indefensos!

Este es el extremo de la cordura que conciben algunos hombres que gozan fama de discretísimos y cuerdísimos.

Mas Cervantes sabe retratarlos muy bien en aquel impertinente y grave eclesiástico que sentaban los Duques a su mesa.

Dice que el tal clérigo era «destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables».

Veamos lo que dijo este eclesiástico tan sensato y de ánimos tan generosos y nobles, cuando oyó hablar a Don Quijote: «Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volvéos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar por el mundo, papando viento y dando que reir a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde,

nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?»

Ni a este eclesiástico descompuesto, mal mirado, iracundo y necio, ni a los hombres que como él piensen podemos nosotros contestarles una sola palabra, porque «Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua» les contestó a todos en uno a las mil maravillas.

Lea ahora cada cual en su casa la réplica inmortal de Don Quijote, y dígannos luego si Cervantes, al escribirla, no estaba comulgando con el espíritu de su héroe. Y siendo esto verdad, verdad será también que el libro es una profunda ironía, engalanada con los mirtos inmortales de las gracias de Helicón.

* * *

Volviendo a nuestro tema, declaremos que el autor de «El Ingenioso Hidalgo» hace coro al Cura, al Barbero y hasta a todos los que ultrajan al sublime loco.

Mas, ¿quién puede decir el dolor con que él se ríe de Don Quijote?

Bajando a la humanidad supo Cervantes remontarse hasta lo divino.

Para que la excelsa figura del gran Hidalgo llegase a tocar tan altísimos linderos, fueron menester muchas pedradas, innumerables pedradas, mejor cuanto fueran tiradas y arrojadas por más cobardes manos, pues al paso que crece la

ruindad e impiedad del verdugo, es mayor y más meritoria la pasión, y la santidad, y la palma del mártir.

En la ficción de aquella famosa Historia, que Cardenio tenía por imposible que ningún entendimiento humano diese en imaginarla, Cervantes es Don Quijote y la humanidad enemiga de Don Quijote al mismo tiempo.

Leed despacio el capítulo XLV de la Primera Parte, «Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad».

Don Quijote toma ojeriza e insulta a los cuadrilleros, y se les resiste y opone cuando quieren prenderlo.

Cervantes está del lado de la Santa Hermandad, pero cuando los espoliques de ella, que son unos soberbios moharrachos, se llegan a nuestro héroe, maltratándolo, injurándolo y blasfemando de su honradez, con blasfemia tan bestial y horrenda como era y es decir a Alonso Quijano, a la flor y nata de los hidalgos, «salteador de caminos», entonces el Cervantes hidalgo, el Cervantes cuyo espíritu dió vida a Don Quijote, seguramente se encendió en ira, y miente quien dijere lo contrario.

Porque de no sentir una justa indignación ante tamaño y sacrílego atropello, no fuera hidalgo, y miente repetimos quien dudare de la hidalguía de Cervantes.

¿Pero es que no se enfureció en él, acaso, Don Quijote?

¿Se mordió el gran Caballero la lengua para llamar «ladrones en cuadrilla» a toda la caterva de cuadrilleros habida y por haber; para despreciarlos como a gente de «vil y bajo entendi-

miento», y, finalmente, para amenazarlos con cuatrocientos palos en sus costillas lacayunas?

¿No había de doler a Cervantes en su alma que todos los falsos amigos de Don Quijote que se hallaban en la venta — entre los cuales se contaban don Fernando y sus compañeros, el Oidor y su hermano, don Luis, Cardenio, el Barbero de su lugar y hasta su fiel escudero Sancho — no había de dolerle que todos abandonasen al León Manchego en aquel apurado trance?

Cervantes disimula su dolor, quizá para hacer más meritorios los padecimientos de su héroe, pero formula su execración contra los cuadrilleros.

No dice mal tampoco de los falsos amigos de Don Quijote, pero ya que no los inculpa vése en el Libro que no faltó allí la caridad que nunca falta, y fué en Maese Pérez en quien encendió su lámpara; en aquel infeliz cura, del cual hubiera dicho Bernard Shaw, como dijo en «Santa Juana» de otro clérigo de igual estampa: «¡Sanctas simplicitas!»

Y fué el caso que, mientras nuestro valiente Hidalgo echaba pestes por la boca y amenazaba a los «ladrones en cuadrilla», «estaba el Cura persuadiendo a los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante; pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco».

¡Por loco! ¡Y lo decía un discípulo de Aquel Loco que coronaron de burlas los soldados pretorianos, y sobre cuya cabeza moribunda leyó la raza deicida el INRI afrentoso, grotesco, sacrílego y nefando!

Era un hijo de la fe quien negaba la fe, un apóstol de la fe, que no tenía ninguna.

El ser bueno y caballeroso es ser cordero entre lobos. Excelso ingenio el de Cervantes que supo darnos al bonísimo y caballerosísimo Don Quijote, metiéndolo en medio de la feroz manada de los lobos, para enseñarnos a ser corderos.

Y bien se advierte en la grandiosa obra, que todas las pedradas que arrojaron a la cabeza del Hidalgo los desalmados cabrerizos las recibió él en su espíritu, y todas las burlas que al noble Manchego hicieron los mezquinos de corazón, se las hicieron también a su ideal.

¿Diréis ahora, por ventura, que Cervantes creía, como el Cura y los demás que se hallaban en la venta, cuando acaeció esta aventura de los cuadrilleros, que Don Quijote estaba loco?

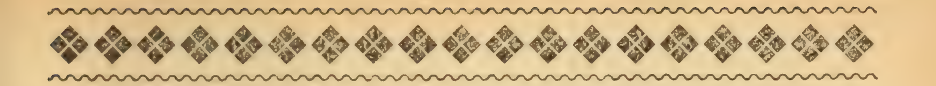
No, y en el decirlo Cervantes está el busilis del cuento y la ironía de la famosa historia.

Cervantes dudaba acaso, como Sancho, de labios afuera, pero en el hondo de su corazón tenía arraigada la fe en su Quijote, la fe en la cordura de su Quijote, que no era otra cosa que la grandísima y profundísima sabiduría con que él se vió recompensado por la naturaleza y por la misma mala suerte que tantas malas partidas y jugarretas le hizo en Lepanto, en Argel, en Sevilla, en Valladolid y dondequiera que puso la planta.

Y no podía por menos de ser así, pues bien claro dijo la pluma de Cide Hamete Benengeli, cuando éste la colgó en la espetera, al acabar la historia del glorioso Manchego: «Para mí solo nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir.»

EL REALISMO Y EL IDEALISMO EN EL «QUIJOTE» Y EN LOS LIBROS DE CABALLERIAS

———



EL REALISMO Y EL IDEALISMO EN EL «QUIJOTE» Y EN LOS LIBROS DE CABALLERIAS

Y aunque el mismo Cervantes imaginara a Don Quijote como loco, y le pusiera sus hazañas por locuras en la cabeza, según ha dicho un sabio cervantista, con el fin de imitar las las de Amadís de Gaula ¿le salió por esto menos cuerdo que si hubiera pensado imaginárselo como el hombre de más sano juicio del mundo?

Pero es el caso que Don Quijote no estaba loco. Menéndez y Pelayo dice que su locura «es una mera alucinación, respecto del mundo exterior, una falsa combinación e interpretación de datos verdaderos».

Y si estaba loco, ¿por qué se comunicaba su locura a Cervantes, y a todos los personajes que le trataron?

Unamuno, refiriéndose a la contienda que entablaron los falsos amigos de Don Quijote contra los cuadrilleros, dice en su libro citado «Vida de Don Quijote y Sancho Panza»: «Ved, pues, a los burladores de Don Quijote burlados por él, quijotizados a su despecho mismo,

y metidos en pendencia y luchando a brazo partido por defender la fe del caballero, aún sin compartirla».

¿Y qué es lo que defendían tan bravamente Don Fernando, y Cardenio, y el Barbero, y don Luis, y el Oidor y Sancho?

Una quimera: el yelmo de Mambrino.

Mas, ¿es creíble también que las locuras de Amadís de Gaula, y las de todos los caballeros andantes no fueron tan cuerdas como las de Don Quijote?

Pues ¿qué locuras eran las de los caballeros andantes?

La primera fuente de inspiración de los libros de caballerías fueron las Cruzadas y las rebeliones de los hombres esforzados, contra la tiranía de los señores feudales de la Edad Media.

La primera Cruzada ¿no fué una aventura quijotesca que acometió el caballeresco espíritu cristiano de la Europa, contra los infieles del Asia, que señoreaban y mancillaban los Santos Lugares?

Seguir a un hombre, sin más ni más, al grito de «¡Dios lo quiere!», por muy cristiano que sea — y sin duda por ser cristano — ¿no es también muy quijotesco? Y en todas las Cruzadas alistáronse las gentes, movidas más por la fe que guiadas por la pericia guerrera, sin preguntar cómo, ni de qué manera habían de llegar a Palestina, ni contra quién, ni contra cuántos habían de luchar, y sin cuidarse del hambre y de las penalidades que habían de sufrir en su odisea.

En todos los pueblos de Occidente se encendió con chispas de santa locura el anhelo fervientísimo de rescatar los Lugares en que se desarrolló el drama de la Sagrada Pasión.

Los caballeros andantes obraban también con encendimientos de locura de ideal y de amor, que también es locura santa.

Contra estos caballeros andantes ha salido un campeón moderno.

En su obrita «Miguel de Cervantes Saavedra, biografía, bibliografía y crítica», página 54, dice el señor Cejador:

«Contra lo milagrero y fantástico de la literatura caballeresca, álzase en todo él (Cervantes) el realismo español con un brío incomparable.

Don Quijote, caballero de nobles pensamientos, pero real y vivo, hunde para siempre a los caballeros andantes. Las damas endiosadas a lo provenzal de los libros de caballerías, figuradas en la fantástica Dulcinea, deshácense como humo al olor a ajos de Aldonza Lorenzo, que zarandea trigo y no candeal, en las eras, y al olor de cochambre de la Maritornes de la venta».

Pero ¿cuándo fué el realismo español tan bárbaro iconoclasta de la belleza y el valor de la antigüedad? ¿Cuándo se complació el realismo español en reirse del eterno tipo de belleza que es Dulcinea?

El señor Cejador confunde el realismo literario con el más abyecto materialismo, y no ve en esas *damas endiosadas* ni en esos *fantásticos caballeros* otra cosa que el endiosamiento y lo fantasmal; pero el realismo español ha visto en aquéllas a la dama, y en los otros al caballero; y el Caballero fué Don Quijote y la Dama fué Dulcinea, y éste es el verdadero, y noble, y rancio realismo de nuestra patria, el realismo españolísimo del Príncipe de los Ingenios Españoles.

Diga el señor de Unamuno a don Julio Cejador que recuerde aquello de que «sólo existe lo que

obra»; porque más ha existido la inexistencia corpórea de los caballeros antiguos y fantásticos, y de las endiosadas damas provenzales, que la existencia corpórea de millones de personas de ambos sexos, de cuya caballerosidad o hermosura no nos ha llegado noticia, ya que no hicieron otra cosa que acrecer el número de los nacidos.

Hasta en los seres imaginados se llegará siempre a la conclusión de que algo existe extrínseca o intrínsecamente, y al querer expresar ese *algo* se irá siempre derecho al realismo o naturalismo, o como quiera llamarse.

Mas, como, por otra parte, Milá y Fontanals decía que en arte debía idealizarse la realidad, con fragmentos de realidad idealizada, con realidades del alma, idealizadas por la fantasía, surgió Dulcinea y surgieron todas las quimeras de los libros de caballerías, en los cuales, la falta de realismo objetivo, está compensada sobradamente por el exceso de subjetivo idealismo que en arte vale tanto o más que aquél.

Don Miguel de Unamuno en su obra, tantas veces citada, dice: «La verdad no es relación lógica del mundo aparencial a la razón, aparencial también, sino que es penetración íntima del mundo substancial en la conciencia, substancial también.»

Acerca del modo de contemplar las cosas, como el señor Cejador, en su exterior apariencia y no en su íntima substancia, el doctor Jorge Mañach, en un concienzudo trabajo publicado en la revista «Mercurio Peruano», Vol. V, año III, núm. 30 escribe:

«Debido a su actitud extrictamente empírica y objetiva, el cervantismo ha fallado en la

comprensión de los más sutiles matices ideológicos del QUIJOTE...

»No puede aprehenderse lo emocional, ni aún lo que es híbrido de emoción y pensamiento por el escudriñamiento lógico, que quiere comprenderlo todo a la luz de la razón.»

¿Conque se alzó el realismo de Cervantes «contra lo milagrero y fantástico» de la literaratura caballeresca?

Pues si es verosímil que los espíritus del otro mundo se aparezcan a nuestros mortales ojos con formas diversas ¿por qué el empeño en negar las extraordinarias visiones que se mostraron a los caballeros andantes?.

Y ¿por qué negar sus hazañas milagreras, si para realizar milagros basta la permisión divina?

Porque aunque los caballeros andantes no fueran santos, a nosotros nos basta con saber que se han hecho, que se hacen, y que pueden acerse milagros. La misma fe se necesita, como ha dicho Ticknor, para creer en una quimera, que para creer en un milagro.

Para creer en lo milagroso, al señor Cejador le obliga solamente el dogma, pero a nosotros, aunque legos, nos induce el dogma y el corazón.

Además, la intención y el busilis de los que escribieron libros de caballerías no fué declarar ni fallar la autenticidad de las hazañas milagreras de sus héroes, como hace la Sagrada Congregación Romana en los milagros atribuídos a los que mueren en olor de santidad, sino regalarnos con la pulpa de poesía que todo fruto, cierta o incierta, real o ficticiamente milagroso, contiene y encierra para la imaginación del hombre.

Y ¿qué mejor y mayor prueba de la poesía contenida en aquellas llamadas hazañas milagreras de los libros de caballerías, que la sugestión con que influían en el mismo Cervantes, quien, a pesar suyo, llegó en el QUIJOTE a la perfección de la literatura caballeresca?

Porque en su imperecedera Historia ya no fueron las hazañas del famoso Hidalgo sólo el relato de absurdos y disparatados sucesos, acaecidos a troche y moche, sin fibra y sin alma, sino la altísima narración de nobles y excelsas quijoterías, expresión y consagración rotunda de los más puros anhelos del ideal humano.

«Cervantes —dijo Menéndez y Pelayo— se levanta sobre todos los parodiadores de la caballería, porque Cervantes la amaba y ellos no.»

Pero el señor Cejador no quiere ver la luz de la verdad, que a él mismo le hiere en los ojos, ni confesar con el autor de los «Orígenes de la Novela» que a Cervantes le ligaba una aspiración romántica con las aventuras y hechos de los caballeros andantes.

Por momentos el señor Cejador titubea y duda, y trae a cuento a Menéndez y Pelayo, recordándonos lo que dice aquel sabio cervantista en el tomo primero de sus «Orígenes»: «Cervantes que con la cándida inocencia, propia del genio, siguió todos los rumbos de la literatura de su tiempo, antes y después de haber encontrado el suyo, sin buscarle, cultivó la novela pastoril, como cultivó la novela sentimental y la novela bizantina de peregrinaciones, naufragios y reconocimientos. Obras de buena fe todas, en que su ingénito realismo lucha con el prestigio de la tradición literaria, sin conseguir romper el círculo de hierro que le aprisiona... Tal sentido tiene a mi ver el bucolismo

suyo, como el de otros ingenios del Renacimiento.

»La posición de Cervantes respecto a la novela pastoril es punto por punto la misma en que aparece respecto de los libros de caballerías. En el fondo los ama aunque le parezcan inferiores al genio que los engendró...»

Y si en el fondo los ama, aunque le parezcan inferiores al ideal caballeresco que les dió vida, ¿cómo había de censurar y aborrecer en ellos Cervantes otra cosa que el mal ingenio con que estaban concebidos y el burdo estilo con que estaban pergeñados?

Lo inverosímil, por muy disparatado que parezca, puede ser bello, si ya no es deforme y monstruoso.

¿Es poco amar en el fondo los libros de caballerías?

Pero esta verdad, que ni al mismo padre Cejador se le oculta, le parece poco respetuosa con el genio de Cervantes, como si fuera más genial el sentido que a él le parece que tiene el QUIJOTE, en el cual no quiere ver la novela idealista, romántica y rebelde de las nobles quimeras, sino la novela zafia, mediocre y realista, a ras de tierra, de *los tiempos de la razón y la reflexión*.

La quimera es el caballero andante que lucha en el seno del alma contra la razón, por arrancarnos y desasirnos de lo humano preestablecido y prejuzgado, limitado, normal y natural, corriente y moliente, imponiendo a veces en nuestro fuero interno, con el aplauso inédito y fervoroso de íntimos e inexplicables anhelos nuestros, las leyes sin ley de lo dinámico, de lo anormal, de lo sobrehumano, de lo ilimitado y de lo extraordinario y sobrenatural.

No siempre manda la cabeza, que a veces ordena también el corazón, y nuestras ansias parece que se remontan por una parábola infinita hasta el divino manantial de donde brotaron y tuvieron su origen, sin duda alguna.

¿Cuál fué la caña de aquellos pescadores que Cristo envió a pescar hombres, sino el poder de lo sobrenatural y divino juntamente?

El hombre adoró siempre lo milagroso, aunque nunca pudo explicárselo con lógicos raciocinios.

Y ¿qué fe puede ser aquella que se apoya en la razón humana y no descansa en el corazón?

Cuando Sancho tenía por imposibles las visiones que gozó su señor en la cueva de Montesinos, dióle éste una gran enseñanza: «Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera —dijo Don Quijote—; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles.»

No menos nos enseñan las siguientes palabras que escribió Henri Delacroix en su libro apologético «La Religión et la Foi»: «Un mouvement de foi vers un être ou un object le divinise, d'abord comme la passion divinise son object, par le plein don de soi-même à l'object aimé et par une sorte d'éblouissement devant son insondable valeur.»

Esta es la fe que le falta a los cervantistas.

Todos los verdaderos poetas vieron ese *insondable valor* en los libros de caballerías, todos vieron ese tesoro de belleza, acaso presentado y aparejado con mal gusto y con menosprecio del arte.

Lo extemporáneo, lo desaliñado, lo desarticulado, así como la manquedad ideológica, sentimental y artística, en el fondo y en la forma,

fué con lo que el ingenio de Cervantes no transigía ni podía transigir en aquellos libros ni mostrar con ellos benevolencia alguna.

«No he visto ningún libro de caballerías —decía por boca del Canónigo de Toledo— que haga un cuerpo de fábula entero, con todos sus miembros, de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin, al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son el estilo duros; en las hazañas increíbles; en los amores lascivos; en las cortesías mal mirados; largos en las batallas; necios en las razones; disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil.»

Para remediar estos defectos, replicó el Cura al Canónigo «que con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena: que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, hones-

ta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasayos, grandezas y mercedes de señores... Y siendo ésto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida que, después de acabada, tal perfeción y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como tengo dicho.»

Maese Pérez no tenía nada que envidiar a Martínez de la Rosa; pero con todo lo que dice no puede fabricarse un libro de caballerías.

A estos libros los inmortalizó lo milagrero, lo fantástico, lo absurdo, lo inverosímil, el exceso de imaginación y el afán de remontarse a luchar con las quimeras del ideal humano a cielo abierto, por encima de las nubes.

Con tales especias e ingredientes, y con tales lizos, sólo podía condimentarse un desabrido potaje, y fabricarse una tela gruesa para paladares toscos y corpiños de simples doncellas.

Para llegar a la altura de los libros de caballerías le faltaba a la tela del Cura un mundo de poesía y un mundo de grandeza que hay en el fondo de todas las hazañas fabulosas e irreales, y en todos los valientes desafueros de la imaginación humana, por los cuales todos los pueblos han creado una mitología exhuberante, robusta y hermosa, y por ella se han acercado a Dios, sin más alas que las de la fantasía con que traspasaron los cielos y las del corazón con

que buscaban el divino venero de la verdad, en el inmenso vacío y en la inmensa cerrazón de los siglos sin historia.

En el arte no ha de buscarse solamente la verdad de la breve vida humana, sino la verdad de la belleza que sobrevive al hombre.

Y Cervantes, a pesar de darle la razón al Cura, se apartó de tan prudentes preceptos en su «Ingenioso Hidalgo», en el cual la más sabia cordura es la locura excelsa de Don Quijote, que hasta a los más risueños causaría profunda tristeza si no estuviera compuesto el Libro con tan extraordinario acopio de gracia amable, de asombrosos contrastes cómicos, de ingenio imponderable y de saladísimo léxico.

Lo quimérico, según los críticos cervantistas, no es materia poética, ni noble, ni humana porque no es real.

A nosotros sigue antojándosenos que no es el realismo de Cervantes, sino su idealismo, el que eleva «los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya».

Porque lo epopéyico es la locura de Don Quijote y el genio de Cervantes, sin lo cual esos «casos de la vida familiar» no podrían ponerse frente a las ficciones caballerescas — epopeyas que tienen modelos acabados en Homero, en Virgilio y en el Dante.

Ulises decía Cervantes que no fué tan prudente como nos lo pintó Homero, ni Eneas tan piadoso como lo describió Virgilio, por donde puede verse la antigüedad de la ficción humana.

Aparte, también, de que sin aplicar a la realidad el propio sentir del poeta no hay humano realismo, el realismo mejor es el que no se para tanto en describir como en ensalzar e idealizar la realidad.

¿Quién ignora por qué se apartó el autor de «Allá lejos» y «Al revés», de su maestro Zola? El realismo, de todos modos, no puede existir por sí sólo; porque la verdad substancial de las cosas está en ellas mismas y no en el hombre que las pinta. De donde resulta que en el realismo no hay ninguna substancialidad; y si a uno le parece el sol una antorcha, a otro le parecerá una hoguera, al de más acá una lámpara votiva y al de más allá un potentísimo arco voltaico. Si hay mil pintores realistas, cada uno de ellos nos producirá una sensación distinta en cada cosa, si miran a lo aparente y exterior, y si miran al fondo mismo de la realidad, no hallarán en sí mismos substancialidad alguna, distinta de la misma realidad.

Por muy infatuada y respetada que esté la escuela realista, no podrá enseñar a nadie sino a inclinarse ante la substancialidad de las cosas, que el realismo no pudo crear porque está en las cosas mismas, y decir como Sócrates: «Sólo sé que no sé nada.» Y para ésto, no puede nunca el realismo creerse superior al idealismo.

«Azorín», en su libro «La ruta de Don Quijote», a pesar de que fantasea a veces más de la cuenta, llega a preguntarse con mucho juicio ante la cueva de Montesinos, cómo en un lugar tan árido pudo realizarse el milagro de belleza que a todos nos encanta en «El Ingenioso Hidalgo».

Como es de suponer, atribuye tal milagro a la vara mágica de la fantasía de Cervantes.

Observemos racionalmente ahora la unión o fusión del realismo y del idealismo o poder de la fantasía de Cervantes en este caso, y el modo como se verifica la unión de esos poderes mentales.

Cervantes vió la cueva de Montesinos, poco más o menos como la ha visto «Azorín».

Cervantes describe el aspecto exterior y patente que a su vista ofrece la boca de la cueva, que, como no tiene nada de particular, su descripción realista no tiene nada de particular tampoco.

Después, el realismo de Cervantes sólo sabe que el interior de la cueva es una mansión profunda, lóbrega, húmeda, de aguas pestilentes y estancadas, y pedruscos cubiertos de coagulados líquenes en el fondo.

Ya no puede pasar de aquí su realismo, y entonces empieza a fermentar su fantasía.

A un espíritu soñador como el de Cervantes, aquella cueva ha de atraerle con la magnética atracción de lo misterioso, de lo sobrenatural, de lo trágico también...

¡Aquellas piedras eternas que yacen en el fondo de la sima, en eterna soledad, en eterna prisión y obscuridad eterna, condenadas a no recibir nunca el beso de la luz, ni la caricia de las auras embalsamadas! ¡Aquellas paredes mudas y encantadas, por cuya superficie resbala el llanto de las aguas profundas! ¿Qué sería del hombre que allí cayera y qué suplicio padecería al hallarse sepultado vivo en tan tenebrosa y espantable sima?

Y donde faltó la verdad íntima, la vida substancial de las cosas, la creó Cervantes sacándola del crisol de vida de su espíritu.

Donde no existe lo substancial, el idealismo lo crea, y donde existe, el papel del realismo es bien limitado.

Por eso el realismo en el QUIJOTE deja cada instante paso franco al corcel arrebatado de la mente, engendradora de milagros de belleza. So-

bre las realidades nos presenta las irrealidades fantásticas que adora la humanidad, y sobre la visión realista de la vida vulgar está el sueño idealista del glorioso loco, exaltando todos los sueños de los hombres, y cobijándolos amorosamente bajo sus alas, como quiso Jesús cobijar a los hijos de la ingrata Jerusalén.

Así es como un poeta ha de sentir latir en él el corazón universal de la humanidad y eternizar los más sublimes y puros anhelos humanos.

Mas vengamos nosotros también a la realidad.

Es indudable que entre dos proezas, una sucedida y real, y otra imaginada y fantástica, habrá que reconocer el valor innegable de la realidad, superior al de la quimera, en igualdad de circunstancias.

Mas si un hecho irreal es más transcendental, más elevado y más bello que otro hecho real, habrá que declarar en tal caso la supremacía de la idealidad y no la del realismo.

Cuando dos hechos, uno sucedido y otro imaginado, no tienen transcendencia alguna, tanto monta el uno como el otro. Y cuando en lo humano y real no hay nada importante, ni noble ni bello, lo mejor entonces es soñar en lo sobrehumano e irreal, con tal que ese sueño sea importante, o noble, o bello.

Los sueños fantásticos sin grandeza ofenden la nobleza de la fantasía, como el materialismo deslustra también los blasones del realismo.

¡Soñar con grandeza y crear belleza con la fantasía, cuando la realidad es mezquina y plebeya: este es el verdadero idealismo y el verdadero ideal de los poetas!

Extraño es que un historiador de la literatura, tan sabio como Menéndez y Pelayo, no haya ve-

nido a reconocer con los historiadores y críticos ortodoxos, desde Cantú hasta don Juan Valera, el valor capital que se atribuye a la invención espontánea, sin artificios, en la literatura; invención nacida del genio natural y no de la cultura y la observación, como puede verse en la poesía de todos los tiempos; valor que nadie niega en el alborear de la grandeza de Atenas y de Roma, (por no remontarnos más atrás) ni en la frescura y sencillez de las trovas primeras en que se plasmó el genio de Occidente sobre el mismo sepulcro del Imperio latino.

Cervantes no pulió ni imitó la antigua novela caballeresca, puesto que en literatura y en arte es imposible apropiarse lo ajeno y que no se ama, sino que la sintió nuevamente y la concibió él, según su genio, y halló la perfección del género sin buscarla, no por otra cosa que por el poder creador de su fantasía, la fantasía más levantada del Siglo de Oro.

Es cierto que el QUIJOTE es el espejo de la novela realista moderna, y esto se advierte en sus descripciones y narraciones, cuando éstas no llevan también el sello idealista del humorismo irónico de Cervantes; mas este ingenio estaba siempre enamorado de la Quimera, como Don Quijote.

Lo que no han querido ver los cervantistas es el enlace portentoso del realismo más claro y fiel y del idealismo más rebelde y arrebatado, que está difuso en el libro como los lindos peces que se asoman desde el fondo a la superficie transparente y serena, en el curso prolongado de las aguas corrientes.

Valera confiesa que Cervantes acogía hasta lo absurdo de los libros de caballerías, con el fin

de deleitar a las gentes. Pero ¿es pernicioso acaso el deleite que nos causa la belleza? ¿Podía Cervantes, por otra parte, aspirar sólo a que se deleitaran momentáneamente sus lectores? ¿No dijo él por boca de Urganda la Desconocida los versos siguientes?:

«Mas tú quémate las ce-,
sólo en cobrar buena fa-;
que el que imprime neceda-,
dalas a censo perpe-

»Deja que el hombre de jui-,
en las obras que compo-,
se vaya con pies de plo-;
que el que saca a luz pape-
para entretener donce-,
escribe a tontas y a lo-.» (1).

¿Habremos de decir al señor Valera, acerca de lo absurdo y fantástico, más de lo que ya hemos probado?

Lo que no quiere confesar el señor Valera ni ninguno de los cervantistas es que lo absurdo fué el origen del ideal que trajeron a España los cantos de los ciclos carolingio y artúrico, en alas de legítimos anhelos humanos; ideal que fué recogido en el seno poético y dió vida a los libros de caballerías, hasta que llegó a encauzarse, exaltándose, en el QUIJOTE.

Y esos absurdos que Don Quijote se formó en la cueva de Montesinos, en los molinos de viento,

---

(1) Rodríguez Marín ha probado muy bien que el modo adverbial «a tontas y a locas» no hace aquí tal oficio de modo adverbial, sino el de complemento en dativo de la oración, que ha de entenderse así: «El que saca a luz papeles,.. escribe a doncellas tontas y locas.»

en los encamisados, en los ejércitos de ovejas, en la venta de Maritornes, en sus soliloquios de Sierra Morena, en los mazos de batán, en la procesión de disciplinantes, en su enjaulamiento, en sus diálogos con los Duques, en lo de los caballeros «a lo divino», en la cabeza encantada de Barcelona, en el retablo y el mono de Maese Pedro, en sus agüeros y en sus propósitos de vida santa y de vida pastoril, esos fueron los mismos absurdos de las historias de Isomberta y del conde Eustacio, de la «Gran Conquista de Ultramar», del Santo Greal, de Magalona, de Merlín, de Perceval Gaubain, de Lanzarote, del misticismo del caballero Cifar, de Galaaz, conquistador del Santo Greal, de los romances de la Tabla Redonda, de las descripciones de combates con fieras, vestiglos y elementos de la naturaleza, y de la vida de Amadís, de las locuras de Orlando, de los Tirantes, Amadises, Galaores, Floriseles y Lisuartes con los sabios Alquife y Urganda, y, en fin, de las infinitas leyendas, trovas, apólogos, profecías, encantamientos y terremotos, y universalidad de doncellas, señoras, reinas, hadas y adivinos; todo lo cual tiene en el Oriente sus raíces, y su sangre en la inspiración bizantina, arábiga, latina y griega, y es guerrero en Carlo Magno, sentimental en las leyendas brumosas del Norte y patriótico en los fervientes cantos del Mediodía, como dice Menéndez y Pelayo.

Y todo esto no son aberraciones, ni fantasías estériles, ni necios absurdos de los poetas indígenas o extranjeros, ni podía ser tampoco una moda grotesca, sino que era la poesía de todo el mundo, desembocada en los anchos cauces de los libros de caballerías herencia de un diluvio de ficciones con que la humanidad va

alegrando su paso por la tierra, y perpetuándose en todas sus pasiones, en todos sus vicios, en todas sus virtudes, en todos los trabajos hercúleos de los omoplatos y del cerebro, en todas las hazañas anónimas, en todas las utopías de frentes calenturientas, en todas las ansias y ensoñaciones del espíritu, en todas las nostalgías y elegías del corazón, y en todos sus alborozos y, en fin, en todas sus perpetuas miserias. Que aunque el individuo muere, antes se perpetúa en la especie, asociándose al pasado y reconociéndose hasta en los caracteres absurdos impresos en los héroes, que fueron siempre abstracciones y síntesis de las masas humildes, cuyas vidas siega la muerte, sin poder cortar el hilo que une al último habitante de la tierra con el primero.

Prescindid de las ficciones de los libros de caballerías, y habréis prescindido de toda la poesía de todos los tiempos. Prescindid de las locas quimeras y de las absurdas visiones de Don Quijote y habréis prescindido de vuestros mismos sueños, y habréis matado el encanto de lo maravilloso, y habréis llenado de luto a las musas, y os habréis trocado vosotros mismos en miserables ventas, en serviles bacías, en negras cuevas, en hinchados molinos, en viles cuadrilleros, en flacos rocines y en esfinges humanas, dejando de ser hombres con almas vernáculas de eternos ideales.

*
* *

Leed despacio el capítulo L de la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo», que trata «De las discretas altercaciones que Don Quijote

y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos», y veréis que cuando Cervantes intenta poner en ridículo y menosprecio de las gentes las quimeras de los libros de caballerías, hace por boca de nuestro Hidalgo una bellísima pintura de un bellísimo país, irreal, eso sí, pero tan encantador que suspende y entusiasma como los preciosísimos cuentos que nos contaron a todos en nuestra niñez.

Pero el cuento más fantástico del QUIJOTE lo hallaréis en el capítulo XXI, también de la Primera Parte. Nosotros juramos con la mano sobre el corazón que no hay cosa humana más bella en todo lo que se ha escrito, desde Adán hasta nuestros días. La más profunda y tierna admiración nos embarga con su lectura, y es tanta la emoción, y la alegría pueril y el entusiasmo que nos causa, que, aunque supiéramos, no podríamos encomiar aquel cuento.

Las perlas de la leyenda y los brillantes de la fantasía; el oro de la palabra, la mirra de la gracia y el incienso de la poesía, tributo regio y oriental, y además muchísimas fanegas de auténtica y castiza sal española, y luz y aire y vida, y ternura infinita... todo eso, y algo que es genial y nuestra humilde inteligencia no alcanza, hay en el cuento del Príncipe de los Poetas del Mundo, ramillete, el más gentil del arte, que fabricaron las manos del hombre.

Don Antonio Zozaya escribió una vez un cuento titulado, poco más o menos: «Lo que todos soñamos hacer.»

Nos lo ha traído a la memoria este otro cuento de Cervantes.

En el de Zozaya se narra la hermosa proeza de un hombre que se imagina salvar a una dama bonita, a punto de perecer ahogada por una sim-

pática imprudencia, bajo la furia impetuosa de las olas, lejos de las arenas de una playa.

El hombre lucha como un titán contra las montañas del oleaje que mecen en el abismo la estatua femenina, y, al fin, las olas se humillan, como los lebreles de Rey Soto, y el hombre torna con su preciosa flámula viviente a las arenas de la playa, arenas grises de la vida.

Así, poco más o menos, es el cuento de Zozaya, Pero repetimos que es cuento... no ha pasado nada... es lo que todos soñamos hacer.

Y lo que todos soñamos hacer es también el cuento de Cervantes.

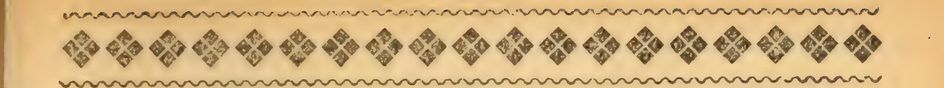
Leedlo, y lo veréis. Nosotros no podemos decir de él una sola palabra, porque tocaríamos algo sagrado y sobrenatural.

Don Quijote, como un niño inocente se extasía ante los panoramas quiméricos, ante esos mágicos panoramas que están en un cielo de belleza superior a la increada isla de Jauja...

*
* *

Si nosotros no hemos entendido bien el realismo y el idealismo del QUIJOTE y de los libros de caballerías, prúebenos otra cosa el señor Cejador, que siendo mejor lo suyo, estamos honradamente dispuestos a creerle.

LOS AMORES DE DON QUIJOTE Y LA SEÑORA DULCINEA



LOS AMORES DE DON QUIJOTE Y LA SEÑORA DULCINEA

El magnánimo Alonso Quijano perdone a don Julio Cejador el grandísimo desacato que ha cometido contra la sin par Aldonza.

¡Que Dulcinea no ha existido!

Si al padre Cejador le hubiera sido dado asomarse a las ventanas de la vida para contemplar íntimamente el incomparable espectáculo del amor humano ¿cómo podría negar la existencia de Dulcinea, cuyo sólo recuerdo daba esfuerzo y vigor al valeroso brazo de Don Quijote, aliento a su pecho y fe viva y ardiente a su alma?

Y ¿qué fantasma quimérico puede obrar tales prodigios en un hombre?

Y ¿quién ignora que Dulcinea no fué un fantasma creado por la locura de nuestro Caballero, sino «una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado cuando estaba cuerdo»?

*
* *

Humano, y muy humano era el amor que Don Quijote sentía por Dulcinea aunque, llevado del espíritu caballeresco, declarase que era enamorado «no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean».

Nótese cómo soslaya hablar de su amor cuando añade: «y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes.»

Nosotros creemos que las palabras «y siéndolo», pueden traducirse en este sentido: «Y aunque sea mi amor verdadero, no porque lo manden las ordenanzas de la caballería andante, sino porque mi alma adora a Dulcinea...»

Cuando Sancho contaba a Don Quijote el cuento de la pastora Torralba, al llegar a decir que el amante que ella tenía, llamado Lope Ruíz, la desdeñó con justa causa y «se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesen jamás», y que al verse desdeñada la pastora, «luego le quiso bien, más que nunca le había querido», «Esa es natural condición de mujeres —dijo Don Quijote—; desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.»

Estas palabras de Don Quijote reflejan más que todas el conocimiento que tenía del corazón femenino, y el pesar que le causaba verse desdeñado y ausente de su idolatrada Aldonza.

«Pasa adelante, Sancho», dice el sufridor Hidalgo a su escudero...

¡Sí, pasa adelante, Sancho, y no quieras revolver tu mano en el corazón, llagado de amor, de Alonso Quijano el Bueno!.

Refiriéndose en otra ocasión a Elena, por quien vino la guerra de Troya, decía Don Quijote:

«La cual (Elena) si fuera en este tiempo o Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.»

Y cuando en Sierra Morena le da a Sancho el encargo de la carta que ha de llevar el escudero a Dulcinea, Don Quijote se muestra más explícito y más fiel en el relato de los sentimientos amorosos que guarda para su dama: «Mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar. Y aún esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que, en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiera ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.»

Y aunque Aldonza no se hubiese curado de este amor tan tímido y tan hondo de Alonso Quijano ¿sería por esto imposible acaso que él la amara?

Los sabios dicen que el amor es un instinto físico necesario para la conservación de la especie. Nosotros seguiremos creyendo siempre con el poeta (1):

---

(1) Antonio Guzmán, hermano del autor de estos Ensayos.

«El amor no es aroma, ni es sonrisa, ni es flor;
y aunque sabe de aromas, de sonrisas y flores,
él se oculta en nosotros, y nos presta el sabor
de sus vinos mejores.

Embriaga a Quijano, y transporta a Teresa;
enardece a Agustina, y dora el chapitel
que alzó a su Capitana «la tropa aragonesa»,
y funde en un abrazo las momias de Teruel.

El amor no es pureza, ni virtud, ni lujuria;
el amor es la psiquis del alma en cremación;
y es antorcha unas veces, y otras veces es furia
que arrasa los sembrados de nuestro corazón.

¡El amor de la sangre y el amor de las almas!
Por la sangre se encrespan los rugientes leones,
y, en su lecho de palmas,
sufre el anacoreta terribles tentaciones.

Por las almas, Francisco de Asís, transfigurado,
unió lobos y hombres en abrazo cordial;
y en la fuente que brota del Divino Costado
bebió las aguas puras de la vida inmortal.

Por la sangre y las almas: por el amor que es uno,
murió el Verbo Inocente con los brazos abiertos;
fué bienestar la llaga y regalo el ayuno,
y poblaron los santos los desnudos desiertos.

. . . .

El amor no se canta porque el amor se siente.
Se siente, como a solas lo siento cada día,
hundiéndome en el pecho su encendida saeta...»

En el diálogo que sostiene Don Quijote con la Duquesa, en el capítulo XXXII de la Segunda Parte, dícele la dama: «della (de la historia de Don Quijote) se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es fantástica, que vuesa mer-

ced la engendró y parió en su entendimiento y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso.» Véase la respuesta del Caballero: «En eso hay mucho que decir —respondió Don Quijote—. Dios sabe si hay Dulcinea, o no, en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica...» Y lo que sigue.

También la Duquesa «rogó a Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso...» «Sospiró Don Quijote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba y dijo: —Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí, sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar...»

El Duque, por su parte, dió a entender a Don Quijote que, a su parecer, el linaje de Dulcinea no corría parejas con el de las damas de otros caballeros andantes.

«—A eso puedo decir —respondió Don Quijote— que Dulcinea es hija de sus obras... cuanto más que Dulcinea tiene un girón que la puede llevar a ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.»

Razones son éstas que no dejan dudar que había una mujer, una honesta doncella, a quien Don Quijote amaba, pues en todo es explícito nuestro Caballero menos en hacer declaraciones de su amor, que sólo para él vivía en lo más recóndito y sagrado de su alma. Sólo después de porfiados y corteses ruegos se aviene a pintar a su señora.

Pero puesto que Sancho, a pesar de las zumbas con que a veces abusaba de la bondad de su señor, confesó que conocía a la hija de Lorenzo Corchuelo, no hay que empeñarse en discutir la existencia o inexistencia, ni el linaje, ni la hermosura de Dulcinea.

El escudero socarrón ni la vió dar voces a los zagales de su padre desde una torre, ni menos la vió ahechando trigo rubión en su corral, porque no pasó de la venta, en donde se topó al Cura y al Barbero.

No nos deja pasar adelante el grandísimo deseo de trasladar aquí una de las más hermosas y encendidas páginas que en castellano se han impreso en estos tiempos.

Leedla con devoción los que amáis el arte y el amor, y bendecid luego la áurea pluma con que la escribió este nuevo hidalgo, cachorro puro del León Manchego, que se llama Don Miguel de Unamuno.

Esta página comenta el capítulo décimo de la segunda parte del QUIJOTE, y hállase en el libro intitulado «Vida de Don Quijote y Sancho.»

Imaginaos antes al Hidalgo Manchego, puesto de rodillas, en adoración, ante la lugareña del Toboso en quien encantó Sancho a Dulcinea. Leámos:

«Y tú (dice Don Quijote), ¡oh, extremo »del valor que puede desearse, término de la »humana gentileza, único remedio deste afli»gido corazón que te adora, ya que el malig»no encantador me persigue, y ha puesto nu»bes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, »y no para otros, ha mudado y transformado »tu sin igual hermosura y rostro en el de una

»labradora pobre, si ya también el mío no le »ha cambiado en el de algún vestiglo para ha- »cerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirar- »me blanda y amorosamente, echando de ver »en esta sumisión y arrodillamiento, que a tu »contrahecha hermosura hago, la humildad con »que mi alma te adora.»

«¿No os entran ganas de llorar, oyendo este »plañidero ruego? ¿No oís cómo suena en »sus entrañas, bajo la retórica caballeresca de »Don Quijote, el lamento infinito de Alonso »Quijano el bueno, el más desgarrador quejido »que haya jamás brotado del corazón del hom- »bre? ¿No oís la voz agorera y eterna del eter- »no desengaño humano? Por primera, por últi- »ma, por única vez habla Don Quijote de su »propio rostro, de aquél rostro de Alonso Qui- »jano que se encendía de rubor en pensar en »Aldonza...

»*La humildad con que mi alma te adora*, »humildad de doce años, humildad alimentada »en largas noches de soledad y de absurdas espe- »ranzas, humildad nutrida con el más gran- »dioso temor y encogimiento que jamás se vie- »ra. Lo inmenso de su amor le había hecho »humilde, y jamás osó dirigirla una palabra sólo. »Seguid leyendo la historia de este encuentro, »sacándola por vosotros mismos, lectores míos, »el jugo que tenga; a mí me apesadumbra tan- »to, que me priva de imaginación para reha- »cerla y voy a pasar a otra cosa.»

A nosotros no nos interesan esos descubrimientos paleográficos del Toboso, ni nos importa que se haya descubierto o se descubra indicio cierto que revele la mortal existencia

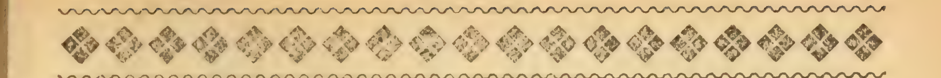
de Dulcinea. Ella ha existido siempre para nosotros, como existió para Don Quijote, y nuestra fe no es tan canija, que necesite para creer en la belleza eterna de la paloma tobosina comprobaciones de documentos comidos de polvo.

Que aunque Dulcinea fuera fantástica, la fantasía de la belleza que en ella adoró nuestro Caballero, vale por un mundo de realidades.

La Dulcinea eterna, la Dulcinea de hermosura que apenas puede imaginarse es aquella que pintó Don Quijote al señor Vivaldo cuando iban a los funerales del pastor Grisóstomo:

«—Yo no podré afirmar (dijo Don Quijote dando un gran suspiro) si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.»

EL IDEAL CABALLERESCO, EL «QUIJOTE» Y LOS LIBROS DE CABALLERIAS



EL IDEAL CABALLERESCO, EL «QUIJOTE» Y LOS LIBROS DE CABALLERIAS

En el QUIJOTE hay dos contradicciones del autor, y otra contradicción que las sintetiza:

1.ª Cervantes condena irónicamente en su héroe la afición a los libros de caballerías, y, no obstante, está enamorado del ideal caballeresco y de las quimeras y hazañas de Don Quijote como caballero andante.

2.ª Don Quijote respeta hasta la sombra del ínfimo caballero, pero no los imita sino en las obligadas fórmulas, en la altisonancia de los discursos, a veces retenidos en la memoria por la continua e incesante lectura, y, en fin, en todo lo exterior y secundario, encarnando el perfecto y verdadero tipo del caballero andante.

3.ª Cervantes queriendo hacer de su héroe una caricatura del caballero andante, sucumbe al amor que le inspira Alonso Quijano el Bueno, y lo exalta, exaltando con él a la caballería, y engendrando el tipo eterno del Caballero Manchego.

A los libros de caballerías faltábales la hidalguía de Don Quijote y el genio de Cervantes; y éste y aquélla asentaron en el solar hispano la nueva y sublime Orden de la Caballería Andante, cuna y escuela caballeresca de los españoles y universidad del mundo entero.

* * *

Menéndez y Pelayo en el tomo I de sus «Orígenes de la Novela» escribió: «La obra de Cervantes no vino a matar un ideal, como he dicho en otra parte, ni fué de antítesis ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y humano en la caballería se incorporó en la nueva obra con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué de este modo el QUIJOTE el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.»

Vemos aquí que Menéndez y Pelayo, más justo y atinado que Don Julio Cejador, admite y confiesa que existe un ideal poético, noble y humano en los caballeros andantes.

Pero en cuanto a lo quimérico, él y el señor Cejador son del mismo parecer.

Sigamos comentando los juicios que publicó el señor Menéndez y Pelayo en su obra mencionada.

Más condenable aún le parece a don Marcelino que las gentes se solazaran con tales lecturas, teniendo en cuenta que, a cada paso, se oían contar en aquella época hazañas realmente sucedidas, y realizadas por los exploradores y conquistadores, portugueses y españoles, más dignas de que en ellas se ocuparan nuestros ingenios.

El pueblo desdeñaba las realidades y se aficionaba a las ficciones inútiles, pero es que la epopeya del descubrimiento de América y las hazañas de aquellos, llamémosles legendarios héroes, émulos de Ulises y de Hércules, que exploraron el Nuevo Continente, como ha dicho Valera, a pesar de Camoens y de Ercilla, está todavía por cantarse y elevarse a la altura épica de los libros de caballerías.

Y el pueblo, con razón, leyó siempre sólo lo que fué digno de ser leído.

Menéndez y Pelayo explicó de un modo muy llano, aunque no tan satisfactorio y verdadero como pudo parecerle, que la causa de esta afición a los libros de caballerías, afición que mostraron tener en algún tiempo San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, no era otra que el asunto que trataban tan nefastos libros, que era el amor y la guerra, cosas ambas que atraen, según opina el sabio polígrafo, la curiosidad juvenil y la afición del vulgo, el cual sólo curiosea y se afana por leer aquello que en su simpleza puede comprender, y nunca le atraen las formas puras con que el arte vistió siempre a la belleza.

Pero a esto nosotros sólo queremos responder haciendo una pregunta: ¿Es que hay arte ni formas puras de arte sin amor?

Hasta ahora no habíamos oído decir que el amor sea cosa tan simple y tan contraria al arte, que éste haya tenido que dejarlo de la mano y alejarlo de su lado para poder concebir las formas puras de la belleza.

A fe que si no se encuentran otras pruebas de la simpleza del vulgo, nosotros le pondremos sobre nuestra cabeza y aprenderemos con él a lo menos a odiar el arte que se espanta del amor.

Y aún diremos que si había de echarse de menos el amor en la apopeya de América, que está por hacer, el Señor sea loado y bendecido por habernos librado de tal calamidad.

En cuanto a los procedimientos bárbaros y groseros con que se compusieron los libros de caballerías, y que Cervantes condenó por boca del Canónigo de Toledo, si se exceptúa el mérito de lo fantástico que el Canónigo no exceptuó, aunque el QUIJOTE lo exceptuaba desmintiendo al preceptista, lo demás no puede defenderse por razones que están al alcance de todos. Claro está que el ideal de tales libros nadie puede censurarlo tampoco.

Pero es que nosotros no defendemos aquellos procedimientos de novelar, ni aquel arte falso y enemigo de la estética; nosotros no defendemos la utilidad práctica de las hazañas andantescas, ni la ejemplaridad moral de aquellos libros, ni su estilo literario, ni el ingenio de sus autores y bondad de sus propósitos, y, si se nos apura, ni siquiera haremos punto de honor en sostener con Ticknor que tanta fe se necesita para creer en los milagros verdaderos como para creer en

las maravillas caballerescas; nosotros defendemos en los caballeros sólo y únicamente su fiebre loca de acometer locas aventuras, de remontarse sobre las realidades patentes a nuestros ojos, por grandes y epopéyicas que sean, buscando, no un ideal, si hasta eso se nos quiere negar injustamente, sino dejándose llevar de ese impulso tan humano que nos arrastra y conduce a lo misterioso, a lo desconocido, a lo que está por encima y lejos de nosotros, y es distinto a todo lo que siempre estamos viendo; que nos remonta a lo no hollado, a lo no mancillado por la planta de nadie ni por la presencia mezquina de las cosas sobradamente sabidas, que tanto nos hastían de continuo; que nos levanta a lo abismático, al sortilegio dulce y venenoso de lo que nos espera siempre y no sabemos qué es, ni cómo, ni para qué es, pero que el alma lo necesita como la verdadera luz, como el verdadero aire balsámico que han de alumbrar y airear y perfumar su existencia espiritual y eterna.

La música no tiene ciertamente su más alto fin en agradar con notas concertadas el sentido del oído.

Es ella para nosotros portadora de una embriaguez de cosas que se sienten y no pueden explicarse, ni son las mismas para el que la compone que para el que la oye y admira. Sólo podemos saber todos las reglas de la armonía y composición, lo externo y asimilable al conocimiento, pero no lo íntimo, lo emotivo, que no se aprende en los sonidos, ni se expresa ni puede nadie traducirse a sí mismo, por ser un anhelo de cosas que no pueden desearse concretamente porque no se conocen.

Las ficciones son expresión de ese afán de volar, de ese espíritu viajero que todos llevamos

dentro, de ese Quijote que nos señala la ruta de Puerto Lápice, y que por ser tan nuestro es tan humano, tan necesario, tan preciado, tan anhelado por los míseros peregrinos de la tierra.

Ese panorama que contemplamos en lo amorfo, en lo heterogéneo, en lo absurdo, es, con certeza absoluta, la mayor y la mejor parte de la selva intrincada que llamamos alma, a la cual apenas pudo asomarse hasta ahora tímidamente la Psicología. Y en ese laboratorio íntimo fermenta la levadura de las grandes ideas, y de las grandes resoluciones, de las cuales nos es conocido el parto pero no la misteriosa fecundación.

Pueden decirse de los libros de caballerías todos los tópicos retóricos que se quiera; mas lo cierto es que ellos, así como los cuentos de «Las mil y una noches», y las novelas de Alejandro Dumas, padre, y de nuestro Fernández y González, y las novelas modernas de aventuras tienen un fondo de originalidad y belleza tan espontánea que, al lado de ellas, las novelas realistas de estos tiempos, con todo el artificio de la cultura del siglo, no demostrarán nunca otra cosa que la penuria de invención de quien las escribe.

* * *

Hemos dicho que no pueden defenderse en buena crítica los procedimientos de novelar que usaron los autores de libros de caballerías, pero aparte de los tesoros de belleza que aquellos autores conquistaron con su fantasía, los tales

libros fueron la piedra angular y la larva del ideal que más tarde derrochó Don Quijote, larva de ideal hazañoso, a tiempo o a destiempo, pero que existía y había de incorporarse al acervo idealista de la humanidad, que del mismo modo se enriqueció con los restos salvados del naufragio de antiguas civilizaciones.

Cervantes fundió su ideal en el de los caballeros andantes, despojándolo de la dureza, de la tosquedad, de la monstruosidad bárbara con que lo habían vestido los pasados autores de libros de caballerías, y presentándolo al mundo coronado de verdes laureles cortados en las colinas helénicas y en las campiñas romanas.

Cervantes tomó las riendas del ideal caballeresco que caminaba errático y confuso, y lo enderezó por los caminos del cristianismo viejo, españolísimo, de la hidalguía castellana y manchega, de la redentora libertad humana, de la verdad universal y eterna, y, finalmente, de la belleza inmortal del arte.

El elemento guerrero de los bardos bretones se trocó en el más puro idealismo y en la espiritualidad más acendrada.

Don Quijote no peleaba ya contra señores feudales sino contra los feudos del alma.

Pero ¿para qué insistir, si estos mismos críticos cervantistas se contradicen a cada paso, y ora dicen rotundamente que Amadís era la flor de los caballeros y el libro la mejor novela del mundo, ora dicen que era un saco lleno de humo; aquí reconocen que se enriqueció la vena poética de nuestra patria con la aportación del elemento exótico al romance popular, y más allá dirán que la dañó y la emponzoñó?

* * *

Después de haber probado que el QUIJOTE no mató a los Libros de Caballerías, sino que les dió nueva vida, queda destruído ese dicho emponzoñado de que el único libro hermoso de los españoles fué escrito para destruir los demás libros.

El QUIJOTE pues, no destruye, como ha dicho Menéndez y Pelayo, sino que construye y reedifica; no mata a la caballería andante sino que la desentierra y resucita, y traza sus leyes y ordenanzas nuevas. Y si no hay en cada mendigo español, como ha dicho Víctor Hugo, un rey de otro país, sí hay un gran caballero, un caballero andante, un Quijote.

Bien es verdad que Cervantes también lo era, y no podía concebir de otra manera el tipo caballeresco, como no puede un gran violinista desafinar de intento, con tanto aplomo como un chico que toma las escalas musicales por barbecho.

¿Qué locos desatinos son el amor a la gloria y la hermosura, la bondad del corazón, la sed de justicia, la madurez en el consejo, la facilidad en el perdonar, la mansedumbre y resignación en el sufrir y padecer, la mesura en el prometer, la honradez en el sentir, la alteza en el pensar, la benignidad en el acoger y la bravura en el pelear, cuya muchedumbre de virtudes y nobles prendas adornaban el espíritu de Don Quijote? (Don Quijote apenas tenía cuerpo; todo él era espíritu.)

Diga el señor Cejador las prendas de nuestro Hidalgo: «Aquella verdadera pasión por llevar el bien a todas partes; aquella sincera cristiandad; aquella verdad y abertura de pecho, sin segundas intenciones, sin motivos bastardos, en dichos y en hechos; aquella valentía y arrojo a toda prueba; aquel desinteresado amor a la justicia, aquella igualdad social con que trataba a Sancho, a los cabreros, a los bandoleros mismos y galeotes; aquella hombría de bien, en suma, y bondad ingénita que Cervantes había hallado en los caballeros andantes y de ella se había enamorado, porque la llevaba en sí mismo: esa era la poesía del nuevo caballero que Cervantes nos descubrió.» (1).

Pues toda esta poesía no estaba, ni mucho menos, reñida con aquellas geniales chifladuras, con aquellas absurdas quimeras que el señor Cejador reprueba, cuando añade en la misma página: «Todas estas quimeras de la caballería exótica venida a España y cultivada, como vimos, a falta de otro entretenimiento, durante el siglo XVI, las llevaba Don Quijote en su cabeza, pero tan sólo en sus momentos de locura y como locuras se las puso en la cabeza Cervantes.»

Si el árbol se saca por sus frutos y por el hilo el ovillo, ¿qué árbol y qué ovillo son esas quimeras de las cuales dijo Don Quijote al Canónigo?: «No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquier historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame y, como otra

(1) Julio Cejador y Frauca, «Historia de la Lengua y Literatura Castellana». Tomo III, página 221.

vez le he dicho, lea estos libros y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos... »

Cierto que es irónico este pasaje, pero se advierte en él a dos mil leguas que Cervantes cree o está a punto de creer todo lo que dice Don Quijote, sin quitar lo de los encantos y prisiones fantásticas de su héroe.

Y no nos dejará mentir, por cierto, el doctor Jorge Mañach que en su trabajo crítico, ya mencionado, escribe lo siguiente: «Los cervantistas, sin embargo, hánse desposado a la idea de que los romances caballerescos no eran sino meras ficciones, faltas generalmente de todo mérito artístico y capaces siempre de engendrar en sus lectores toda suerte de tendencias inmorales o de insanas doctrinas. Así se explica que hayan puesto fe tan ciega en la declaración de Cervantes del propósito del QUIJOTE, que no parece sino que fuera el humanísimo manco puritano intransigente o utópico reformador.

»Su existencia (de tales libros) en tiempos de Cervantes no acusa un estado de perversión estética —mucho menos moral—, como no la acusan en nuestros días las novelas de aventuras... Aplicando a su crítica un criterio anticuado, han confundido (los cervantistas) lo que es relativo y lo que es absoluto en arte, y les ha faltado, con harta frecuencia, esa moderna penetración que da nuevos valores a las cosas de la antigüedad. »

La ironía de Cervantes, hablando de los libros de caballerías, para la crítica moderna ya no es tal ironía, sino gran verdad. Y juzgando con esa visión moderna que halla «nuevos valores» en las cosas antiguas, examinemos el tipo ideal del caballero andante con toda imparcialidad, y veremos que, en el fondo, Cervantes está de acuerdo con nosotros, o a lo menos lo estaría en estos tiempos, porque, según dice el mismo doctor Mañach atinadamente, lo que Cervantes sugiere en nosotros, lo hallaríamos seguramente en él.

Don Quijote decía al poeta don Lorenzo, hijo del Caballero del Verde Gabán, que la caballería andante era una ciencia comparable a la de la poesía. Veamos qué ciencia era esa, y qué condiciones habían de acumular los que a su estudio y profesión se dedicasen.

«Es una ciencia —replicó Don Quijote— que encierra en sí todas las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo para dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las hierbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quién se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar

adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar como dicen que nadaba el peje Nicolás o Nicolao; ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno; y volviendo a lo de arriba, ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla.»

Así concibió nuestro ingenio alcalaíno la caballería andante y la puso en un pecho manchego que supo honrarla y ensalzarla. ¿Cuántas cosas malas, imposibles o inútiles contenía esa ciencia?

Pero diréis que aunque los principios sustentados por Don Quijote y el brillante cortejo de los caballeros andantes eran buenos ciertamente, laudables, generosos y cristianos, no lo eran del mismo modo sus hechos.

Y volvemos a caer en la eterna hondonada en que se metió el cervantismo.

¡Vive Dios, que ya es hora de que salgamos del atranco!

Quien confiese la bondad de principios y excelsitud de ideales de los andantes caballeros, y quien admita, sobre todo, la nobleza de intenciones con que acometían las aventuras, especialmente los buenos caballeros como Amadís y Don Quijote; quien confiese y declare y crea todo esto, ha de creer también en la grandeza y valor de esas aventuras, y en la plena lucidez de entendimiento de Alonso Quijano, hidalgo y Quijote en una pieza.

Porque siendo sus ideales tan buenos, y tan

bueno el caballero de por sí, su sabiduría y su valiente y buen corazón están por encima de todos los encantamientos y mudanzas de las cosas, que hoy son de una manera y mañana de otra, y aunque sean reales e inmutables, nada añaden ni quitan a la verdad por la cual él combatía.

Imaginad que los molinos fueron gigantes, y la señora vizcaína princesa encantada; fantasmas del otro mundo los encamisados y también fantasmas los disciplinantes, y, en fin, imaginad que las aventuras de Don Quijote sucedían conforme a la realidad y no en el plano de las imaginaciones suyas, y con todo eso el ideal de nuestro Hidalgo no habría desmerecido en nada. Y no digamos su valor, porque si Clavileño no se elevó por los aires, ni los leones salieron de su jaula, culpa y mengua suya fué, y nunca pudo serlo de Don Quijote, que subió en el caballo de Pierres y esperó al león macho, uno de «los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas», solo y «a pie», «con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero», y espantó a la «misma temeridad», ordenando al leonero «que le diese de palos y le irritase para echarle» fuera, porque el león no quiso salir y saltar de la jaula para entrar en combate con el Caballero.

Y puesto que ni el valor, ni la bondad, ni la grandeza del ideal del famoso caballero pueden ponerse en duda, está claro como el sol que no fué parodia del heroismo, ni parodia de la caballería andante, ni héroe de burlas, sino héroe verdadero, desde el casco hasta las espuelas; llevando de ventaja a los héroes guerreros, que éstos, cuando no pelean por el interés pelean por la gloria, antes que por la verdad, y Don Quijote

peleaba por la verdad antes que por la gloria; y la gloria no pasa de aquellos que la conquistan, mientras que por la verdad combate uno solo en nombre de todo el género humano.

De aquí resulta que, siendo reales y frente a la realidad, o fantásticas e imaginativas las aventuras de nuestro Caballero Andante, de uno y otro modo fueron realidades sus virtudes, sus ideas y su ánimo invicto, con el cual, «si no acabó grandes cosas murió por acometellas.»

Y siendo esto así ¿por qué se empeñaron los cervantistas en llamar disparates y acaecimientos absurdos a los claros hechos de nuestro valiente caballero?

Porque ¿qué es lo principal que ha de mirarse en su historia? ¿Es acaso destruir los hechos que en la novela son símbolos, porque sucedieran o no en la realidad, si ésta en el QUIJOTE no está en los hechos, sino en el ideal de hacer el bien que abrasó la mente y el corazón del Gran Hidalgo?

¿Qué más da que Don Quijote viese o no viese a Montesinos en la cueva de su nombre, si en esto no se ha de averiguar otra verdad que el poder de la humana fantasía para crear la belleza y suspirar por ella?

¿Será mejor quemar el capítulo de la historia que de esto trata, porque no sucedió realmente lo que vió Don Quijote? ¿Qué más da que él acometiera a molinos o a gigantes, si su intención era acometer a la soberbia en los gigantes y su valor capaz de habérselas con toda una generación gigantea?

¿Qué más da que fueran frailes, o encamisados o satanases del infierno los que iban a Segovia acompañando el cuerpo muerto, ni que Dulcinea fuera o no encantada, así como la barca del

río Ebro, si Don Quijote tenía arrestos y ánimo de sobra para bajar a los profundos antros, para desencantarlos y para luchar con todos los demonios y encantadores de este mundo y del otro?

Lo primero en la historia de Don Quijote es Don Quijote mismo, con su fe sublime en sí mismo y en su ideal, y con su sublime valor, nacido de la misma sublimidad de su fe.

Véase si podría criarse una fe semejante a los pechos de una fantástica Dulcinea, y entonces creeremos nosotros con el señor Cejador en la irrealidad o inexistencia de la hija de Lorenzo y Aldonza.

Porque a fe, que lo único que tenía Don Quijote arraigado a la realidad de la tierra era su amor, únicas y santas raíces por las cuales se nutre el valiente tronco de los ideales humanos.

Este amor puede encenderlo Aldonza, o Clara, o Constanza, pero sólo puede idealizarlo y simbolizarlo Dulcinea.

Por eso hemos dicho antes que la interpretación del QUIJOTE se sacó de su cauce natural, dándose consistencia, realidad y vida a las figuras exteriores, a los hechos del Héroe que no eran la verdad, sino que la contenían en su seno, y dando por muerto y enterrado el ideal caballeresco que los verdaderos quijotistas queremos desenterrar y enseñar al mundo, cuando quitemos la pesadumbre de tantas paletadas de tierra inerte que, estando vivo, le echó inhumanamente, ciegamente, el cervantismo.

* * *

Hemos dicho ya que Don Quijote fundó la Orden de la Caballería Andante del porvenir, de la caballería andante de los buenos.

¿Y quién osará destruir esta Orden sustentada por adalid tan bueno, que gana batallas, como el Cid, después de su muerte?

¿Es que puede ponerse en duda que la réplica que dió Don Quijote al eclesiástico en presencia de los duques no fué al mismo tiempo el código y el himno de la nueva Orden de la Caballería Andante?.

«...¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta del gobierno della, y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo?

»¿No hay más sino a troche y moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asumpto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por san-

dio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite; caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo.

»Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes.

»Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.»

Y ahora repitamos con Sancho el estribillo:

«¡Bien, por Dios! —dijo Sancho—. No diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono; porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo.»

¿DECADENTE EL «QUIJOTE»?



¿DECADENTE EL «QUIJOTE»?

A punto de acabar este trabajo, cayó en nues-nuestras manos el reciente libro de Ramiro de Maeztu «Don Quijote, Don Juan y la Celestina.»

No podemos dejar pasar la ocasión de recoger las observaciones que este autor hace para probar su aserto del decadentismo del QUIJOTE, como reflejo o encarnación de la decadencia española iniciada en la época de Cervantes, y ponerlas a la luz de nuestra interpretación quijotista del Gran Libro, para destruir otro entuerto, el postrer entuerto que se ha hecho al insigne manco, tantas veces lisiado por sus comentadores, y a su Héroe Manchego juntamente.

En primer lugar, Ramiro de Maeztu honra nuestros pobres Ensayos y nos da el primer saludo de bienvenida, antes de que el público los alabe o los desprecie.

Decimos esto porque ya hemos escrito más atrás algo sobre *las realidades fantásticas*, que ahora confirman las palabras de este autor cuando dice: «El juego de la imaginación no es

libre. Sus hijos no se engendran espontáneos, sino que nacen de elementos reales, al impulso de las cosas que queremos o de las que deseamos evitar, y se combinan con arreglo a las leyes de la asociación de ideas.»

La tesis de Maeztu es como sigue: «Al tiempo de surgir, los ideales tienen que afirmarse en lucha con otros ideales; y estos son los períodos de confusión y de barbarie. Cuando los hombres y los pueblos se dan a un ideal, sienten que se les multiplican las energías con esta unificación de los afectos; y ésta es la madurez. Y cuando se desengañan, advierten unos y otros que en su ideal se ha separado lo que había de infinito, de lo que contenía de asequible, y mientras esto, realizado ya, ha perdido su encanto, lo infinito se pierde en la distancia.

»No comprendo que se pueda leer el *Quijote* sin saturarse de la melancolía que un hombre y un pueblo sienten al desengañarse de un ideal; y si se añade que Cervantes la padecía al tiempo de escribirlo, y que también España, lo mismo que su poeta, necesitaba reírse de sí misma para no llorar ¿qué ceguera ha sido por la que nos hemos negado a ver en la obra cervantina la voz de una raza fatigada, que se recoge a descansar, después de haber realizado su obra en el mundo?» (1).

Ante todo, antójasenos responder al señor de Maeztu lo siguiente:

1.º Cada una de las interpretaciones que se han dado al QUIJOTE tienen en el Libro pasajes que, sin pensarlo Cervantes, han servido para que cada uno vea en ellos claras alusiones

---

(1) Ramiro de Maeztu, «Don Quijote, Don Juan y la Celestina», páginas 20 y 21.

y pruebas terminantes para enjuiciar la obra a su capricho. Decimos que las esotéricas interpretaciones son caprichosas, y no tendríamos inconveniente en hallar razones en «El Ingenioso Hidalgo», con las cuales razones, y con una erudición elemental, demostraríamos las más necias y disparatadas maneras de entender el Libro de modo, que si no decíamos la verdad, podríamos presentar las cosas, tan en su punto, que no faltaran incautos que nos tuvieran por evangelistas.

2.º Para demostrar el verdadero sentido del QUIJOTE no debe nadie, ni puede nadie situarse en el punto de vista que se le antoje, sino desde el único en que deben observarse y apreciarse las obras artísticas del pensamiento: luego lo primero es juzgar el QUIJOTE por el QUIJOTE mismo, y no por ideas políticas, religiosas, sociales o históricas, acertadas o no acertadas, que se tengan..

3.º De los dos puntos anteriores resulta que Ramiro de Maeztu es el último esoterista, el esoterista de «última hora», como dijo Fitzmaurice.

Antes de razonar esta réplica, creemos más conveniente deducir y poner en claro el punto de vista crítico desde el que ha de juzgarse el QUIJOTE.

Apartándonos de los grupos de cervantistas, esoteristas y quijotistas, que forman las tres maneras generales de interpretación del Gran Libro, cuyos principales comentarios hemos desmenuzado para establecer los jalones del quijotismo, vengamos con este moderno ensayista a las opiniones y pareceres particulares o personales de los críticos nacionales y extranjeros. Si hubiéramos comenzado a leer el libro de

Maeztu por donde dice que Barbey d'Aureville es «el prototipo del romántico impenitente y rígido, del dogmático incapaz de desengaño», dicho sea con todo el respeto que nos merece el autor de «Don Quijote, Don Juan y la Celestina», no hubiéramos podido seguir la lectura. Porque las palabras de Maeztu no pueden ser justas, y menos aun respetuosas, cuando no nos dice ni explica qué cosa es la impenitencia de un romántico ni la incapacidad de desengaño de un dogmático. Si el romanticismo y el dogmatismo son errores y defectos generalmente reconocidos por tales defectos y errores, o si pueden exponerse razones incontrastables contra ellos, nosotros daremos la razón a Maeztu, pero no podemos dársela «a priori» por entender que en su apreciación hay más ligereza y más motivos fundados en la diversidad de temperamentos, que en la verdad misma. Ningún gran artista o escritor de hoy será romántico de escuela en sus obras, pero el corazón de todos los grandes poetas del mundo comenzó a ensayar sus estrofas en la romántica universidad del sentimiento.

Contra el romanticismo escolástico y sus excesos, el advenimiento del espíritu realista (por no llamarlo de otro modo) ha formulado su escisión y oposición con un dicho ritual o lugar común que se cree de gran transcendencia y peso: «¡Fulano es un romántico!»

Ya no hay que añadir ni una palabra más para convencer a cualquiera de que es bobo el Fulano de quien en tan mala hora llegó a decirse que era un romántico.

Puede perdonársele esta supina apreciación al vulgo, pero a un escritor no, y a un escritor tan culto como Maeztu, de ninguna manera.

Nosotros (por si hay necesidad de decirlo), sin ser llorones, ni melenudos, ni bobos, nos tenemos por románticos, no ya de alguna escuela afectada y elegíaca, sino de la escuela del gran romanticismo de todos los tiempos; del romanticismo grande que adora el amor por encima de todas las cosas y sabe sentir profundamente con corazón de hombre la belleza, y sabe llorar con piadoso corazón de mujer ante el dolor de todas las tragedias humanas y todas las tristezas de la vida ciega y cruel; y darse al arte con encendimientos místicos, y a los ideales con ilusiones siempre juveniles.

Los que no saben llorar, ni exaltarse, ni entusiasmarse con todo el corazón, serán, o demasiadamente desventurados, o mancos del alma.

Los que se ríen de los románticos sinceros no tienen un jardín de sentimientos en el pecho, sino una agreste y punzadora hojarasca, inútil para ellos y adversaria del mundo.

¡Mentira parece que tengamos necesidad de recordar a un escritor que el arte no puede apreciarse sin amarse, y que no puede haber, ni ha habido ni habrá ningún gran poeta que antes de conquistarnos la inteligencia no nos haya conquistado el corazón!

De los dogmáticos, unos hay que creen sinceramente en un dogma y lo defienden hasta morir por él, y hay otros que, por encima de todo y aún de la verdad misma, quieren imponer su dogma a todo el mundo. Si Barbey d'Aureville es de los primeros, hace bien, y siendo su dogma bueno hace más que bien en defenderlo a todo trance y en no desengañarse con otros dogmas peores que el suyo. Pero si es de los dogmáticos cerrados a cal y canto, nosotros tenemos primero que conocer su dogma para que respe-

temos su dogmatismo, pues de los que hacen de esto una trinchera, sin reflexión y sin reconocimiento de la ajena creencia, hallámonos tan lejos como el sol de la tierra.

La prueba que cita Ramiro de Maeztu habla tan en pro de d'Aureville, que no es posible creer otra cosa sino que el equivocado no es d'Aureville sino Maeztu.

El autor de «Don Quijote, Don Juan y la Celestina» sabe la lucha que sostienen los críticos del QUIJOTE por situarse en el verdadero punto de vista desde el cual puede juzgarse la obra y nos da cuenta de esa lucha. Mas no es necesario solamente el conocimiento y reconocimiento de la existencia de tan tenaz combate. Un crítico, aunque esté equivocado, debe escoger con toda lealtad su puesto en la batalla, pero no contemplar a los combatientes y, sin decirnos quienes a su parecer luchan por la verdad, alzarse con una teoría a espaldas de la crítica y en salvo de recibir el menor rasguño.

Porque si él no pelea como los buenos, los buenos le harán pelear o le harán callarse.

Si es que a Maeztu no le cabe duda de que todos luchamos contra fantasmas, y sólo él contra seres reales, muy pronto vamos a saberlo.

El primer asalto de la crítica del QUIJOTE es averiguar si el libro tiene transcendencia o no.

Nuestra contestación categórica es que tiene transcendencia suma.

Lo prueban el éxito mundial del Libro y la existencia de una lucha tres veces secular para juzgarlo como se merece.

El segundo lance es averiguar si Cervantes se burla de los libros de caballerías o los ensalza.

Nosotros hemos probado ya que la sátira no puede ir sino contra los defectos y mala concepción artística de los tales libros, y no contra la alteza fantástica.

Por lo tanto, no es contradicción renegar del ingenio de los autores de libros de caballerías que caricaturizaron a los caballeros, y abrazar con entusiasmo el ideal caballeresco. A esto podrá objetársenos que el ideal caballeresco ya se había realizado; más nosotros respondemos que estamos conformes con aquel ideal, por ser ideal, antes y después de su realización, y que el ideal de Don Quijote, aunque en apariencia es el mismo, en realidad no lo es porque ya hemos demostrado que Don Quijote no se alzó contra los señores feudales, sino contra los feudos del alma. Y como este ideal todavía no se ha realizado, ni se realizará en mucho tiempo, si llega a realizarse, porque es el más sublime e infinito de todos los ideales, la caballería andante del alma no ha pasado, sino que está en el camino de su apogeo.

Y no por irrealizable dejará de ser ideal, porque la realización de *todo el bien sobre la tierra* aunque no pueda alcanzarse ni sea asequible, tuvo en Jesucristo un Celestial y Andante Caballero.

Resulta de esto, que como la burla de Cervantes no se extiende al ideal caballeresco, no podemos renegar de ese ideal ni del QUIJOTE. Pero no por esto queda achicado el magisterio del Libro. La obra cervantina por un lado combate a los malos escritores, que no es menguado magisterio; pero por otro establece el ideal moral y eterno de Don Quijote, cuya moraleja no es la excéptica y mezquina que saca del Libro Maeztu cuando dice que con él Cervantes quiso

«consolarse de sus amarguras, y por la misma causa que las gentes exclaman, cuando un asunto no les sale bien: «¡Si yo no hubiera sido tonto!», y aún más frecuentemente: «¡Si yo no hubiera sido bueno!»

Mejor nos parece que la moraleja pudiera ser ésta: «¡Señor, Señor, cuándo estará el mundo preparado para recibir a tus santos!», que es también la moraleja de «Santa Juana» de Bernard Shaw.

Nosotros hemos dicho y demostrado también que Cervantes era Don Quijote y no podemos negar ahora que el sentido esotérico del libro está en la vida de su autor. Pero no podemos creer tampoco en el arrepentimiento de Cervanvantes, y menos en la burla de sus propios ideales y todavía menos en que quiera darnos una lección o escarmiento, mostrando al lector el desengaño que la experiencia le hiciera conocer, al truncar sus sueños de héroe o de poeta o dramaturgo. Los nobles, los generosos, los magníficos no pueden arrepentirse nunca de su nobleza, ni de su generosidad ni de su magnificencia, sino morir defendiendo la verdad como Galileo. El mundo para estos seres puede ser siempre un enemigo, pero no un maestro. Por encima de la opinión y de la justicia del mundo está la limpieza de nuestra conciencia, capaz de arrostrar el martirio por una idea cuando la llevamos firmemente esculpida en el pensamiento y cuando tenemos fe en nosotros mismos.

Si a Cervantes le faltó la ocasión para ser un héroe, en no faltándole el valor, no podía dudar de su heroísmo.

El héroe no deja de ser héroe aunque fracase ante mundo, hasta que no fracasa ante sí mismo.

Cervantes pudo no realizar sus sueños y fracasar en ellos, pero no en su ideal. Don Quijote que no era un sueño, sino un ideal, no podía ni ha podido fracasar tampoco.

Cervantes, según dice Maeztu, y no sabemos si ya lo habremos dicho también nosotros, fué un caballero andante. Esta sola consideración podía bastar para hacerle comprender que Cervantes no podía fracasar ante sí mismo, recordando además que unas líneas más atrás dice también Maeztu: «Un caballero andante es San Ignacio de Loyola. También lo es, salvo el sexo, Santa Teresa.»

¿Fracasaron también San Ignacio y Santa Teresa?

Si España estaba fatigada, y desesperaba en su sueño de fundar la monarquía universal, no era un consejo lo que necesitaba, porque su misma fatiga y cansancio le haría tomar por sí misma el reposo y el descanso. Un libro como el QUIJOTE, siendo escrito para despeñarla de los sueños a la realidad, era en aquella ocasión impertinente y escarnecedor. El fracaso de España (acerca del cual tenemos algunas dudas) era un fracaso noble y no culpable, y no había necesidad de filipícas ni escarnios caricaturescos para añadir más pesadumbre a la desventura nacional.

Y Cervantes no podía escribir ese libro, porque su credo puede verse en sus palabras: «Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; a lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza...» O en este sublime consejo: «Al que has

de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.»

¿Comprende ahora el señor de Maeztu el dolor con que todo español y todo hombre leerá las palabras siguientes que pone en boca de Cervantes, para demostrarnos la intención que le movió a escribir el QUIJOTE?

«El mundo está mal. Yo fuí ese loco Don Quijote, que lo creía lleno de caballeros y princesas, endriagos y gigantes. Quise moverme entre las cosas de la vida como si fueran mis imaginaciones y me encontré con sus realidades. Ríete, lector, de mis fantasmas, como yo me río de mis desengaños y acuérdate en medio de tu risa de que tú los soñaste conmigo, porque toda España ha sido Don Quijote. Fuimos sonámbulos que recorríamos la tierra creyéndonos despiertos y estábamos dormidos, andábamos sobre pedrizales y nos los figurábamos alfombras. Riámonos ahora de los tropiezos y las descalabraduras. Y si aún nos duele la hostilidad del mundo malo, lloremos también y descarguemos el pecho melancólico.»

Lloremos, por la *hostilidad del mundo malo*, pero, ¡ay de nosotros el día que lleguemos a reirnos de nuestra España grande, de nuestro caballero Cervantes, de nuestro Don Quijote, de nuestro Ignacio de Loyola y de nuestra Teresa de Jesús!

Sigamos con los críticos cervantinos la ruta de Ramiro de Maeztu.

De nuestra tesis se deduce que nosotros creemos el QUIJOTE un libro representativo del idealismo, y con nosotros lo han creído muchos; de modo que por nuestra parte está deshecho el dilema que este escritor presenta.

Que el QUIJOTE es grande y grande su influencia, y que esta influencia es buena son para nosotros meros corolarios del aserto anterior.

Esto no puede ocultársele a Maeztu, que titula el primer ensayo de su libro «Don Quijote o el amor.»

A lord Byron no le cabe disculpa alguna. A Menéndez y Pelayo, lo mismo que a Cejador, hay que decirles que no se olviden de que entre el realismo de Cervantes y el realismo moderno, está de por medio el romanticismo idealista, con ingenios tan clásicos como Larra y Espronceda.

En cuanto a Valera hay que proceder en este caso con más tiento.

Por un lado don Juan Valera dice que Cervantes sentía el espíritu caballeresco, lo mismo que España, y que nadie combatió ese caballeresco espíritu de la Edad Media como el glorioso manco; por otro lado asegura que puso en ridículo «un género de literatura falso y anacrónico», pero no «las ideas caballerescas».

Nosotros entendemos que don Juan Valera no quería decir otra cosa sino que el divino manco y España a la vez sentían el espíritu caballeresco de la Edad Media, en cuanto a la sed de aventuras y andanzas, y que el QUIJOTE se burlaba de esta sed andariega y aventurera, y también de la falsa y anacrónica literatura de aquellos libros, pero no de las generosas ideas ni de los pensamientos levantados, ni de los buenos sentimientos de los caballeros, ya sean o no sean andantes. Valera hace aquí distinción entre los caballeros y los aventureros y esto nos parece lógico.

Si Cervantes censuraba (según nosotros entendemos en las palabras de don Juan Valera) las aventuras y andanzas de España y se burlaba de las suyas propias también en el QUIJOTE, el autor de «Pepita Giménez» está de acuerdo con el autor de «Don Quijote, Don Juan y la Celestina». Si Cervantes censuraba además un género de literatura falso y anacrónico, el autor de «Pepita Giménez» está de acuerdo con el autor de estos Ensayos.

Entendiendo así esos pasajes de don Juan Valera, citados por don Ramiro de Maeztu, no se nota contradicción alguna explícita, sino una implícita, que resulta al considerar que Don Quijote era aventurero o andariego, y caballero o hidalgo al mismo tiempo; y que si fuera el Libro una parodia de los aventureros caminantes lo sería también de los caballeros idealistas, porque Don Quijote no puede partirse naturalmente en dos mitades.

Y como el libro de Cervantes, según don Juan Valera, no era parodia de las ideas caballerescas de Don Quijote, tampoco podía serlo de su sed de aventuras.

Don Juan Valera, como don Ramiro de Maeztu, tienen por un pecado mortal la sed de aventuras, que para nosotros, si no es sed de justicia en los caballeros andantes, se parece como un huevo a otro huevo.

Y en esto quisiéramos que no se nos replicase, porque el que otra cosa diga, calumnia, a sabiendas, la nobleza caballeresca de Cervantes y de Don Quijote.

Si no hemos resuelto satisfactoriamente la contradicción que advirtió Maeztu en don Juan Valera, al menos le hemos dado el pecho.

Las contradicciones que este ensayista nota en

Merimée y en don Manuel de la Revilla, son casos corrientes entre los cervantistas y esoteristas, que como hemos dicho antes, leen generalmente el QUIJOTE con el espíritu aparejado a hallar solamente en el Gran Libro confirmaciones especiales y pertinentes a sus propias ideas, sociales, patrióticas, religiosas y de todos los géneros. Esta actitud parécenos que guarda también Maeztu en su tesis.

Tal vez se diga de nosotros otro tanto. Pero nosotros ponemos la obra cervantina por nuestra mediación frente al ideal humano imperecedero y único, mientras que Maeztu, con todos los esoteristas y gran parte de los cervantistas se empeñan en adaptar el QUIJOTE a las varias formas del pensamiento de los hombres en el curso incesante de los tiempos.

Deshecha la contradicción de don Juan Valera; juzgadas las de Próspero Merimée y don Manuel de la Revilla; anatematizadas las afirmaciones bárbaras de Byron; admitidas las palabras de d'Aureville y admiradas las de Turgueneff y, por último, admitido y creído el idealismo y el universalismo del QUIJOTE, como nadie puede negar, dedúcese que el punto de vista para estudiar la obra cervantina ha de ser idealista y universal, es decir quijotista, como lo llamamos nosotros. Cualquiera que adopte otro punto de vista distinto al de Unamuno y al nuestro, y al de Mañach y los impresionistas, no podrá dormir tranquilo con la ilusión de haber hallado la verdad. Maeztu no universaliza ni idealiza el Gran Libro, sino que lo nacionaliza, y lo personaliza y materializa con estrechez y pequeñez de miras.

El QUIJOTE no puede haberse escrito para criticar a un pueblo, ni para alabarlo. El QUIJOTE

es tan grande, que no hay nadie que lo crea solamente libro nacional, pesimista u optimista.

Porque dando de barato a este ensayista que sea así, en esto pueden opinar los rusos o los indostánicos de un modo distinto al español que crea su tesis, y nunca se llegará con ella a unir los corazones de todos los hombres como los unió la creencia universal de su idealismo, creído a espaldas de comentadores semejantes, con mucha razón.

* * *

Maeztu explica su tesis diciendo que el Quijote es parodia «del espíritu caballeresco y aventurero» y que esta parodia del ideal caballeresco, ya en olvido por haberse realizado, adviértese en el libro de Cervantes que es la expresión de la decadencia de aquel ideal.

Así, resulta Don Quijote parodiador, y no héroe, desautorizador de la caballería andante y no caballero, y esto es inadmisible.

Aunque exista ciertamente el propósito inmediato de Cervantes, de abolir y desterrar la andante caballería, está en contradicción, bueno es confesarlo, con los fines idealistas más altos, que satisface el QUIJOTE.

Nosotros no negamos que Cervantes tuviera esos propósitos, ni que él, viejo y desengañado, se encarnara en Don Quijote para pintar su vida y sacar una enseñanza. También es cierto que Don Quijote desautoriza su historia cuando dice: «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.»

Pero a Maeztu se le han obscurecido las demás sendas para llegar a una recta, amplia y sincera comprensión del QUIJOTE.

Nosotros, que somos idealistas hasta la médula, hemos venido observando todos los sentidos, todas las honradas interpretaciones, todas las síntesis y trayectorias sintéticas que pueden llevarnos a la verdad, y puede créersenos que, sin ciegos dogmatismos, sin apasionamientos sentimentales, hemos tenido que llegar a la más sentimental y a la más idealista interpretación, porque cualquiera otra no sólo es menos idealista que la nuestra, sino más estrecha y menos cierta también.

No pueden negarse las analogías que cita este autor moderno y menos las negaríamos nosotros, enemigos mortales de la rigidez dogmática y académica, aunque contra nuestras opiniones y creencias fuera, y aunque tuviéramos que quitarnos como Descartes las sandalias de nuestros conocimientos para andar los nuevos caminos de la nueva verdad.

Por esto invitamos cordialmente al autor de «Don Quijote, Don Juan y la Celestina» para que nos acompañe, a su vez, por otra incursión o exploración crítica a través del QUIJOTE.

Ante todo queremos recordarle las palabras de Menéndez y Pelayo cuando nos dice que la personalidad de Don Quijote, de acometedor, monomaníaco y parodiador de los caballeros andantes, se ha ido desarrollando poco a poco hasta llegar en la Segunda Parte, a adquirir su plenitud moral, limpiándose de las escorias de sus aberraciones primeras y asombrándonos con la serenidad de sus palabras de oro, con las cuales derrocha sus tesoros de sabiduría.

En este humilde trabajo se estudia también

ese aspecto, y se señala el camino que va recorriendo el espíritu del glorioso Hidalgo hacia la cordura extrema y hacia la santidad (1). Hemos hablado extensamente del inmortal diálogo en que Sancho pide a su amo que en vez de dedicarse a la caballería andante, se den a ser santos, diálogo que termina con unas hermosas palabras de Don Quijote.

Después nuestro Hidalgo sueña con la Arcadia y con meterse a pastor, y llamarse el pastor Quijótiz. Y en el camino de Barcelona, cuando ve las imágenes de los «caballeros a lo divino», dice que no sabe lo que su brazo conquista en la tierra sirviendo a la caballería andante, y piensa y se propone —en medio de su locura— dejar de ser loco y darse a la santidad, cuando le sea propicio el amor de su Dulcinea, que tantos trabajos padece bajo el poder de sus perversos encantadores. No sabemos si hemos dicho, al tratar de esto, que Unamuno ve que Don Quijote va acercándose a la más excelsa cordura, hasta dar en ella con su muerte.

Todo esto atestigua que Cervantes pensó acaso hacer esa parodia que Valera, los cervantistas en su mayoría y el señor de Maeztu nos han dado por propósitos finales y definitivos del autor de «El Ingenioso Hidalgo». Pero esta parodia resultaba ya mezquina, pobre, chica y miserable. El QUIJOTE se había desbordado del cauce primero, y era ya tan grande que había hecho olvidar a su autor la primitiva concepción, y cada vez tenía el HIDALGO menos de caballero andante a lo humano, y se acercaba a la amplia, sincera y genial concepción que con la

---

(1) Léase o recuérdese lo que atrás decimos, negando las locuras o monomanías de Don Quijote, contra Menéndez y Pelayo.

muerte del Héroe confirmó al mundo la pérdida del más cuerdo de los nacidos y del más divino de los caballeros andantes humanos.

Lo que perdía Don Quijote de real, de humano y aventurero, lo ganaba en serenidad contemplativa, en santidad, en idealismo, y en cordura y sabiduría.

Esto, que puede ser decadencia de lo humano, es ascensión a lo divino, *que no se pierde en la distancia*, aunque así lo crea Maeztu.

No nos olvidemos que Don Quijote no era un sér humano, sino un humano ideal de Cervantes que por él remontaba su espíritu a las alturas y moradas divinas.

El héroe, embelesado en sus postreras inquietudes místicas, al final de su vida apenas es ya caballero andante en la tierra.

¿Cómo hubiera aguantado (sin montar en cólera y hacer de las suyas) en el camino de la Ciudad Condal, que en su presencia despojase Roque Guinár de un sólo maravedí a unos pobres caminantes indefensos?

Cuando le llevan en Barcelona a visitar las galeras del Rey, la chusma hace a Sancho una jugarreta en su presencia y él se enfada y pide explicaciones al General, y sin que se le satisfaga debidamente, Don Quijote se calla y no vuelve a despegar sus labios hasta que regresa a la casa de don Antonio Moreno.

¿No os parece esto extraño en El Caballero de los Leones?

¿Estará en esto la decadencia espiritual de Don Quijote?

¿O en su réplica al eclesiástico?

¿O en sus disertaciones acerca de la fama?

¿O en sus consejos y carta a Sancho?

¿O en sus consejos al bandolero catalán?

¿O en sus propósitos de santidad?

No, no puede ser así. Don Quijote crece, se agranda, se sublima a nuestros ojos hasta tocar el cielo con su muerte.

* * *

Maeztu afirma que el QUIJOTE es también decadente por ser la expresión del ideal de la España quijotesca que ya estaba realizado y en decadencia.

El ideal de los pueblos se entiende de diversas maneras, y una de ellas puede ser el ideal de paz y libertad y otra el ideal de su porvenir esplendoroso.

El ideal de los pueblos, como las ideas del hombre, puede cambiarse siempre por otro mejor o peor, sin que se cambien sus destinos providenciales ni la nación perezca.

El hombre es el todo y la parte en la humanidad, y mientras los anhelos del espíritu humano no se consigan, la humanidad no alcanzará su apogeo, y menos su decadencia.

¿Por qué ha de considerarse decadente un pueblo, cuando realiza su ideal de esplendor material o literario o científico, si cada pueblo prohija el ideal de la humanidad entera?

¿Es que ha habido algún pueblo que haya alcanzado todos sus ideales?

Nosotros comparamos el siglo esplendoroso de los pueblos entre sí y decimos que unos lograron su ideal y que otros no lo lograron.

En la comparación los pueblos que salen ventajosos se nos antojan modelos; pero hasta el

modelo del pueblo de Dios hizo a Moisés arrojar las tablas de la ley.

El exceso de vida de los pueblos se ha llamado también ideal, y el ideal de los pueblos no es su exceso de vida, ni sus colonias, ni sus riquezas, ni su sabiduría ni sus numerosos ejércitos ni escuadras.

El ideal también es la bondad, la verdad y la paz, y ese ideal con que sustituyó el QUIJOTE a la ambición de poder de Felipe II y de España, no había tenido precursor, sino que nacía en el libro de Cervantes.

Algún día florecerá la sangre y el amor que en América prodigamos, *extravasándola*, como dice bien «Azorín», de nuestras venas y de nuestro corazón, y algún día el esplendor pasado volverá a nuestro suelo cuando las venas y el corazón de la raza vuelvan a henchirse de vida. Y entonces, no habrá quién crea en la decadencia española.

Y si ayer fuimos Poder, mañana seremos Paz y el mundo se alegrará de vernos reaparecer otra vez, jóvenes e idealistas, como se alegraron los ojos de Don Quijote al ver reaparecer a las hijas de Ruidera para juntar sus limpios cristales con las aguas tranquilas del padre Guadiana.

Mejor que llorar esa imaginada decadencia hispánica, sería cantar la alborada del verdadero ideal que ya por los limpios y anchos horizontes del mundo anuncia el sol de la justicia, de la paz y de la libertad de los hombres.

EN DESAGRAVIO DE SANCHO PANZA



EN DESAGRAVIO DE SANCHO PANZA

A los verdaderos e inteligentes literatos y a los discretos lectores no les hace falta ya ningún género de demostraciones para comprender en toda su amplitud y profundidad el génesis, la evolución y la plenitud espiritual del inmortal escudero de Don Quijote. Pero nadie le ha desagraviado completamente. Por lo tanto existe ese vacío, y buena será la intención de llenarlo, ya que las preclaras inteligencias que bucearon en todos los recovecos del alma de Sancho y penetraron hasta en lo más íntimo de su conciencia, no nos dijeron cómo ni por dónde llegaron a la posesión de tan notable conocimiento, sino que se guardaron este secreto que, al descubrirse, tanto puede influir para la completa y cabal interpretación del QUIJOTE; para destruir la extendida y mal fundada opinión que simboliza en nuestro escudero la codicia, la glotonería y el egoísmo; para desagraviar justamente la memoria del que fué tan *cristiano viejo*; para comunicarlo a todas las gentes, que lo llegarán a saber con gusto y beneplácito y, por último, para des-

arraigar de todo noble pecho el vano temor de creer que, para no dar en estrechez y mezquindad moral, no hay mejor cosa que huir del consabido pancismo, cuyo concepto, si se ha de aplicar al modo de ser y obrar de Sancho Panza, ni es mezquino, ni se refiere a un hombre codicioso, glotón, egoísta, materialista, innoble y plebeyo, sino altruísta, sobrio, generoso, noble e idealista.

Otra consideración de no menor fuste nos ha movido a intentar este desagravio de Sancho Panza, y es ver cuán sin fundamento se le pone en las escuelas como a Judas del idealismo y coco legendario, capaz de engullirse y llevarse a los profundos la ingénita bondad de los niños.

La lectura del QUIJOTE en las escuelas se ha creído siempre de una gran utilidad y eficacia educativa, recomendándose y aconsejándose tanto que, generalmente, la tal historia es hoy en nuestra patria y en muchos países de la América hispana y Europa curioseada y manoseada por los niños, como profetizó y dijo Sansón Carrasco á nuestro Hidalgo.

No hay duda que en el QUIJOTE se halla un completo programa de educación psíquica y física, así en las partes de la estética, intelectual y moral de la primera, como en la higiénica o preventiva, en la que toca al ejercicio y desarrollo corporal y en la curativa o medicinal de la segunda. Pero el QUIJOTE no es obra didáctica, sino literaria, y sus frutos en las escuelas deben ser la moralidad, la belleza y la idealidad.

Sin embargo, parece que las enseñanzas que se sacan o pretenden sacarse de la obra cervantina en las escuelas son más cortas, pues se han reducido a deducir de ella dos términos opuestos o dos polos de educación moral, en la cual

el polo norte y guía de todo lo bueno es Don Quijote, y Sancho Panza el polo sur, nuncio de todo lo malo. Descontamos, naturalmente, a los maestros inteligentes, porque a éstos no hemos de decirles lo que deben enseñar.

Bástenos, pues, el ejemplo del bien y la condenación del mal que, generalmente, se persiguen en las escuelas con la enseñanza del QUIJOTE, como libro de lectura, para elevar la moralidad del niño. Pero lo que no podemos ver con buenos ojos es que se eche a Sancho el mochuelo y se le cargue el sambenito de la representación simbólica del mal, que pueden entender perfectamente los niños; porque luego de hombres tendrán tan metida en los sesos la idea de que el tan buen escudero era un egoísta, que no podrán sacársela ni a tres tirones entre todos los cervantistas y quijotistas habidos y por haber. Con lo cual estarán imposibilitados para apreciar y saborear la grandeza ideológica de «El Ingenioso Hidalgo», merced a una educación falta de veracidad y buen sentido.

Decimos esto, porque en una edición infantil del QUIJOTE que publicó la casa Calleja y que anda por ahí repartida como escapularios benditos, se dice en el prólogo a los niños, que imiten a Don Quijote y no a Sancho, por ser el primero, noble e idealista, y el segundo, egoísta y socarrón «que no comprende el sacrificio sin la utilidad inmediata.»

Añade luego, que pregunten los niños a sus maestros lo que no comprendan, y esto no sabemos si no será peor que respetar la simple interpretación infantil. Porque no es maravilla que la mayoría de los maestros no puedan entender lo que a tantos críticos e intérpretes preclaros se les pasó por alto, y es posible que, aparte de

que un maestro no tiene la obligación de ser un crítico literario, crea allanado el camino, siguiendo y ampliando la interpretación del editor del *Quijote para niños*, u otra tan equivocada como ésta.

* * *

Entre los pocos que han hecho entera justicia a Sancho Panza, el fiel escudero de Don Quijote, se cuenta Don Miguel de Unamuno en su obra mencionada, «Vida de Don Quijote y Sancho».

Tampoco se escapó a la mirada certera de Menéndez y Pelayo la recta comprensión de la verdadera fisonomía moral de Sancho, «fisonomía tan compleja —dice— como la de Don Quijote, en medio de su simplicidad aparente y engañosa..., no es una expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es sólo el coro humorístico que acompaña a la tragicomedia humana, es algo mayor y mejor que todo esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote» (1).

Ved cómo combate Unamuno la leyenda injusta que envuelve y ofende al inmortal escudero andante: «las gentes ligeras no quieren ver, Sancho heroico, la grandeza de tu fe y la fortaleza de tu ánimo, y han dado en menospreciarte y calumniarte, haciéndote padrón de lo que nunca fuiste. No quieren conocer que tu simpleza fué tan loca, tan heroica, como la locura de tu amo, pues que creíste en ésta.»

---

(1) Menéndez y Pelayo, «Orígenes de la Novela». Tomo IV, pág. 87.

En verdad, mil veces dió muestras Sancho de simple locura, y miles de testimonios hay confirmadores de que él tenía por suprema cordura la locura idealista de su señor.

Recuérdese cuando, yendo a llevar la carta a Dulcinea de parte de Don Quijote, que quedaba en Sierra Morena *llagado de las telas del corazón*, se topó con el Cura y el Barbero en la puerta de la venta, donde hacía poco le mantearon.

Contándoles las peripecias de él y de su amo a sus compatriotas, entre otras cosas, «Dijo también cómo su señor, en trayendo (Sancho) que trajese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner (Don Quijote) en camino a procurar cómo ser emperador, o, por lo menos, monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo, y que, en siéndolo, le había de casar a él, porque entonces ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la Emperatriz heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería. Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí, el juicio de aquel pobre hombre.»

Más adelante insistiremos acerca de esta fe, que por ser tan loca, acabó por *llevarse tras sí el juicio* del buen Sancho.

Antes queremos copiar unos párrafos del discurso de don Juan Valera que en 1905 leyó en la Real Academia Española de la Lengua don

Alejandro Pidal, por haber fallecido aquel ilustre literato a punto de acabar su trabajo. Los párrafos de don Juan Valera son éstos:

«Todavía hay otro comentario o interpretación insufrible y arbitraria a todas luces, interpretación ofensiva y calumniosa para Sancho Panza, sin el más leve y razonable fundamento... ¿Cómo suponer que Sancho, que monta intrépidamente en Clavileño y traspone el remotísimo reino de Candaya, para rapar las barbas de la Trifaldi y de sus compañeras es un egoísta, codicioso, glotón e interesado...? Sancho, en suma, no es contraposición, sino complemento de Don Quijote.»

Como habrá notado el lector, el parecer de cervantistas y quijotistas es el mismo, cuando se estudia el carácter de Sancho Panza, y esto fácilmente se explica, considerando que el fiel escudero de Don Quijote es un personaje más humano que su señor (esencialmente idealista), entendiendo por más humano, que está más cerca de la realidad humana, más cerca de nosotros, presentando todas las contradicciones de nuestra mortal naturaleza, hecha de grandes ambiciones y anhelos sublimes, contrastados por miserias y flaquezas, de las cuales pocos, si ya no es que son hipócritas, pueden jactarse de hallarse limpios y de poder tirar la primera piedra.

Sancho es más humano que Don Quijote: Sancho es casado, aunque casto, pero Don Quijote es continente y platónico; Sancho come y bebe cuando lo necesita, pero Don Quijote apenas come por verdadera necesidad; Sancho padece excesivamente cuando lo apalean, pero Don Quijote goza, pensando que los estacazos y pedradas de manos villanas esclarecerán

su fama de fuerte y sufridor; Sancho duerme, gozando el bien de su *acomodada condición*, pero Don Quijote vela y se mantiene con amorosos pensamientos y con recuerdos gloriosos de las gestas caballerescas; Sancho se olvida de la fama a menudo, buscando la comodidad y el regalo presentes; pero Don Quijote se olvida del presente y sólo se preocupa de su buena fama, de su claro renombre, de su porvenir de gloria.

Cuanto Don Quijote es más perfecto, es más superior a nosotros, y más incomprensible e inasequible, más espíritu y menos carne, más superhombre, más idea y, por lo tanto, menos corpóreo, menos figura real y menos humanidad carnal.

Sancho es el hombre compuesto y complejo, con más altibajos y vaivenes, como balanza de dos pesos, en los cuales la materia y el espíritu se mueven continuamente, se alzan y bajan, buscando una compensación y un fiel psicofísico.

Los datos que hablan de Sancho, hablan del hombre acabado y ajustado al término medio de la humana naturaleza, y serán siempre más claros que los que se refieren a Don Quijote, que es humanidad sometida a una teoría.



Oigamos de nuevo a Unamuno: «De la parte de Sancho empecemos a admirar su fe, la fe que por el camino de creer sin haber visto, le lleva a la inmortalidad de la fama, antes ni aún soñada por él siquiera, y al esplendor de su vida... Se dirá que a Sancho le sacó de su casa la codicia, así como la ambición de gloria a Don

Quijote, y que así tenemos en amo y escudero, por separado, los dos resortes que, juntos en uno, han sacado de sus casas a los españoles.

»Pero aquí lo maravilloso es que en Don Quijote no hubo ni sombra de codicia que le moviese a salir, y que la de Sancho no dejaba de tener, aún sin él saberlo, su fondo de ambición que creciendo en el escudero a costa de su codicia, hizo que la sed de oro se le transformarse al cabo en sed de fama.»

Esperamos que el señor de Unamuno nos perdonará si nosotros queremos probar que a Sancho no se le trocó en sed de fama la sed de oro, porque esta sed nunca la padeció el bonísimo escudero.

Para esto empezaremos por recordar y comentar algunos pasajes del QUIJOTE.

En el capítulo LXXIII de la Segunda Parte, Teresa dice a su marido: «¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

»Calla Teresa —respondió Sancho—; que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos a nuestra casa, que allí oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie.»

Aquí se advierte que Sancho, previniéndose al mal recibimiento que ha de hacer Teresa a su poca fortuna y mala suerte, se anticipa a sus regaños, presentándole las cosas del mejor modo, y dándole la contenta con la buena noticia de los buenos dineros que le lleva.

Teresa es, por lo tanto, la que hace que Sancho se muestre codicioso en muchas ocasiones.

Y de esto se puede sacar una prueba cierta

por las palabras que dice Sancho al bachiller Sansón Carrasco, en el capítulo IV de la segunda parte de la incomparable Historia, respondiendo a la pregunta de si se habían deshecho los cien escudos que el buen escudero topó en la maleta de Cardenio, cuando caminaba con su señor por la Sierra Morena: «Respondió Sancho: —Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos (los escudos) han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor Don Quijote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin jumento a mi casa, negra ventura me esperaba...»

El capítulo VII de esta misma parte del QUIJOTE, bien leído, bastaría, no sólo para para demostrar que si Sancho se mostraba codicioso era por culpa de su mujer, sino para desagraviar completamente y para siempre al fiel, al bueno, al heroico, al sencillo, al escudero todo corazón.

A la vuelta de mil graciosos y simplicísimos rodeos, y después de haber vaciado disparatadamente dos fanegas de refranes a saber: «Teresa dice —dijo Sancho— que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.»; después de tantos y tan delicados eufemismos y preámbulos, Sancho va a parar a ésto: «Que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no

quiero estar a mercedes que llegan tarde, o mal o nunca.»

En todo esto se ve que no sólo le inculca Teresa a su marido la codicia, sino la falta de fe en Don Quijote. Nosotros no censuramos a Teresa; ella como mujer de su casa mira por sus hijos y por su marido, que una casa sin marido es casa sin gobierno. Y justo es que la madre quiera que el padre vele y trabaje por el porvenir de sus hijos, y justo es que Teresa cuando no pueda retener a su lado a Sancho, le recuerde sus deberes de padre y esposo. Además Teresa es tan simple, tan humilde, que no puede alcanzársele a ella como a Sancho, que es más discreto, la gloria de la caballería andante.

Nosotros no censuramos a Teresa, pero disculpamos a Sancho. Y ahora sigamos nuestro cuento, y para hablar disparatada y refranescamente como el escudero, digámosle que fué por lana y salió trasquilado, pues donde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y la confianza mata al hombre, y más vale buena esperanza que ruín posesión, porque fíate de Dios y no corras, que donde menos se piensa salta la liebre.

Y aun traeríamos aquí otros refranes de añadidura, como aquellos de «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares», y «a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder», y «si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», si no temiéramos quebrar el hilo de nuestro discurso, como cortó Sancho con los suyos el de los buenos consejos que le estaba dando Don Quijote para que fuese un perfecto gobernador.

Estos, y muchísimos más refranes, si no le caen pintiparados a Sancho, al menos se lo merecería por meterse en un tira y afloja, en un regateo

de placera con el gran señor Don Quijote de la Mancha, que no sabía ni quería saber nada de tacaños y mezquinos salarios, sino dar a cada uno lo que se merece por sus obras.

Releamos lo que Don Quijote, entre otras cosas, respondió a su escudero, cuando oyó su demanda: «Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo excusado; así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar conmigo, *bene quidem*; y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruín posesión, y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos. Y, finalmente, quiero decir, y os digo, que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que a mí no no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.»

¿Quién no ve que Don Quijote contra su costumbre, considerando indigno a Sancho de que le sirva (por hacer caso de la codicia de Teresa), le trata aquí de *vos* como a hombre desconocido y no de *tú* como le llama casi siempre afectuosamente?

Y ¿quién no ve la ironía con que se burla del rústico hablador?

Y ahora viene lo bueno: «Cuando Sancho oyó

la firme resolución de su amo se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón...»

«Rompió —escribe Unamuno— esta plática el bachiller Sansón Carrasco, que acudió a felicitar a Don Quijote y a ofrecérsele por escudero... ¡Impía oferta! Y al oírlo Sancho enternecióse, se le llenaron de lágrimas los ojos y entregóse a su amo.» ¿Es ésta la codicia sanchopancesca? «De todo ello hemos de concluir —dice Unamuno, más adelante—, que Sancho vivía, sentía, obraba y esperaba bajo el encanto de un poder extraño, que le dirigía y llevaba, contra lo que veía y entendía, y que su vida toda fué una lenta entrega de sí mismo a ese poder de la fe quijotesca y quijotizante.» Y añade invocando a Sancho: «y mientras tu cabeza te decía que no, te decía tu corazón que sí y tu voluntad te llevaba en contra de tu entendimiento y a favor de tu fe.»

Todo esto es cierto, pero parte de esos titubeos y parte de esa tibieza de fe del escudero no era suya, sino del poco conocimiento y cultura de su espíritu, que le impedía comprender el ideal caballeresco, y, como ya hemos repetido, de la influencia que ejercían sobre él los consejos de su Teresa.

Si por un lado, su sentido natural le advertía que eran disparates los proyectos aventureros de su amo, por otro, en cambio, su incultura le vedaba comprender el elevado ideal caballeresco que se encerraba en los aparentes disparates de aquellos proyectos aventureros, y por último, el recuerdo de su hogar y los consejos prácticos de su mujer eran un martillo para su honrada conciencia de cristiano viejo.

¿Tenía Sancho, por lo tanto, obligación de ser

hombre más generoso, y de más abierto pecho, y de más viva fe que lo era ya de por sí?

A nuestro ver no es justo ni equitativo el parangón que suele hacerse entre el espíritu de Don Quijote y el de Sancho.

Antes de comenzar sus andanzas, el Caballero Manchego había enriquecido y adobado las potencias de su alma y los sentimientos de su corazón, mamando una educación que le enseñó la belleza del arte, el conocimiento profundo de las grandes verdades de la Religión Cristiana, de las grandes experiencias históricas, de las ideas filosóficas humanas, y los saludables e inmortales ejemplos de santos y héroes, reales o fantásticos e inventados ingeniosamente con el propósito de guiar y alentar al hombre por los senderos gloriosos; había llegado a la madurez de su cordura con sus cincuenta largos años de reflexión y de meditación; habíase exaltado en la desesperante monotonía de los páramos manchegos, columbrando siempre ideales generosos, y había sentido los latidos de su corazón torturado, sólo, incomprendido y ávido de amor... Y siendo Don Quijote naturalmente bueno, soñador e inteligente, ¿cómo no había de entregarse con ardores santos a la cruzada de la andante caballería?

De Sancho sólo sabemos que guardaba de muchacho gansos o cerdos en su tierra; por lo que puede creerse que el no haber llegado nunca a saber leer y escribir, fué más negligencia y descuido de sus padres que travesura y maldad suya.

¿Es justo pedirle a un porro, que no sabe ni la *A*, que no ha oído hablar en su vida sino a otros más rústicos que él, que ha tenido siempre echada la tapadera sobre el brocal del pozo de su inteligencia, que no ha vivido la emoción

pura de la belleza, ni menos la emoción del ideal, que no ha visto nunca más allá de lo que vieron sus ojos, cegados por las nieblas de la incultura *en veinte o treinta leguas de distrito*; es justo, pues, pedirle a un pobre hombre semejante una idea clara de las cosas, y que comprenda, para después sentirlo, el amor a la belleza por la belleza, a la verdad por la verdad y al bien por el bien mismo?

Menos justo será esperar que se forje un ideal con tales elementos y que lo saque a la plaza pública, teniendo hijos y mujer que sustentar y criar, y los cuales han de exigirle cuenta a su regreso, del pan que ha podido ganar segando, mientras andaba por esos mundos en pos de locas andanzas, puramente idealistas.

No es justo, por lo tanto, comparar en iguales términos a Sancho con Don Quijote, ni pedir al primero lo que el segundo no podía negar, ni juzgar al escudero como si fuera un hombre adornado de arreos espirituales tan magníficos como los que sacó al mundo su señor.

Lo que llegó a valer Sancho se lo debió a su fe sincera y humilde; porque sin ella, las enseñanzas de Don Quijote hubieran sido inútiles.

La incultura de Sancho y el hogar de Sancho eran los enemigos de su fe.

Y aunque su incultura y su mujer eran los enemigos de su fe, por encima de aquélla y contra la otra supo alzarse y volverse el heroico escudero para seguir al Caballero de la Triste Figura.

¿Puede pedirse más idealismo a un rústico?

Y si esto hizo, siendo un porro, ¿qué hubiera hecho siendo un cultivado ingenio como su amo, hacendado, célibe y ocioso?

Si los titubeos de la fe de Sancho no nacieron

de su voluntad, sino de su poca instrucción y del ambiente realista que en lugar de otra educación influían en su espíritu y se lo maniataban ¿por qué achacárselos a él?

De aquella incultura él no era culpable, y sólo podría condenársele si hubiera sido mezquino de corazón.

A Sancho, su cabeza no podía ordenarle otra cosa, sino lo que ordenase la ignorancia aposentada en ella.

Sancho pudo ser más o menos crédulo, en razón del menoscabado conocimiento que tuviese de las cosas; más si hallamos que su corazón le inclina a la fe, habremos desagraviado y aún ensalzado con sólo esto al buen escudero.

Nosotros hemos metido la mano en nuestro pecho y no vemos flaqueza en la fe de Sancho, de la cual pueda pedírsele alguna cuenta; porque él no tenía ninguna culpa de su ignorancia, aunque la tuviera de haberse casado con una mujer tan interesada como Teresa.

Y siendo esto así, y siendo también verdad que en su inteligencia y en su corazón se fueron grabando para siempre los más altos principios, los más nobles y levantados sentimientos, de que le dió conocimiento y ejemplo su amo, ya que Sancho era de suyo muy dócil y blando, ¿en dónde está la desaplicación que se ha querido ver en este alumno, la poca maña de este aprendiz, la dureza alcornoqueña de este discípulo y la poca fe de este catecúmeno, para que pueda reputársele por desaplicado, desmañado, duro o tibio?

¿Quienes hubieran servido de escuderos a Don Quijote en su aldea, por mucha largueza y magnanimidad de ánimo, y por mucha fe,

y por pocos quehaceres que tuviesen sus compatriotas?

¿Acaso el burlón e impío Sansón Carrasco?

Ignorante o sabio, la simplicidad de su espíritu y la bondad de su corazón predisponían a Sancho a ser un caballero andante, un Quijote.

Seguir a Don Quijote hoy y ayer fué seguir a la locura (aunque esta locura sea de cordura santa), y dar un sólo paso en pos de un loco es también ser ya loco; y la fe del que por seguir a la locura llega a parecer loco, como Sancho, es fe que excede a toda ponderación.

Porque la fe sólo nos manda creer sin ver, aunque hay otra fe que necesita las obras del hombre. Y de esta viva y sublime fe se encendió el espíritu de Sancho, que se entregó con amor a Don Quijote, perdiendo para el mundo mezquino toda sensatez y todo juicio.

Esta fe de Sancho, a nuestro entender, lo quijotiza hasta el punto de que en la Historia del Ingenioso Hidalgo hay, no un solo Quijote, sino dos de caracteres distintos; el caballero y el escudero; aunque el primero sea padrino del segundo. Este en cambio está más cerca de nosotros y es más humano, más comprensible y más prontamente simpático lector.

¿Qué oro puede pagar la fe de Sancho?

Este quijotismo, y esta fe loca y quijotesca de este buen hombre, señor Unamuno, que no salió de su casa por la sed de oro, sino por la sed de fama con que le quijotizó y conquistó nuestro caballero; este quijotismo de Sancho le justifica, le desagravia y le enaltece.

Y el señor Unamuno, cuyo amor al nobilísimo escudero de Don Quijote es bien probado, no debió decir que había ni aún remota codicia y falta de fe en Sancho, sino un lastre de ignoran-

cia y rústicas preocupaciones y un temor a los sermones de Teresa, que a la chita callando, tenía sus conchas de egoísmo y un excesivo apego a los talegos de escudos, vengan de donde vinieren, como ella misma dijo a su marido, cuando éste regresó a su casa por segunda vez, del servicio de Don Quijote.

En vez de echar el muerto de la codicia y de la falta de fe a nuestro escudero, don Miguel de Unamuno no debió pasar en silencio las palabras que dijo Sancho a su amo, cuando se enterneció y se le llenaron los ojos de lágrimas, entregándose completamente al amor quijotesco: «No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha; sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y más que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer; la cual cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta a que se haga lo que ella quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare...»

En el capítulo XXVIII de la segunda parte del QUIJOTE léese que Sancho piensa en volverse a su casa; mas no por faltarle a él la fe quijotesca, sino por creer equivocadamente que a su amo ya no se le da nada de verle apaleado,

Estos titubeos no los tendría Sancho si su

poco saber le dejara comprender que su señor jamás puede abandonarle.

El defecto suyo, el vacío de su alma, como ya hemos dicho tantas veces era su ignorancia, a la que hay que achacar su aparente falta de fe.

Claro es que cuando la luz de la realidad era una llamarada que le deslumbraba, creía entonces que, en efecto, su amo estaba loco, pero, ¿de qué servía la realidad, si él era tan loco como su amo?

El no duda de la veracidad de su amo, pero es algo suspicaz, como buen campesino, y se desconsuela, ya que no está dentro de las intenciones de Don Quijote, pues su ignorancia y su suspicacia le vedan el recto entender de aquellas intenciones, que poco a poco el Caballero Manchego le va esclareciendo con sus palabras.

Cuando él duda es porque su ignorancia no le deja creer; pero cuando cree, para siempre cree con toda fe.

Porque apenas Don Quijote se le encara y se muestra a él tan vehemente como el primer día, la confianza y la fe de Sancho renacen; y así como el ciego que pregunta a cada paso a su lazarillo el lugar en que se encuentran, aunque crea en él tanto como en sí mismo, Sancho a cada paso necesita que su señor le alumbre también el camino, porque su fe es naciente y necesita estímulo, y a veces se le va la cabeza por no estar acostumbrado a remontarse a las alturas por las cuales su señor le conduce.

¿Hay algo más sinceramente humano, por valeroso que sea nuestro corazón y por grande que sea nuestra fe?

Pero Sancho oye la voz de su señor, y al mo-

mento se le pasa el miedo, y huye el pájaro agorero de la duda que eclipsó un instante con sus negras alas la antorcha de su fe.

Nosotros no podemos creer nada malo de Sancho, por su sencillez de corazón, por la gran confianza que tiene puesta en su señor, y por la tierna humildad con que apareja su alma para creer en lo que le dice su señor, de la misma manera que se lo dice.

Al oirle hablar de volverse a su casa y de salarios y demás zarandajas, Don Quijote, viendo que Sancho quiere que se consuman en sus haberes los dineros que le entregó antes de salir a buscar las aventuras, monta en cólera y, entre otras cosas, le dice: «Vuelve las riendas o el cabestro al rucio, y vuélvete a tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡Oh promesas mal colocadas! ¡Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que a pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etcétera. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe la vida; que para mí tengo que antes llegará ella a su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

»Miraba Sancho a Don Quijote de en hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decía, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas a los ojos y con voz dolorida y enferma, le dijo:

»—Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa

merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda.»

* * *

Hemos dicho que Sancho era tan Quijote como su señor, y no nos dejará él mentir, pues en el capítulo V de la segunda parte del Libro le dice a su mujer: «no vamos a bodas sino a rodear el mundo, y a tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aún todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.»

Nosotros no creemos que Sancho fuera tan bravo como él se pinta, porque si salió por segunda vez con su amo fué con condición de que éste se lo había de batallar todo, pues el gran Panza era hombre sosegado y pacífico, aunque tenía su alma en su almario y no era él de los que se dejan manosear las barbas, como demostró y dijo al barbero del baciyelmo, al cabrero de Sierra Morena y al escudero del Caballero del Bosque.

De todos modos, él hizo bastante en acompañar a su señor, presenciar sus hechos y aún ayudarle a veces con los puños.

Lo que le hace partícipe del espíritu quijotesco es la graciosísima manera con que él se piensa hecho ya de improviso un Quijote, digno de

aparear con su señor, advirtiendo al historiador del Ingenioso Hidalgo que no se deje sus hechos en el tintero, y hablando y embobando a su mujer, para darse ante ella importancia, de lo que *haremos* y *no haremos*, como si el grandísimo embaucador llevara propósitos de hacer otra cosa que no fuera escudarse en las ancas de su rucio, cuando el León Manchego acometiese las más bizarras y temerarias aventuras del mundo.

Pero, como él decía muy bien, del mal que recibe la cabeza participan también los miembros.

Y es que Sancho, sin darse cuenta, olía ya a caballero andante, como le dijo su mujer, oyéndole hablar tan estirado y enrevesado.

Ved, pues, que no era sed de oro, sino sed de fama la que sacó a Sancho de su casa.

Para comprender las intenciones, esperanzas y móviles que le hacen salir de ella, recuérdese bien el diálogo de Sancho y Teresa en este capítulo V mencionado.

El quiere ser gobernador y casar a su hija Mari Sancha con un condazo u otro título de esplendor, y poner a Teresa un *don* para que la llamen Doña Teresa Panza.

Pero su mujer no quiere honras ni honores sino dinero, y estarse metida en casita (que *la mujer honrada la pata quebrada y en casa)*, con su hija Sanchica (que *la doncella honesta el hacer algo es su fiesta)*.

Acaso Sancho se quiere levantar demasiado pronto de su humilde estado y adelantarse a los acontecimientos con sus entusiasmos por la caballería andante y sus esperanzas mal sosegadas de verse gobernador. Así y todo intenta levantarse del lodo, alzarse del estiércol, mientras Te-

resa se humilla, se arrastra y se revuelca en el fango a su gusto y placer.

* * *

Sancho no era tampoco codicioso. Cuando Don Quijote la emprendió a «cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos» «sobre la titerera morisma» zaragozana del retablo de Maese Pedro, porque la tal morisma perseguía «a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado, como don Gaiferos» en su huída a Francia, llevando sobre las ancas de su caballo a su hermosa mujer Melisendra, calmado el enojo de nuestro Caballero, puesto en claro el error de no ser la morisma gente descomunal y cobarde, sino unas simples figurillas de pasta, el bondadoso Sancho se enterneció con los hipócritas llantos del disfrazado Ginés de Pasamonte, y lo consoló y le prometió que su señor repararía el daño hecho, pagándole el destrozo y acabamiento de su retablo.

Desembolsó Sancho cuarenta y tres reales y tres cuartillos, que fué el total precio del daño causado por su señor, y además otros dos reales que pidió Maese Pedro «por el trabajo de coger el mono» adivino que, con el desconcierto de la pendencia, se había escapado y encaramado en el tejado de la venta.

Todo lo pagó Sancho sin replicar, de los dineros que llevaba de su señor, estimados por él como si fueran suyos; y además sirvió de hombre bueno y juez moderador en la tasación de las figuras deshechas, no escatimando ni un cuartillo de real al *maleante* Ginesillo.

También pagó como hombre justo los des-

perfectos del barco encantado en que se subió con su señor para bogar por el río Ebro, cuyos desperfectos montaban la importante cantidad de cincuenta reales; y aunque los pagó de mala gana, más fué por murmurar de Don Quijote, que en tal aventura metióse con su escudero, que por codicioso y mal pagador.

Sancho dió también de su pan y su queso al zagal Andresillo cuando éste se encaminaba a Sevilla. Dióselo a regañadientes, cosa que a nadie extrañará si conoce la caridad de los lugareños, los cuales no suelen dar nada sin echar un regaño al pordiosero y pedigüeño.

¿Para qué hablar de la liberalidad con que pagó la cena al huésped de la venta, en que se toparon él y su amo a los caballeros Don Juan y Don Jerónimo, y en cuyo capítulo se habla de la falsa historia de Don Quijote, escrita por un tal Avellaneda, natural de Tordesillas?

Hay todavía otra prueba más clara y fehaciente de la liberalidad de Sancho.

En el capítulo LXXIII de la Segunda Parte de «El Ingenioso Hidalgo», que trata «De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta historia», cuando aquellos dos muchachos «estaban riñendo» «en las eras del lugar», «y el uno dijo al otro: —No te canses, Periquillo que no la has de ver en todos los días de tu vida», y Don Quijote cobró aprensión de ánimo al oír aquellas palabras de los muchachos, tomándolas por un agüero que debía significar que él no había de ver jamás a su Dulcinea, como quiera que los de la pendencia se llegaron a nuestro escudero, «al uno de ellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho «no la verás más en to-

da tu vida», que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba devolvérsela en toda su vida.

»Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos a Don Quijote...», para disuadirle de que estos agüeros «no tienen que ver más con nuestros sucesos, según yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño...» «como si estuviese obligada la naturaleza a dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas...»

Ved que Sancho, además de liberal, se muestra agudo y discreto en extremo, aconsejando a su señor.

* * *

Cuando al final de la primera parte del QUIJOTE llevan a nuestro Caballero encantado y metido en una jaula, camino de su lugar, por industria del Cura y del Barbero, Sancho le dice al Cura algunas cosas de mucha substancia, como lo que sigue: «En fin, donde reina la envidia (Sancho no es, pues, envidioso) no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad (Sancho es liberal). Mal haya el diablo; que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera ya casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor, el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios.»

La buena fe, la pura cristiandad, la grandeza de alma, la fidelidad, amor y confianza en su señor; la sed de gloria, exenta de codicia, de

nuestro famoso escudero no se pueden pintar con mejores palabras.

Mas veamos su retrato moral hecho por él mismo: «bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa.»

En otra ocasión Don Quijote le dice: «Cada día Sancho —dijo Don Quijote— te vas haciendo menos simple y más discreto.

»—Sí que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced — respondió Sancho.»

Quijote y mil veces Quijote, nuestro inmortal escudero ayuda a su amo a pelear contra los yangüeses, y promete auxiliar al cristiano Pentapolín del Arremangado Brazo contra el mahomético emperador Alifanfarón que le pide (¡el muy judío!) una hija, «que es muy fermosa y, además, agraciada señora, y es cristiana.»

«¡Para mis barbas —dijo Sancho— si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuánto pudiere!»

Veamos otro ejemplo:

En el capítulo que refiere la aventura de los mazos de batán, después que Sancho logró con su ingenio e industria retener y entretener a su señor durante aquella mala noche, para que no corriese al peligro que tan pavoroso estruendo anunciaba, llegada la hora del alba y habiéndose confirmado Don Quijote nuevamente en su resolución de acometer aquella medrosa y temeraria aventura, «De nuevo tornó a llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinación honrada de San-

cho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido y, por lo menos, cristiano viejo.»

Y cumplió su promesa, pues cuando comenzó a caminar Don Quijote, «Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas...»

Y, ¿quién no ha leído la réplica de Sancho al grave eclesiástico que gobernaba los ánimos de los Duques?

«—Por ventura —dijo el eclesiástico— sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

»—Sí soy —respondió Sancho— y soy quien la merece tan bien cómo otro cualquiera; soy quien *júntate a los buenos y serás uno de ellos*; y soy de aquéllos *no con quien naces, sino con quien paces*; y de los *quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser como él, Dios queriendo (¡bravo, Sancho Quijote!); y viva él y viva yo: que ni a él le faltarán imperios que mandar ni a mí ínsulas que gobernar.»

¡Bravo otra vez, Sancho bueno, Sancho valiente!

¡A fe, que ni a ti ni a tu señor se os podrá disputar el glorioso imperio que tenéis sobre las almas!

Y en el mismo capítulo, nuestro escudero, emparentado ya con la caballería andante, defiende, como suele hacer a menudo Don Quijote, a todos los caballeros.

Ya no podía él sufrir que se ofendiera a la caballería andante en su presencia.

«Eso juro yo bien —dijo Sancho—; cu-

chillada le hubieran dado que le abrieran de arriba abajo como una granada o como un melón muy maduro. ¡Bonitos eran para sufrir semejantes cosquillas! Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalbán hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara más en tres años: ¡No sino tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos!».

¿Cómo no le había de tener la Duquesa, al oírle estas palabras, por más loco y más Quijote que su amo?

«Andas con Don Quijote, dejaste por él mujer e hijos y te estás enquijotando ya.», dícele Unamuno.

Todo el mundo sabe que Sancho no anhelaba llegar a gobernar una ínsula por afán de lucro, aunque en la carta que envió a su mujer se mostraba codicioso, con la intención de ponerse a buenas con Teresa, participándole que todo saldría en la colada del gobierno.

Ocasión tuvo de ello, pero no sacó de su ínsula ni un maravedí como se ve por la carta que escribió a Don Quijote, en la cual le decía: «Hasta ahora no he tocado derecho ni llevado cohecho...»; por las palabras que al regresar de su gobierno dijo al Duque: «Fuí a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnuno y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano», y por otros testimonios que no hacen falta. Con razón dijo Don Juan Valera, que el gran Sancho salió de su gobierno como Job.

Y, ¿puede haber quién crea que estaba mal empleada en él una ínsula y que el deseo de alcanzarla era en Sancho una desmesurada ambición y no un noble anhelo de fama?

En Sancho no era desmesurada y torpe ambi-

ción el deseo de gobernar una ínsula, puesto que era y fué capaz de gobernarla, y aún hubiera gobernado un reino si un reino se le hubiese dado sin mucha porfía, como él decía muy bien y creía mejor, cuando trajo a cuento aquello de «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla».

Y aunque dijo a su compatriota Ricote que había sacado del gobierno el convencerse de que no servía para gobernador, ha de tenerse en cuenta que él no dejó la ínsula por falta de disposiciones naturales para gobernarla, sino por culpa de la mala vida y de las inhumanas burlas que en ella le dieron e hicieron los majaderos asalariados de aquel duque majadero, desalmado y necio.

Los consejos, enseñanzas y ejemplo de Don Quijote, sobre su discreción natural y su acrisolada honradez le habían puesto en sazón para gobernar como el primero, y aun con más conciencia que el primero.

No era insana ambición en Sancho el deseo de gobernar y pruébanlo mil veces sus palabras.

En el capítulo L de la Segunda Parte dice el escudero al caballero: «Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle.»

Al decirle el bachiller Sansón Carrasco que su señor le dará no una ínsula, sino un reino, Sancho replica:

«Tanto es lo de más como lo de menos —respondió Sancho— aunque sé decir al señor Carrasco que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto; que yo he tomado el pulso a mí mismo y me hallo en salud para re-

gir reinos y gobernar ínsulas, y esto ya otras veces lo he dicho a mi señor...»

Y como Don Quijote le advirtió que con los años iría teniendo más experiencia y sazón para el gobierno, Sancho, con mucha soltura y gracejo le respondió:

«Por Dios, señor, que la isla que yo no gobernare con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalem: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme a mí el caletre para gobernarla.»

Recuérdese también lo que dijo el futuro gobernante cuando la Duquesa le encargó que tuviese cuidado de gobernar bien a sus vasallos.

«Eso de gobernarlos bien —respondió Sancho— no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío (¡y no egoísta, señores!) y tengo compasión de los pobres...; dígolo porque los buenos tandrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada...»

Hasta en el capítulo VII de la Primera Parte, cuando nuestro escudero se concierta con nuestro Caballero para salir por esos mundos a buscar las aventuras, dícele el primero al segundo:

«Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar por grande que sea.»

Finalmente, en el mismo capítulo VII, cuando Don Quijote le dice que no se contente «con menos que con ser adelantado», Sancho da muestras una vez más de que no le guía en sus aspiraciones la ruín codicia, sino la noble ambición.

«No haré, señor mío —respondió Sancho—,

y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.»

Léase el comentario que pone don Miguel de Unamuno a estas palabras del bendito Sancho: «¡Oh, Sancho bueno, Sancho sencillo, Sancho piadoso! No pides ya ínsula, ni reino ni condado, sino lo que el amor de tu amo sepa darte.»

Mas no eran todo palabras. Recuérdense los juicios que Sancho sentenció, las sabias providencias que tomó y la prudencia, en suma, con que gobernó.

«En resolución (léese en el capítulo LII de la Segunda Parte), él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran «Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza».

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo (le decía Don Quijote en su carta), las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas...» ¡Y a este hombre, humilde y sabio, se le ha llamado codicioso y glotón!

Podrá decirse de Sancho que anduvo remiso en darse los tres mil y trescientos azotes para desencantar a su señora Dulcinea.

Mas, ¿cómo podía dárselos si fué él quien la encantó, y aunque luego por su simplicidad llegó a creer posible el tal encantorio no acabó nunca de dar por cierta la completa posibilidad

de la visión que dijo su amo que tuvo en la cueva de Montesinos?

Tres mil y trescientos azotes son muchos azotes para un hombre que duda de la eficacia de su suplicio y que, aunque rústico, es de carnes blandas.

Y, sin embargo, Sancho a quien no le dan ninguna *canasta de ropa* para ablandarle ni traerle *por el cerro*, sobrepone y quiere sobreponer el espíritu a la carne, y promete, así en seco, después de oir mil vituperios tan atroces como son decirle *bestión indómito*, *ladrón*, *desuellacaras*, *enemigo del género humano*, *corazón de alcornoque*, *miserable y endurecido animal* y *mochuelo espantadizo*, promete así y todo azotarse tal y como lo exige la profecía del sabio Merlín.

Mas era tanta la crueldad y el dolor que le causaban los azotes, que él no podría nunca acabar de dárselos, sin dar antes su último aliento al Creador.

Y pidió entonces un tanto por azote a su señor, que accedió a ello con su generosidad acostumbrada.

Ya tenemos aquí otra vez al Sancho codicioso, al Sancho indigno, que comercia hasta con su sangre, dirán algunos.

Tened paciencia, señores: Sancho no comercia con su sangre, ni la vendería a ducado por gota.

El pobre hombre se halla en el trance de tener que derramarla forzosamente, y recuerda a su mujer y a sus hijos, y piensa el desdichado que es justo que ellos saquen algún bien de su sacrificio.

Esta es acaso otra simpleza del simplicísimo y bonísimo corazón del fiel escudero. Mas ¿dónde se halla su codicia o su dureza apedernalada de entrañas?

«Agora bien, señor (dijo el buen Sancho): yo quiero disponerme a dar gusto a vuesa merced en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre codicioso...»

Al decir esto, Sancho tiene el propósito de azotarse de veras, más luego su carne flaquea y sufren los árboles el feroz vapuleamiento.

¿Que Sancho faltó a su palabra? No, sino que él creyó que como nadie le veía, tanto aprovecharía que se pelase las costillas como que dejase las hayas sin cortezas. La gran capa de su simplicidad tapa todas sus faltas. ¿No le dijo y aconsejó antes a su señor que huyese de la aventura de los batanes, creyendo ingenuamente que cuando huimos del peligro y nadie nos ve, quedamos tan honrados como si le hacemos cara?

* * *

También se cree, generalmente, que nuestro buen escudero era un comilón, un epicúreo, un bestial Tragaldabas,

En efecto, muchas veces aparece Sancho interesado por la comida en el curso de la historia de Cervantes.

Pero, ¿es extraño acaso que Sancho se quejase porque no podía comer lo necesario en compañía de Don Quijote?

Los que le llaman glotón, parécenos que querrían que no hubiese probado bocado en el tiempo que sirvió a su señor; pero menos de lo que comía no puede comerse sin daño de la salud.

Pan, queso, cebolla y bellotas (y vino en mi-

serable cantidad), comidos a pie y no a manteles, no son manjares de príncipe, y parécenos que sin comer cosa caliente por las selvas, florestas, vericuetos y encrucijadas de los caminos, le harían desear al menos comilón una despensa al aire libre como la del rico Camacho, o alguna mesa como las de Basilio y Quiteria, del Duque, del Caballero del Verde Gabán o de Don Antonio Moreno, o algún yantar apacible, sabroso y confortativo en compañía de Tomé Cecial, de Ricote o del lacayo Tosilos.

El que no come a diario como persona es justo que se regocije alguna vez si tiene ocasión de reparar el estómago, en donde se fabrica *la salud del cuerpo*.

Don Quijote dijo de Sancho a Don Antonio Moreno, que cuando tenía mucha hambre parecía glotón, y que ya se había enseñado a comer en su gobierno; y hasta bromeó un poco, añadiendo que Sancho sabía ya comer tan a lo fino, que se llevaba las uvas a la boca con tenedor. Pero no dijo Don Quijote que fuera glotón su escudero, sino que lo parecía y esto era cuando tenía mucha hambre.

Nosotros no creemos que su fama de gran comedor se deba a que comía demasiado, sino a que se quejaba demasiado de que no comía.

¿Y no se advierte aquí el propósito de Cervantes de hacernos celebrar y reir las lamentaciones de Sancho en demanda de una necesidad verdadera?

Porque la situación de Sancho, en este sentido, se presta claramente a la comicidad, y el ingenio de Cervantes no quiso desaprovecharla.

Nosotros creemos que la sobriedad de Don Quijote ofrece, por otra parte, un contraste harto desfavorable para su escudero; pero hay que

tener presente que aspirar a mantenerse con lo que se mantenía Don Quijote es querer aspirar al hambre, al ayuno, a la abstinencia absoluta y a una vida de cenobita que nadie tiene la obligación de abrazar por darnos gusto a nosotros.

Mas leamos las palabras que dijo Sancho en la venta a Don Jerónimo y a Don Juan, refiriéndose al QUIJOTE de Avellaneda: «—Créanme vuesas mercedes —dijo Sancho— que el Sancho y el Don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no nada comedor ni borracho.»

De la limpieza de Sancho no hay que hablar.

¿Habrá quién diga ahora que Sancho era codicioso, comilón, egoísta, materialista y ambicioso insensato?

De vicios y virtudes tenemos todos alguna parte; pero llamamos virtuosos a los que tienen menos vicios que virtudes, y así era el inmortal escudero de nuestro Hidalgo.

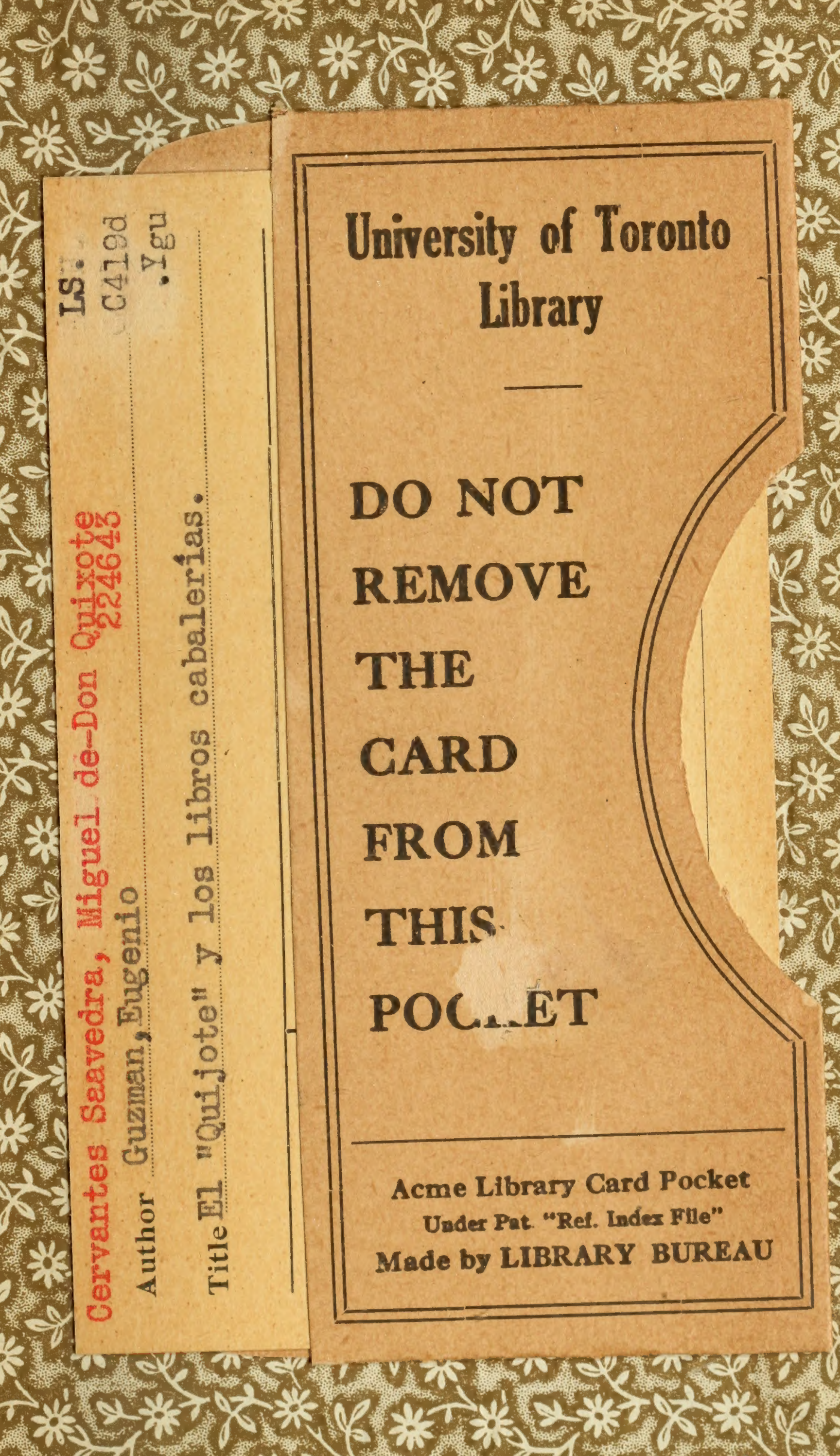
Verdaderamente, como él dijo a Don Alvaro Tarfe: «cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.»

FIN



INDICE




University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
Cervantes Saavedra, Miguel de-Don Quixote
224643
LS. C419d .Ygu
Author Guzman, Eugenio
Title El "Quijote" y los libros cabalerías.

